

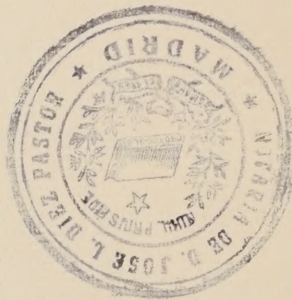
El Baladro del Sabio Merlín, con sus profecías

(Tomo II)

Justificación de la tirada

De esta moderna reimpresión española del **Baladro del Sabio Merlín**, se han tirado únicamente en papel verjurado medioevo doscientos cincuenta ejemplares nominados y numerados del 1 al 250. Todos ellos fueron sellados por el notario de Madrid

Don José L. Díez Pastor



Colección Joyas Bibliográficas

XIX

Baladro del Sabio Merlín

Epílogo

de

Alvaro Cunqueiro



Madrid

MCMLX

Núm. 152

Capítulos XXIII al XL

Capítulo XXIII

De cómo el rey Abrián pidió al rey Artur que le diese a su hermana Morgaína por mujer; y él gela dió por consejo de los letrados de su corte

Aquel día que Artur tornó con el espada del lago, pidiole el rey Abrián a Morgaína su hermana por mujer. El rey Artur le respondió que habría su consejo sobre ello. E fizo luego llamar a todos sus letrados e a los grandes de su corte; e fízolos juntar en una cámara, en la cual había una imagen de bulto que había tal virtud que, de que en algunos casos de importancia allí se entraban, que si Dios permitía que se ficiese, tendía la imagen el brazo en señal que quería que se hiciese, e visto aquéllo luego era concertado lo que entraban a facer. E así fué acetado este casamiento, que luego el rey Artur gela dió muy de grado, diciendo consigo que la no podría mejor casar con hombre de su reino. E diole un castillo que había nombre Taruque, que estaba sobre la mar; e era el más fuerte que hombre vió. E el rey Abrián de Garlote fizo grandes bodas a maravilla; e mucho fué alegre porque tan suntuosamente casara. E la primera noche que con ella durmió fizo en ella un fijo que llamaron Ivan. E duró esta fiesta quince días.

E pasada esta fiesta el rey Artur se partió de las bodas e fuese a Carlión. E un día que estaba comiendo, vino a él un caballero muy bien ataviado; e era extraño e díxole:

—Rey Artur, mándate decir el rey Rión, señor de mortales, que ha conquistado doce reyes e que todos son a su servicio. E en remembranza de esta vitoria tomó a cada uno la barba, e orló dellas un

manto; mas porque te precía más que a los otros, mándate decír que vayas a él, sí quíeres dél tener tíerra e facerle homenaje. Mas en comíenzo envíale tu barba, e facerla ha meter en los texíllos del su manto, porque te prescía más que a los otros. E faz lo que te él manda; ca en otra guísa tú no puedes escapar que te no tíre la tíerra; ca contra su poder tú non puedes mucho durar.

E el rey Artur cuando esto oyó comenzose a reír e díxole:

—No soy yo aquel a quíen el rey te envía, ca yo nunca hobe barba, que soy aún níño, e sí la hobíese no gela encubriría, antes querría dar la cabeza; e díle de mí parte, que sí en mí tíerra entrare, que nunca tornará a la suya.

El caballero díxo que lo diría así a su señor. El rey fabló desto mucho e díxo que nunca oyera tal mensaje, nín de tan grand soberbía. E díxo:

—¿Hay alguno de vos que conozca al rey Ríón?

Díxo un caballero, que había nombre Narrán:

—Grand tíempo ha que lo yo conozco, e creet, Señor, que es uno de los mejores caballeros aventureros del mundo; en cuantas cosas comíenza que a todas da címa a su honra. E por esto he míedo que vos traerá mal de guerra.

E el rey díxo que a quíenquíer que viníese a le tomar su tíerra que la guerra no le denegaría. Mucho estovíeron fablando en este negocío, e unos decían uno, e otros decían otro. El rey díxo un día a Merlín:

—¿Llegará aína el tíempo que dexístes por que ha de ser este reino destruído?

—Sí, díxo Merlín, en aquel tíempo que vos yo díré, cuando fuere nacído un níño que ha de ser la címa del destruímíento deste reino; e nascerá muy cedo en el mes de mayo que agora verná.

—Cíerto, díxo el rey, níño no nascerá en aquel mes en todo el reino que no faga tomar e meter en una torre; e facerlos he ende críar fasta que haya consejo de lo que me decís.

Díxo Merlín:

—Rey, en vano lo probarés, ca sabés que lo no fallarés, ante averná como yo díxe.

El rey díxo que todavía lo probaría. E así atendió el rey, e fizo luego pregonar que cuantos níños de allí adelante nascíesen, que todos

ge los truxiesen. E así fué fecho, ca cuidaban todos que por bien era. No que le Merlín dixera que había de venir en la tierra por aquel niño que nasciera en aquel tiempo. E tantos le truxeron antes que nasciese Morderet, que metió en una torre mill e quinientos e cincuenta niños; e era el menor de tres semanas.

El rey Lot, que sabía que era preñada su mujer e que ahí había de haber su fijo, preguntó muchas veces al rey qué quería facer de aquellos niños; e el rey encubríalo muy bien. E cuando el rey Lot supo que su mujer había habido un fijo, fízolo bautizar, ca así facían todos antes que los enviasen; e hobo nombre en bautismo Morderet. E dixo el rey Lot:

—Enviemos vuestro fijo al rey vuestro hermano, ca así facen todos.

E ella dixo:

—Señor, pláceme pues que a vos place, como quiera que mucho me pesa infinito en lo partir de mí.

E luego fizo el rey meter el niño en una cuna muy fermosa e muy rica e cubierta de ricos paños. E cuando su madre ponía el niño en la cuna, firiose el niño en un palo de la cobertura, así que hobo una llaga en el rostro que siempre le paresció después. E el rey pensó mucho de la llaga, mas no quedó por eso que lo no enviase. E después metiolo en una nave con grand compaña de caballeros e de dueñas, e mandoles que lo levasen e lo diesen a su tío. E ellos dixeron que así lo farían, si Dios los sacase a puerto.

Entonces se partieron de la cibdad de Ortanía; e el viento fué tan próspero que, alzadas sus áncoras e tendidas sus velas, en poca de hora no vieron tierra. E hobieron buen tiempo aquel día e aquella noche; e a la mañana se mudó e se levantó una gran tempestad, que todos hobieron pavor de muerte, e llamaban a Dios e a los sanctos e sanctas que les acorriesen e hobiesen dellos duelo e de aquella criatura tan pequeña. Mas el viento fué tan apoderado que fizo dar con la nave en una peña, e quebrola toda; si no Morderet tan solamente que yacía en la cuna; e la cuna andaba nadando acerca de la ribera. En esto vino un pescador con su barco, que quería pescar, ca el viento era manso, e falló la cuna e el niño. E fué con ella muy alegre e tomolo todo en su brazo. Cuando vió el niño que estaba tan ricamente guarnido e ataviado, que andaba metido en paños de seda e en otras riquezas, luego

entendió que era de grand guisa, e fué más alegre que antes e tomó la cuna con el niño. E tornose luego a la villa do moraba, e fuese a un lugar desviado para sacarlo, que lo no entendiese ninguno. E levolo a su casa e mostrolo a su mujer.

—Cierto, dixo ella, Dios nos quiere facer bien, ca de la riqueza de la cuna podremos nos vivir veinte años; e Dios lo fizo, porque sabía que era menester. E agora ya no habremos cuita.

—Dueña, dixo el pescador, este niño conviene que lo criemos lo mejor que pudiéremos; e si Dios quisiere que lo sepan aquéllos donde él viene, mucho nos puede grand bien venir.

—Otra cosa lo haría yo más, dixo ella. Este niño no puede ser que no sea muy aína conocido. Levémoslo al señor desta tierra así como lo fallamos, ca si después supiese que lo fallamos e lo no llevásemos, destruirnosía.

Dixo el pescador:

—Si me ayuda Dios, este es el mejor consejo.

Entonces levaron el niño al señor de la tierra, que había nombre Nabor el Derranchador, e había un fijo pequeño de cinco semanas e había nombre Sagramor; e este Sagramor fué después caballero de la Tabla Redonda e caballero maravilloso, que fizo muchas buenas caballerías e fué amigo de Tristán el buen caballero, e hobo nombre Sagramor el Derranchador, así como el libro del Sancto Greal lo cuenta. E mucho fué alegre el niño Sagramor cuando vió el otro niño, ca bien le paresció de gran guisa en los buenos guarnimentos que le vió. E dió grand algo al pescador que lo traía, de guisa que se tuvo por bien pagado. E fizo el niño criar en uno con su niño. E dixo que si los Dios dexase llegar a edad de caballeros, ser que los faría a ambos caballeros.

E así escapó Morderit de peligro, e todos los otros que con él venían se perdieron, que ansí fué su ventura. E el duque Nabor fizo guarecer el niño de la llaga que tenía en la cara, e falló un escripto en la cuna, que había nombre Morderit, mas no falló más cuenta de su facienda.

En este comedio el rey Artur fizo ayuntar todos los niños en su torre, cuantos en Londres nascían, ansí como es arriba dicho. E cuando el tiempo pasó que Merlín dixera, pensó el rey que los mataría, ca bien cuidó que aquel onde el gran mal había de venir que era en aquella

compaña. E una noche yaciendo el rey así cuidando, adormiose e paresciole que venía a él un hombre el mayor que nunca vió, e que le traía cuatro bestias, mas no pudo conocer qué bestias eran. E el hombre dixo al rey:

—¿Por qué te apercibes de facer tan grand mal, que querés matar estas criaturas sanctas, que nunca pecaron e aun son limpias de toda maldad del mundo? E más valiera que el Señor del cielo e de la tierra que te no diera esta tierra que te dió, e Él te puso por pastor destas sus ovejas, e tú eres tornado lobo; ¿e qué tuerto te ficieron estas criaturas que tú quieres matar? Cierto si lo faces, Dios tomará de ti venganza tal, que para siempre fablarán.

E el rey cataba al hombre bueno e maravillábase de lo que le decía, e comenzó a pensar. E el hombre bueno le dixo:

—Yo te diré lo que farás, de que te ternás por bien pagado. Fazlos meter en una nave sin remos e sin gobernalle e sin maestre, e fazles tender la vela. E entonces vayan por esa mar; a cual parte los levará el viento. E si escaparen deste peligro, bien mostrará Dios que los ama e que no quiere sus muertes. E bien te debe esto placer, si tú no eres el más desleal rey e peor que nunca fué en esta tierra.

E el rey dixo:

—Maravillosa venganza me enseñaste, e ya en otra guisa no lo faré, sino así como decís.

El hombre bueno dixo:

—Esto no es venganza que tú tomarás, ca ellos nunca lo merecieron a ti, nin a otro, mas esto es porque tú cumplas tu voluntad, ca tú cuidas que por esto estorbarás el destruimiento del reino de Londres, mas no lo farás, ca todo así averná como el fijo del diablo te enseñó.

Entonces despertó el rey, e aún bien le paresció que el hombre bueno estaba ante él; e cuando vió que era sueño, signose e encomendose a Dios e dixo que faría de los niños lo que el hombre bueno dixera. E aquel día fizo el rey ataviar una nave grande, e non supo ninguno para qué. E tanto que fué noche mandó meter dentro los niños, e fizo tender la vela a la nave. E el viento diole en popa tanto que en poca hora dió con ella en alta mar. E ansí fueron los niños en aventura de muerte; mas no plugo a Dios, ca no merecieron por qué. E fizo aportar la nave cabe un castillo a que llamaban Aemeluy; e era fuerte e muy

bien labrado. E era señor de aquel castillo un rey que fuera grand tiempo pagano, e había poco que se tornara cristiano, e amaba mucho a Nuestro Señor; e había nombre Tanor, e naciérale un fijo de su mujer poco había, mas después le fué este nombre mudado en casa del rey Artur. E este fué después buen caballero e muy ardid, mas porque era negro como su padre, llamábanle todos Laydo Ardid. E dél fabla mucho en la Demanda del Sancto Greal. E cuando la nave aportó en la ribera cabe el castillo que vos dixe, el rey estaba fuera con grand compaña de caballeros e de otra gente. E fué ventura que pasó por ante el puerto, e cuando vió la nave mandó que fuesen a ella e que entrasen dentro e viesen qué andaba en ella. E muchos hubo que fueron allá, e vinieron con nueva e dixeron que había dentro muchos niños. E envió el rey a tener la nave e entró en ella, e cuando vió tanto niño maravillose e signose, e dixo:

—Señor Dios, ¿e quién pudo tantos niños ayuntar? Yo creería que tantos niños no hay en todo el mundo.

—Yo os diré, dixo un caballero que ahí estaba, qué será ésto. El otro día me avino que por aventura fué al reino de Londres, e ví que el rey Artur fizo ayuntar todos los niños del reino ansí como nacían; e fizolos guardar en sus torres, e no sabía ninguno por qué lo facía, e agora creo que los fizo meter en la mar por algún mal que le ha de venir por ellos. E por cuanto los ricoshombres no consetían que los matasen así ante ellos, quisieron antes que los echasen en la mar a su aventura. E bien puede ver quienquiera, que si tanto amara su vida como su muerte, que los no metiera en la nave sin gobernador e sin gobernalle.

El rey dixo:

—Por buena fé bien me parece que así debe ser verdad. E catemos nos qué haremos destos niños, ca pues nos los Dios envió querría que fuesen en lugar do lo sopiesen pocos; ca pues el rey Artur quiso su muerte, e si sopiese que los yo había, desamarmería, e su desamor no lo querría, ca por ello me vernía mal e a toda mi tierra.

Unos de sus caballeros, cuando esto oyó, dixo:

—Señor rey, si a vos pluguiere, meted en esta nave hombres buenos que los lieven a una de vuestras ínsulas apartadas. E allí serán muy secretos, que nunca el rey Artur sepa dellos parte nin mandado.

E cuando el rey esto oyó pensó un poco en lo que el caballero dixera; e todo lo fizo el rey así como el caballero dixo. E fizolos levar a una ínsola, e fizo facer en ella un castillo muy bueno e muy fuerte, tan fermoso que nunca hombre lo vió mejor, en que los metió e les dió todo lo que menester hobieron, que nos les fallesció nada. E después que el castillo fué fecho púsole nombre el Castillo de los Desterrados, que después aquel nombre nunca perdió. Cuando los ricoshombres del reino de Londres supieron que el rey les enviara los fijos, hobieron grand pesar, que no pudieron mayor haberle. E vinieron a Merlín, porque sabían que lo amaba el rey, e dixéronle:

—Merlín, ¿qué faremos por tan grand desamor como el rey nos ha fecho, ca nunca hombre tal fizo?

—¡Ay señores, dixo Merlín, por Dios no vos ensañéis tanto!, ca esto que él face por pro de su reino lo face, ca verdaderamente en este reino que somos nasció un niño, por cuyo fecho el reino de Londres será destruído e todos los hombres buenos muertos; e así será esta tierra sin buenos caballeros. E porque el rey querría que esto no aveniese a él ni a vos, fizo esto a los niños.

Cuando los ricoshombres esto oyeron, dixeron a Merlín:

—¿Esto es verdad que lo fizo por esta cosa?

—Así es, si Dios me salve, dixo Merlín. E dígoos más de los niños: verdaderamente que todos son vivos e sanos, ca no quiso Nuestro Señor que se perdiesen en la mar, e antes que sean diez años los verés con vos bien sanos e alegres.

E cuando ellos esto oyeron fueron muy ledos, ca bien creían a Merlín cuanto les decía; e dieron al rey por quito en sus voluntades de cuanto feciera. Así metió Merlín paz entre el rey e sus ricoshombres, e si lo no ficiera grand daño pudiera venir a la tierra.

Puesto este sosiego en todo lo dicho, un día estaba el rey comiendo a su mesa e estaban fablando a la mesa los caballeros. Entró por la puerta un caballero armado e estaba llagado de tres lanzadas; e con él venía otro caballero e una doncella, e venían ante el rey, que pues era juez de la tierra, mandase desfacer un agravio que le habían fecho aquella doncella. E el caballero que se había combatido de las lanzas e no se quería combatir con el de la espada. Este caballero era buen caballero e grand esgremidor, e sobre esta doncella habían habido batalla de las lanzas, de que él venía ferido. E no se quería combatir

con el de la espada, porque se recelaba que le mataría. E este caballero ferido era pobre hombre, e había oído decir que el rey tenía tal costumbre: que mandaba a cualquier caballeros que ante él iban, que se combatiesen de todas armas. E el rey non mandó cosa desto a los caballeros, de que hubo grand pesar el caballero herido, e con mucha instancia al rey suplica que le mande con él se combata de la espada, pues a otros que ante él vienen lo suele mandar. El rey gelo denegó. El caballero que al otro había ferido, visto cómo el rey deliberaba que se pudiese ir, despedióse dél e de su compaña; e cuando el caballero pobre vió que se iba, así salió de entre los otros caballeros con pesar, que le no mandara el rey que se probase en la espada, como solía mandar a los otros. E dixo a la doncella por cortesía:

—Atendetme un poco fasta que me prueben en el espada, así como es razón.

E ella cuando lo oyó non se pudo tener que le no dixese:

—Cierto, caballero, por nada tengo que lo probés, ca yo no podría creer tan ligeramente que vos sois tal caballero que os aproveche cosa.

El dixo:

—Doncella, no me desdeñés por mi pobreza, ca ya fué más pobre que agora lo so, e non ha en esta corte caballero a quien yo vedase mi escudo.

Entonces tomó las correas del espada e trabó de los nudos e desnudolos todos; e tomó la espada e dixo a la doncella:

—Agora vos podés ir cuando vos placerá, mas la batalla de la espada a mí quedará, ca me paresce que la gané.

E la doncella dixo:

—Señor Dios, gracias os doy que vos me librastes de muerte e a este caballero hoy ganado honra, ca bien se piensa por este fecho que es el mejor caballero desta corte; pero si me libró Dios non fué en tal condición que la espada quedase por vencedora del todo. Por ende os ruego que me la dés, así como en vos debe haber cortesía.

E el caballero dixo que gela non daría, aunque supiese que todos los de la corte lo toviesen por villano. E ella le dixo:

—Yo vos digo que si la llevaes que os verná ende mal; e cierto el primero que con ella matardes será el hombre del mundo que vos más amáis, e aquél será Baalán vuestro hermano.

Él dixo que de todo en todo levaría la espada, aunque cuidase que con ella había de morir. E dixo ella:

—Sea, pues que a vos place, mas creed que antes de dos meses vos fallarés dello mal. E aun vos diré otra maravilla que verná así como os yo dixere: que antes que este año pase vos combatirés con un caballero e os matará con esta mesma espada, e vos a él. E porque yo querría que tan grand desaventura como ésta no aveniese a tan buen caballero como sois, e querría levar la espada, ca si espada fuese en lugar que la caballero no pudiese haber, vos non morríades de armas. E agora levadla, pues a vos place, ca cierto sed que vos leváis vuestra muerte.

El dixo que si su muerte levaba en ella, que por ende no la dexaría. Entonces dixo a un escudero.

—Ve aína e traeme mis armas e mi caballo, ca yo so aquel que más no veniré en esta corte, ca mucho me mostraron bien que la pobreza face tener a todo hombre en poco.

Así se partió el escudero del palacio, e fuese a la posada por facer el mandato de su señor. E el rey que esto vió hobo grand vergüenza de la palabra que le oyera decir al caballero; e vino a él e dixole:

—¡Ay caballero, por Dios no os pese, que fué villano contra vos e yo vos lo quiero enmendar a vuestra voluntad! E esto fué por os no conocer; mas yo vos ruego que quededes, e prométovos que nunca seáis pobre e que me no demandarés cosa que vos no dé a mi poder, en tal que seáis de mi mestiada.

El caballero dixo que no quedaría por aquella vez con ruego que le ficiese, ni cosa que le dixese; e el rey dixo que le pesaba mucho, ca tiempo había que no viera caballero que tanto quisiese e desease su compañía.

Mucho fablaron todos de aquel caballero, e tales ahí hobo que decían que sabía algún encantamiento, e con esto estaba más ufano, que por bondad que en él hobiese. E en cuanto ellos así fablaban vino ahí una doncella encima de un palafrén, e entró ante el rey e dixole:

—Rey, tú me debes dar un don cual te yo pidiere.

E el rey la cató e vió que era aquella la doncella que le diera la espada del lago; e dixole:

—Cierto, doncella, verdad es, e yo vos lo daré a mi poder. Mas

si vos plugiere, decidme una cosa que vos preguntaré, ¿cómo ha nombre la espada que me distes?

E ella dixo:

—Ha nombre Escaliber.

—E pues pedid, dixo el rey, lo que vos plugiere.

E ella dixo:

—Yo vos pido la cabeza deste caballero que se va, o de la doncella que vino con él; ¿e sabés por qué vos demando a tan grand don?, porque este caballero mató un mi hermano, un buen caballero; e esta doncella fizo matar a mi padre. E por ende me querrí vengar dél o della.

E cuando el rey esto oyó fué muy espantado, e dixo:

—¡Ay doncella, por Dios os ruego que me demandés al!, ca tal don no vos podría dar sin mi deshonra, ca no ha hombre que lo sepa que lo no toviese por muy grand mal e por muy grand desafuero matar ninguno destos que mal no me ficieron.

E cuando el caballero vió que la doncella pedía su cabeza fué contra ella, e dixole:

—Doncella, más ha de tres años que vos ando buscando, tanto que no sosegué jamás, ca vos matastes a mi padre con ponzoña, e porque non vos podía fallar maté a vuestro hermano; e pues vos fallo aquí yo no vos iré buscar a lueñe.

Entonces sacó la espada de la vaina. E cuando ella la vió quiso fuir fuera del palacio por escapar. E el caballero le dixo:

—No es menester, ca en lugar de mi cabeza que pedistes al rey, le daré yo la vuestra.

Entonces le dió un tal golpe que le echó la cabeza en tierra, e tomóla e dixo al rey:

—Señor, sabed que esta es la cabeza de la más alevosa doncella que nunca entró en vuestra corte; e si mucho con vuestra merced viviera, grand dapño vos ende viniera. E yo vos digo que tan gran alegría nunca fué fecha como será fecha en el reino de Uberlanda, cuando supieren que esta doncella es muerta.

Cuando el rey esto oyó fué sañudo, e dixo:

—Caballero, cierto vos fecistes la mayor villanía que yo nunca vi a tal caballero como creía que vos érades, que cierto es que ningún caballero extraño ni conocido me tan grand deshonra ficiera, ca mayor deshonra no me podía hombre facer, que matar doncella después que ante

mí estoviese, o en mí corte. Aunque hobiera fecho mal no debiera mal rescebir, que a tal es la costumbre de mí corte. E vos fuestes el primero que la quebrantastes por vuestra soberbia; e yo vos digo: que si mi hermano fuésedes que os pugniría criminalmente por ello, e agora os id de mi casa e no parezcáis ante mí, que cierto no seré alegre fasta que esta soberbia sea vengada, e con todo rigor de justicia.



Capítulo XXIV

De cómo el caballero que a la corte vino ferido cortó la cabeza a la doncella en presencia del rey, por lo cual el rey Artur fué muy irado, y el caballero se homilló ante él e le pidió por Dios le perdonase. El rey gelo denegó

De que el caballero vió que el rey era tan sañudo, entendió que era tan grand mal, porque matara a la doncella ante él. Fincó los hinojos ante el rey e dixo:

—Señor, por Dios, merced, que cierto bien conozco que erré malamente, e, por Dios, perdonadme.

El rey dixo que lo no faría.

—No, dixo él, pues a lo menos, porque vine a vuestra corte que me atregüés de los vuestros.

—Cierto, dixo el rey; esto no faré en ninguna guisa, antes les ruego que venguen esta deshonra, ca tan deshonrados son ellos como yo, ca por mí ni por ellos non lo quisistes vos dexar, tanto nos preciastes poco; e idvos de aquí, que no fallarés de mí al agora.

E cuando el caballero vió que no fallaba merced de su yerro, fuese a su posada, e levó la cabeza de la doncella a su casa e mostrola a su escudero, e dixo:

—Cata la cabeza de la doncella que yo tan luengamente andaba buscando.

—¿Dó la fallastes?, dixo el escudero.

El caballero le contó todo cuanto le aveniera. Entonces comenzó el escudero a llorar e dixo al señor:

—Mal fecistes, ca por ende perdistes la campaña de todos los de la corte e el allegamiento del rey, e en mal día fué esta doncella nascida.

—No te pese, dixo el caballero, ca si le erré aína haré que se pague de mí, ca todo hombre de gran guisa se debe pagar de caballero e de bondad que en él haya.

El escudero dixo:

—¿E vos qué faredes?

El caballero dixo:

—Yo le traeré la cabeza del más mortal enemigo que él ha, e que él más duda, o yo gelo mataré vivo en prisión.

E el escudero dixo:

—¿Quién es ese su enemigo?

—Es el rey Rión, que es el hombre más poderoso que hay en el mundo; pero que él es poderoso yo cuido con el ayuda de Dios facerlo venir aína a la corte a la mercet del rey Artur, e ansí ende me perdonará.

—Dios vos dé el poder, dixo el escudero.

—Yo te diré —dixo el caballero—, qué fagas. Vete al reino de Urberlanda, e lieva esta cabeza desta doncella e muéstrala a mis amigos, e diles que me vengué del alevosa que mató a mi padre, e en tal lugar do había muchos de los mejores caballeros del mundo.

E el escudero fizolo así, mas preguntole dó lo fallaría cuando tornase.

El caballero dixo:

—Yo creo que me fallarás en la corte del rey Artur, ca yo entiendo, si Dios quisiere, que antes que tú vengas seré su amigo.

Entonces tomó el caballero sus armas e subió encima de su caballo, e ciñó otra espada con la suya que tenía, así que levó dos espadas. E de si tomó su escudo e su lanza e fuese contra do cuidó que fallaría al rey Rión con su hueste. E cuanto fueron fuera de la villa el escudero se despedió de su señor, e fuese con sus dos espadas. E por estas dos espadas que traxo mientra que fué vivo perdió el primero nombre, que le llamaban Baalín el Salvaje. E un su hermano que era también caballero como él llamábanle Baalán el Salvaje. E de aquel Baalín nasció don Dionadís el Salvaje, que fué compañero de la Tabla Redonda, e muy nombrado e de grandes fechos. Mas aquel Baalín perdió su nombre por las dos espadas, ca no fué llamado después Baalín, mas llamáronle el Caballero de las Dos Espadas, e por este nombre fué conocido después que vivió en toda su vida. E si él luengamente

viviera fuera nombrado sobre todos aquellos que armas tomaron en el reino de Londres, mas no plugo a Dios que mucho durase; e él mesmo fué ocasión de su muerte, ca él quiso dar cima a tan grandes fechos por haber amor del rey, que no dexó lueñe ni cerca aventura que no fuese buscar e probarse. E fizo tanto en el primero año, que para siempre fablarán. E porque no rescelaba a ninguno que fallase murió; ca falló a su hermano con quien se combatió, e matáronse ambos por desconocimiento. E fué esto grand daño, que ambos fueron buenos caballeros e en el reino de Londres no había tales dos hermanos.

Torna a la historia e dice: que cuando el caballero se partió del palacio, que el rey quedó muy cuitado por la gran deshonra que le había fecho, e preguntó a sus ricoshombres qué faría en derecho del fuero de su corte, que era quebrantado, ca no cuidaba que tan sandio hombre en el mundo hobiese que lo osase cometer en facer tal cosa ante él, ni ante tanto hombre como ahí estaba, ni ha en el mundo cosa tan amada, porque lo debiesen sufrir a ningún hombre. Entonces se levantó un caballero de Irlanda que se tenía por uno de los buenos caballeros del mundo, e así era él, pero no era tan bueno como él cuidaba. E este había grant envidia deste Caballero de las Dos Espadas, porque acabara la aventura, e porque él y fallesciera, e cuidada que fuera por alguna barata e no podía creer que el otro era mejor que él; e dixo al rey:

—Señor, si os pluguiere yo vengaré a vos e a vuestra corte de la deshonra que aquel caballero vos fizo.

E el rey dixo que le placía mucho, e que gelo gradescía que lo ficiese así.

—Ca quiero —dixo el rey— que todos hayan esta costumbre.

El caballero gelo gradesció mucho e fuese a su posada e armóse lo mejor que pudo, subió encima de su caballo e tomó su escudo e su lanza e fuese lo más aina que pudo en pos de Baalín.

Partido el caballero, fizo el rey tomar el cuerpo de la doncella e fízole los oficios de la sancta Iglesia. En aquella hora entró Merlín en la corte, e tanto que vió la doncella que el espada truxera, dixo:

—¡Ay doncella, maldita sea aquella que vos acá envió, e maldita seáis vos que acá venistes, ca de vuestra venida empeoró mucho la corte!

E volvióse para el rey, e díxole:

—Rey Artur, sabe verdaderamente que esta doncella es la más desleal que ha grand tiempo que entró en tu corte, e mostrártelo he porque ella ha un hermano muy buen caballero e ardit e es más niño que ella, e ella ama un caballero el más cruel e el más peor del reino de Londres. E avino ha un año que se fallaron por ventura ambos a dos, e combatiéronse en uno, e fué así que el hermano mató al amigo. E ella hobo grand pesar, que juró que nunca folgaría fasta que lo feciese matar. E ella es mucho amiga de la dueña de la ínsula de Bellón, e rogole que ficiese manera cómo matase al que le matara el amigo. Ella dixo que le placía. E ciñole la espada aquella que traxo aquí, e díxole:

—Conviene que aquel que te esta espada deciñere, que sea el mejor caballero de su tierra e el más leal e sin toda tacha. E agora lo demanda doquier que lo falleres, e sabe que aquel que te la desciñere matará a tu hermano por fuerza de caballería, e ansí te vengarás deste grand pesar que así has rescibido. E así rescibió esta doncella alevosa la espada, porque su hermano rescibía muerte; e ansí será, ca muy aína rescibirá por ella muerte. E no verná desta espada este mal solo, que morrán por ella tales dos caballeros, que verdaderamente son los mejores e los más osados de todo el reino de Londres. E agora catad, señor, cuánta mala ventura por su causa vino e verná por esta mala doncella. Cierto bien paresce qne es verdad que más merescía ella muerte que no ésta que aquí murió.

E cuando esto oyó el rey fué muy maravillado de la poca lealtad e crueza de la doncella. Cuando la doneella esto oyó fué muy espantada, cuanto más que vió que el rey otorgaba con Merlín, e partiose delante dellos lo más aína que pudo. Así quedaron fablando, y el rey dixo a Merlín:

—¿Qué podemos facer de aquel caballero que tan poco presció a mi corte que mató aquella doncella ante nos todos?

—Señor, dixo Merlín, non fabléis en ello más, ca esto sería grand daño si él muriese por tal cosa, que a maravilla es hombre bueno e buen caballero. En estos diez años no morrá caballero que tanto os pese de su muerte. Ruégoos por Dios, señor, que este yerro le perdonés, ca tal hombre es que bien meresce todo serle perdonado si lo hiciese; e si lo vos también conociésedes como yo, mucho toviérades que fuera gran mal solamente de lo que le dexistes. E vos, señores ricos-

hombres, ruégoos que le no queráis mal, ca sabed cierto que él emendará tan complidamente este yerro a la corte, que bien mostrará que debe haber la batalla de la espada más que hombre que aquí viva.

E el rey dixo:

—¡Ay Merlín, decidme quién es, por Dios, ca me paresce que lo conoscés!

E Merlín le dixo:

—Yo os digo que ha nombre Baalín el Salvaje, e digoos por verdad que es el mejor caballero que agora hay en el mundo. E por ende he pesar de su muerte, que le averná más aína que le sería menester al reino de Londres.

E cuando los ricoshombres esto oyeron perdonáronle todo su mal talante que le ante habían; e rogaron a Dios que lo guardase de mal, e el rey no le fué de tan mal talante como de ante era, ca bien creía a Merlín de cuanto le decía, e díxole que le pesaba de lo que le fablara tan bravamente. E Merlín dixo:

—¡Ay señor, tarde os acordastes!; sabed que muy poco vivirá con vos.

Así fablaban los unos e los otros del caballero. E el rey dixo a Merlín:

—¿Qué me decís del rey Rión? ¿Poderme ha mal facer?

—Rey —dixo Merlín—, cabalgad seguramente, ca Nuestro Señor vos fará mayor honra que vos pensáis; e el que os puso en tan grand honra, no os derribará della tan aína, ca Él vos ayudará en todo lugar si no quedare por vos.

Así lo esforzó Merlín al rey, e castígolo de lo del caballero; e el rey dixo que mucho le pesaba de lo que le dixera, pero que ya era dicho, que no había que hablar sobre ello.

Cuando el caballero de Irlanda se fué en pos de Baalín, al salir de la villa falló el rastro dél, pero no sabía cierto que era él; mas su ventura lo levó por aquel mesmo camino por do el otro iba, e anduvo tanto fasta que lo alcanzó al pie de la montaña, e diole voces de tan lueñe como entendió que le podría oír, e díxole:

—Don caballero, tornad acá.

E cuando Baalín esto oyó tornó, ca bien entendió que a justarle convenía e díxole:

—Caballero, antes que conmigo justés, decidme cúyo sois.

E él dixo:

—Soy de casa del rey Artur, que me envía acá por vuestro mal; e yo vos desafío.

—Cierto, —dixo Baalín—, mucho me pesa porque sois de su casa, ca si os matare habré mayor culpa que he, e así porné otro mayor yerro sobre mí.

Entonces endrezó el caballero contra él, e juntó el escudo al pecho e abaxó la lanza, e el otro non se detuvo más. E fué cuanto el caballo lo pudo levar, e encontráronse muy reciamente el uno contra el otro, e Baalín púsole el escudo e quebrole la lanza en el pecho, mas no le fizo otro tal golpe ni se movió de la silla. E Baalín lo ferió tan fuertemente que le falsó el escudo y la loriga, e mitiole la lanza tanto y tan crudamente que le pasó de la otra parte grand pieza del hasta, e púsolo en tierra por encima del cuello del caballo. E al sacar de la lanza extendiose con cuita, e tornó sobre él e tomó la espada, cuidando que era vivo. E cuando llegó a él fallolo muerto e pesole mucho, porque era de casa del rey Artur, e pensó qué faría sobre ello.

El así estando pensando vió venir una doncella, cuanto más podía aguijar. E cuando llegó do yacía el caballero descendió luego, que non cuidó que era muerto, e cuando lo vió muerto fizo tan grand duelo, que el caballero que la cataba dixo que nunca tal viera; e amortecíase e acordábase, e cuando pudo acordar dixo a Baalín:

—¡Ay señor caballero, dos corazones e dos cuerpos matastes en uno, e dos almas faredes en uno!

Entonces sacó la espada del caballero de la vaina, e dixo:

—Amigo, en pos de vos me conviene de ir, e parésceme que mucho tardo; e si la muerte fuese tan sabrosa como es a mí, nunca dos morrán en tan gran placer.

Entonces se dió con el espada por medio del pecho; e Baalín que le quisiera quitar la espada e no pudo tanto facer que lo ella ante non ficiese. Cuando Baalín vió esta aventura no supo que ficiese, ca nunca vió cosa de que tanto se maravillase. E dixo:

—¡Por Dios, lealmente amaba esta doncella más que nunca mujer amase!

En cuanto él estaba catando en esta aventura qué podría facer de ambas, cató contra la montaña e vió salir a Balaán su hermano, armado de todas armas e un escudero con él. E cuando lo vió venir salió contra él e dixole que bien fuese venido. E el otro que lo conoció en las

armas, tiró su yelmo e fuese a él e abrazolo e lloró con él de alegría, e díxole:

—Hermano, nunca vos pensé ver. E, por Díos, decidme cómo salistes de la prisión.

E él le díxo:

—La fija del rey de Uberlanda que me tenía preso me libró, que si por ella no fuera, aun agora no fuera salido. Pues decidme qué aventura os traxo aquí; cierto me dixeron en el castillo de las Cuatro Pedreras que érades libre, e que os vieron en casa del rey Artur. E por esto íba ahí aprisa por ver si os pudiera fallar; mas decidme si fuistes en casa del rey Artur.

E Baalín le díxo:

—Agora me parto dende.

E contole todo cuanto pasara, e qué de grado quedara en compaña de tantos buenos hombres, si esto no fuera. E que después que de allá partiera, que matara aquel caballero, e cómo aquella doncella se matara por él. Entonces díxo Baalín que lealmente lo amaba, e que por la lealtad de aquélla, que jamás nunca fallescería a dueña ni a doncella que su ayuda hobiese menester. E Baalín díxo a su hermano:

—¿Qué podemos facer destos dos cuerpos?

—Cierto, díxo Baalán, no sé dar consejo.

Ellos estando en esto llegó un enano que saliera de la cibdad, e venía cuanto un rocín lo podía traer. E cuando allí llegó e vió los cuerpos conociolos, e comenzó a facer duelo grande e a batir las palmas e tirar de sus cabellos. E después que ya una pieza fizo su duelo, díxo a los caballeros:

—¿Decidme, cuál de vos mató este caballero?

E Baalín díxo:

—¿Por qué lo preguntas tú?

E el enano díxo:

—Porque lo querría saber.

Baalín díxo:

—Yo lo maté, mas esto fué en defendimiento de mí; mas si Díos me ayude, pésame mucho.

E el enano díxo:

—Pues desta dueña me decíd la verdad, pues que lo del caballero me dexistes.

E él contó cómo se matara por amor del caballero.

—Cierto —dixo el enano—, este es el mal grande, ca el caballero era de los más preciados del mundo, e es fijo del rey de Irlanda; e en su muerte buscastes la vuestra, ca es de tan buen linaje e de tales caballeros, que si Dios no, otro non vos puede escapar de muerte, tanto que los de su linaje lo sopieren, ca tales son que por todo el mundo vos buscarán.

E Baalín dixo:

—Yo no sé lo que ende averná, mas pésame mucho de su muerte; e no por miedo de su linaje, mas por amor del rey Artur cúyo era.

E en cuanto los caballeros fablaban en esto con aquel enano, salió de la montaña el rey Mares, que después casó con Iseo, la que había los cabellos como oro, así como vos dirá adelante, ca mucho conviene que lo cóntemos por una aventura del Santo Greal. E el rey había poco que fuera rey, e era de edad de diez e siete años, e iba al rey Artur por lo ayudar a su guerra que había con el rey Rión, ca toda su tierra obedescía al reino de Londres. E cuando el rey Mares llegó al lugar do los cuerpos yacían e supo la verdad, así como los caballeros gelo contaron, dixo que no oyera fablar de dueña que tan lealmente amase, e que por la lealtad della faría honra a ambos. Luego mandó el rey Mares a aquellos ricoshombres que con él venían, que fuesen a buscar un monumento, el más fermoso que pudiesen fallar, e que los llevasen allí; e dixo que se no partiría fasta que fuesen enterrados allí en aquel lugar do fueron muertos. E mandó estonces armar su tienda; e sus hombres fueron buscar un monumento e falláronlo en una iglesia, e leváronlos allá. E el rey fizo ahí meter los cuerpos de ambos: e fizo entallar letras a los pies del monumento, que decían: «Aquí yace el Calandor, fijo del rey de Irlanda, e cabe él yace Calamesa, su amiga, que por él se mató cuando lo vió muerto». E el rey fizo poner en la cabeza del monumento una cruz muy fermosa e rica, en que había muchas piedras preciosas.

E después que esto fué fecho, que el rey se quería partir de allí, llegó Merlín en semejanza de montañés, e comenzó de escribir en la cabeza del monumento letras de oro que decían: «En este llano se ayuntará la batalla de los dos amigos, que se más amaran en su tiempo. E será aquella batalla maravillosa más que ninguna de las que antes fueron dellos ni después, sin muerte de hombre». Después

que esto hobo fecho escribió en medio del monumento dos nombres: el uno Lanzarote e el otro Tristán.

E desque esto hobo fecho cató el rey el monumento de lo que ahí ficiera, e maravillose del villano de poder facer tal cosa, e preguntole quién era.

—Rey —dixo él—, esto te non diré yo ni lo sabrás fasta que aquel día que Tristán leal amador será preso con su amiga; entonces te dirán de mí tales nuevas que te pesarán.

Entonces dixo a Baalín:

—Acuítate, caballero, por tu dolor grande e doloroso, porque sofriste que se esta dueña matase.

E él dixo:

—Nunca me pudo tanto acuitar que la espada le pudiese tomar de la mano.

—Tú no serás —dixo Merlín —, tan poderoso como aquí fueste, cuando el doloroso golpe se hará, porque los tres reyes serán en pobreza e en cuita enantes de dos años. E sabe que nunca tan malo nin tan feo golpe fué dado por hombre, ca muchos dolores e muchas cuitas por ende vernán. E parésceme que cobramos en ti primeramente la anieza, que bien así como por facer obras vino dolor e grand mezquindad, que nos todos compramos e laceramos de día en día, e así serán estos tres reinos pobres y estragados por el golpe que farás. E non habrán esta cuita porque tú seas el mejor caballero que agora haya en el mundo, mas porque pasarás el mandado que otro hombre ninguno no pasará, ca tirarás por aquel golpe el mejor y más leal caballero del mundo ni más amigo de Dios. E si tú supieres cuándo será aquel dolor e cuán caramente será comprado, tú dirás que por un hombre nunca tan grande mal vino en la tierra. E tal hora será que antes querrías ser muerto, que tal golpe hobieses fecho.

Estonces le preguntó el caballero quién era, que así contaba de las cosas que habían de venir. Merlín dixo:

—Tú non lo sabrás esta vez, mas todo te averná ansí como yo digo.

E Baalín dixo:

—Dios no quiera que así sea verdad como esto que tú dices, e si yo cuidase que tan malaventurado golpe por mí habia de ser fecho, antes me mataria por te facer mintroso; e grand derecho sería que más valdría mi muerte que mi vida.

Después que esto hobo dicho Merlín, partióse dellos en guisa que, cuando el rey Mares e los otros lo cataron, no vieron cosa; e no anduvo mucho que no falló a Blaisén, e Blaisén lo rescibió muy bien e Merlín a él. E dixo.

—Agora me quitaré de lo que vos prometí en Uberlanda, ca después pensé mucho cómo podríades dar fin a vuestro libro. Idvos a Camalote e atendedme ahí; e cuando me tornare de la mala andanza del rey Rión e de ver el astroso caballero, cómo se probará en esta batalla, entonces tornaré a vos.

E Blaisén le preguntó:

—¿Cuándo será eso?

E Merlín le dixo:

—Antes de un mes, si me las suertes non mentieren; e fallarme heis en Camalote.

Entonces se partieron ambos, e fuese cada uno a su parte. Mas cuando Merlín se partió del rey Mares e de los dos hermanos, los dos hermanos se tornaron en uno para ir a la hueste del rey Rión. E el rey Mares se fué a la cibdad; mas al partir preguntó mucho cómo había nombre Balaan, mas Balaan, que no quiso que su hermano fuese conoscido, porque era enemistado, dixo:

—Las dos espadas que trae dan mostranza de su nombre, e él ha nombre el Caballero de las Dos Espadas.

E el rey dixo que era derecho, pues que dos espadas traía. Así se partieron los unos de los otros. E los dos caballeros se fueron a la hueste del rey Rión, e no andovieron mucho cuando fallaron a Merlín que iba por el camino, mas en otra semejanza iba que cuando con ellos estaba, e no cataron en le conocer. E estovo quedo e dixoles:

—¿A qué lugar vais?

Dixo Baalín:

—¿A ti que te face, o qué nos dará a nos de te lo decir?

—Que tanto vos valdrá, dixo Merlín, que si osardes cometer una cosa que vos yo diré, nunca dos caballeros tanta honra les en poco tiempo averná, que siempre dello fablarán.

E cuando Baalín esto oyó, le preguntó por lo probar:

—¿Tú que sabes por lo que nos andamos?

Dixo Merlín.

—Yo sé bien que andáis buscando a todo vuestro poder dampno

del rey Rión, mas cuanto vos cuidáis facer no vos valdrá nada, tanto como lo que vos yo enseñaré, sí vos hobierdes ardimento de lo facer. E cierto ligeramente lo podés acabar por vuestra buena caballería, si los corazones no vos fallescieren.

E cuando ellos esto oyeron maravilláronse e dixéronle.

—Agora nos enseña cómo puede esto ser e cómo podremos acabar e ganar tan grand honra. E si viéremos que puede ser, facerlo hemos.

E Merlín dixo:

Yo vos diré cómo, si vosotros facerlo quisierdes.



Capítulo XXV

De cómo Merlín dixo a Baalín e a Baalán hermanos, dó fallarían al rey Rión e a toda su hueste

Caballero, dixo Merlín, sabet que el rey Rión es cerca de aquí, donde él albergó con toda su hueste, e ha puesto de ír esta noche a la mujer del duque de los Baos. E sabed que se partirá de su hueste por ír al castíllo de la dueña tanto que fuere noche, e vernán con él cuarenta caballeros, dellos armados, dellos desarmados. E él verná por címa de aquel otero armado de unas armas bermejas e sobre el mejor caballo de su compaña. E esto vos descubrí, porque sí habedes corazones e ardímento de lo acometer para desbaratarlo, yo vos conozco a ambos por tan buenos caballeros de armas que habredes ende el poder, sí los corazones hobíerdes. E nunca tan grande honra hobístes nín avíno a dos caballeros como a vos averná, ca lo podréis prender e darlo al rey Artur, o a quíen vos quísierdes.

Cuando ellos esto oyeron fueron muy más alegres que antes, e díxeron:

—¿Cómo te creeremos, ca sí creyésemos que verdadero eras no dexaríamos de ír allá por este reíno?

E Merlín díxo:

—Yo vos díré cómo farés. Yo me íré convusco fasta que vos meta en la carrera por do el rey ha de venír; e por ende seredes más seguros de mí, e yo estaré convusco tanto que vos amuestre al rey e a su compaña.

E ellos díxeron que en tal guisa que írían con él; e sí los quísíese engañar e meter en pelígro, que él sería el prímero que se ende mal fallaría e que el prímero morría.

—No dubdéis, díxo Merlín, ca así Díos me aconseje, ya por mí no vos verná mal a vos ní a caballero que ayudare al rey Artur, ca sín falta éste es rey para quíen buena andanza mejor cobdícío.

Después que ellos esto oyeron, dixeron:

—Pues que tú conusco quieres ír, nos iremos contigo do tú mandares e consejares, mas si fuere así que el rey no veniere ahí, o que nos mientes, matarte hemos.

E Merlín dixo:

—Yo quiero que me matéis si el rey no fuere ahí; mas si lo vos perdierdes por vuestra maldad, no he yo ende por qué daño rescibir.

—Agora vamos allá, dixeron ellos.

E fueron así los dos caballeros e el uno a pie, e bien le dieran caballo si lo quisiera, mas él dixo que lo no quería aquella vez. E de si fuéronse e andovieron tanto que llegaron a una grand montaña espesa de árboles, e Merlín los metió entre los árboles cerca la carrera fasta que venga el rey.

—E folgarán ahí vuestros caballos e vos.

E ellos descendieron e dexaron pacer los caballos, mas ellos no hobieron qué comer ni qué beber aquella noche. E así atendieron so aquellos árboles fasta que la noche vino; e Merlín les decía por los confortar buenas consolaciones de grandes fechos. E ellos preguntaban quién era, y él les respondía:

—Que pro vos tiene.

E ellos dixeron que gelo no preguntarían más. E Baalín dixo:

—No me paresce que eres buen hombre, ni te deben creer cosa de lo que dices, pues te no osas nombrar.

Merlín dixo:

—Cualquier que yo sea, yo os digo que más fablarán de mi saber después de vuestras muertes, que de vuestra buena caballería; pero sois vos agora de los mejores y más nombrados caballeros del mundo.

Así fablaron todos tres fasta que el alba salió clara y fermosa.

E Merlín dixo:

—Agora os ataviad que el rey llega.

E Merlín esto diciendo, pasó por ante ellos un escudero en un caballo a todo correr, e Baalín preguntó a Merlín:

—Sabes tú ¿quién es aquél escudero que va corriendo?

—Sí, dixo Merlín, éste es mensajero del rey Rión, que va adelante por decir a la mujer del duque cómo el rey viene.

Merlín dixo:

—Por Dios, si en algún tiempo fuistes buenos, agora lo mostrad,

que tanta honra esta vez ganarés que nunca os fallescerá; e si fuerdes cobardes no hay cosa que os escape de muerte, que los que vienen con el rey no son tan inorantes que os no conozcan si valedes algo. Esto vos digo porque en esta hora podrés meter paz en el reino de Londres, e vengar al rey Artur del hombre del mundo que él peor quiere e que más puede llegarle el mal e facerle mucho dampno; e si en esto fallescés, jamás honra no habrés.

—No hayáis recelo, dixeron ellos, ca si Dios quiere nos lo acabaremos bien.

Entonces subieron en sus caballos e tomaron sus escudos e lanzas, e ellos estaban entre los árboles en manera que los que pasaban por el camino no los veían ni tenían sospecha dellos. Después estovieron así un poco e oyeron estruendo de caballeros que subían por el otero e parescían ya en el llano de la montaña. E el llano duraba de aquella parte ocho millas en ancho e ocho en luengo; en el cual llano había una grand mata muy fermosa e grande que tenía lo más de la montaña impedido; e así atendieron ahí gran pieza después que vieron los primeros, que venían pocos a pocos. El camino de la hueste fasta la montaña era muy estrecho, e no podían ir por él dos caballos a par; e tanto que parescieron en la montaña fasta diez caballeros. E los caballeros hermanos quisieron ir a ellos, ca mucho deseaban de juntar con ellos. E Merlín les dixo:

—Atended agora un poco fasta que el rey suba en la montaña, e entonces iredes a ellos.

E dixeron ellos:

—Por Dios, no lo fagáis.

—Sobre mí, dixo Merlín, que yo os mostraré lo mejor.

E ellos sufriéronse. E a cabo de una pieza que eran ya encima de la montaña fasta veinte e dos caballeros, dixo Merlín:

—Miémbreseos lo que vos dixe, porque conociésedes al rey. Védeslo; agora parecerá lo que ahí faréis, ca desde agora más podéis aguijar.

A esta palabra no atendieron más los caballeros, e dexáronse ir al rey. E Baalín que iba delante dióle voces:

—Rey, guárdate; Rey, guárdate.

E felóle tan fuertemente que le faltó las armas, ca no traía escudo; e metióle la lanza por el costado, e el fierro de la lanza pasó a la otra parte, mas no fué la llaga mortal; e fué todo quebantado de la

caída e amortecióse con grand cuita que sintió, que bien pensó luego morir. E Baalán, que seguía su rastro, fué ferir do vió la mayor priesa; e fué dicha que llegó primeramente a un sobrino del rey, e ferióla tan de recio que le metió el fierro de la lanza por medio del cuerpo, e derribólo en tierra, que se no pudo levantar. E cada uno de los hermanos ficieron sus golpes de las lanzas, e metieron mano a las espadas e comenzaron a dar golpes de la una parte e de la otra e a derribar caballeros. E los otros se maravillaban de lo que veían facer a éstos, que les parescía que eran más de ciento, e creyeron que no les podían adurar, tántos veían caer de caballeros. E cuando los caballeros que venían en pos de ellos subieron en la montaña, así como venían unos en pos de otros, e vieron la batalla comenzada e los suyos fuir, e dellos yacer en tierra muertos e feridos, cuidaron que toda la hueste del rey Artur yacía encelada, e comenzaron a fuir cada uno lo más que podía; e derramábanse por la montaña, que así cuidaban escapar de muerte; mas el valle por que iban fuyendo era tan pedregoso e tan fondo, que dexaban la dubdosa muerte e tomábanla la de cierta; e dexábanse caer, porque non podían escapar que no muriesen.

Así fueron desbaratados los hombres del rey Rión por estos dos hermanos, de guisa que destos cuarenta no quedaron más de doce. E el rey e éstos eran tan maltrechos, que no habían ahí tal que se pudiese levantar. E cuando los dos hermanos los vieron desbaratados, tornaron al rey por ver si era muerto; e tiráronle el yelmo e la cofia, porque le diese el viento; e después que estuvo así una pieza e dió un sospiro como trespasado e abrió los ojos, e dixéronle:

—Tú eres muerto, si tú no te das a prisión.

E alzaron las espadas e ficieron infinta que quisieron cortarle la cabeza. E cuando el rey vió las espadas sobre sí, hobo pavor de muerte e dixoles:

—Ya, buenos caballeros, no me matedes; ca más podés ganar en mi vida que no en mi muerte; que en mi muerte no vos puede ningún pro venir, e por mi vida salvar no hay cosa que no faga.

E ellos dixeron:

—Pues prométednos que fagades lo que vos dixéremos.

E él gelo prometió. E ellos le seguraron la vida, e fuéronse a los otros e ficiéronles otro tal, e prometieron lo mesmo. En cuanto ellos esto fablaban, vino a ellos Merlín e dixoles:

—Quiero convusco fablar un poco; salid acá.

E ellos salieron, e él les dixo:

—Mucho fuistes bien andantes, e Dios os fizo grand honrá cuando por buena caballería prendiste tan alto hombre como el rey Rión. E yo os diré qué fagáis, si queréis cobrar amor del rey Artur. Moved luego de aquí, e levad estos presos al castillo de Carabel, e fallaréis ahí al rey Artur, que viene allí a dormir esta noche con grand parte de su hueste. E dígoos que atiende de mañana la batalla del rey Rión a muy grand pavor, ca le dixeron lo que es verdad, que ha mucha gente más que él, que no ha tan ardit en su casa que no haya pavor. E porque el rey e su compaña son agora tan desconhortados, dígoos que le nunca podés facer servicio a tal tiempo en que haya mayor placer.

Dixeron ellos:

—¿Eso es verdad que lo fallaremos allí?

—Sí, sin falta, dixo Merlín; e si aína anduvierdes lo fallaréis por acostar.

—¡Ay Dios, dixeron ellos, si pudiésemos con él fablar antes que viniese la luz!

E Merlín dixo:

—Si vos os acuciáis tanto como yo os digo, serés con él ante del alba. Pues agora andad, dixo Merlín, ca yo seré allá muy presto.

E los caballeros se tornaron al rey e a los otros, e dixéronles:

—Mandámosos por aquel homenaje que fecistes, vayáis al castillo de Carabel e vos metáis en poder del rey Artur, de parte de nos amos.

E el rey Rión dixo:

—Yo vos juro por el homenaje que he fecho, que en ninguna manera no podría cabalgar que ante que allá llegase no fuese muerto.

E hicieron luego traer andas e pusiéronlas sobre dos palafranes, e pusieron ahí el rey e ficieron a los presos sobir en sendas bestias; e descendiéronlos todos así al llano. E acuciáronse tanto de andar, que llegaron al castillo de Carabel; e llamaron al portero del castillo e dixeron:

—Cata aquí presos que traemos al rey Artur e liévagelos, e mira que no pierdas ninguno dellos, ca te decimos cierto que tu señor nunca tan grand placer hubo ni vió como éste.

Entonces dixo el portero que esto faría él. E Merlín llegó allí antes que ellos, e falló que aún non dormía, antes fablaba con el rey

Mares e con otros cuatro ricoshombres, con quien tomaba consejo de la guerra; mas non sabía consejo haber, ca se rescelaban mucho de se juntar con el rey Rión, tánta fama se hacía que traía grand poder. E Merlín dijo al rey:

—Señor, nuevas os trayo fermosas e agradables a tí e a todos los de tu corte. Sabe que el más poderoso enemigo que tú habías, que es preso e viene a tu merced; e fué preso por la más fermosa aventura que nunca oiste fablar.

E el rey volvió la cabeza e vió que era Merlín el que las nueva traía, e preguntóle:

—¿Decidme, amigo Merlín, quién es ese enemigo?

E Merlín le dixo:

—Cierto el rey Rión, que es preso e viene a tu merced e agora lo verás en tu palacio.

E el rey fué espantado, porque lo no podía creer; e dixo a Merlín:

—¿Es verdad lo que decís?

—Sí, dixo Merlín, e verlo has antes que un caballero pueda andar una legua pequeña. Sal tú e estos caballeros, e id fermosamente ataviados. E agora será aquí el rey Rión.

E cuando el rey Artur esto oyó fué maravillado, e dixo:

—¡Ay, Dios, bendito seáis vos que me tan gran honra fecistes sin mi merescimiento!

Entonces envió el rey a las posadas por los gentileshombres apriesa, e vinieron luego todos e no tardaron mucho, que entraron con el portero doce caballero que traían al rey Rión en andas, que así gelo mandara Baalín que lo levasen ante el rey. E después que entraron pusieron las andas en tierra, llorando e faciendo gran duelo. E cuando el rey Rión se vió ante el rey Artur alzóse así como pudo, ca mucho era mal llagado, e preguntó cuál era el rey Artur, e mostrárongelo. Entonces fué a él e fincó los hinojos ante él, e dixole:

—Rey Artur, a vos me envía e a vuestra presión el Caballero de las Dos Espadas, que me prendió por la mayor aventura que nunca hombre vió nin oyó fablar, con ayuda de otro caballero solo; e yo traía cuarenta caballeros e bien armados, e ellos mataron todos, fuera estos doce que veis aquí e a mí; e a éstos mataran ellos si les no ficiéramos homenaje que viniésemos a entrar en vuestra prisión; e nos así lo facemos, e agora podéis facer de nos lo que quisierdes.

E el rey Artur los rescibió muy bien, e gradesció a Dios por cuanto bien le ficiera. E el rey Rión le dixo:

—Señor, si no queréis mi muerte, faced de mí curar, que mucho soy llagado e perdí mucha sangre de mí.

E el rey mandó luego meter a él e a los otros doce en un palacio, e envió por un maestro que los guaresciese, e toda diligencia fué fecha por do entendieron que más aína sanarían. Entonces dixo el rey a Merlín:

—¿Sabéis vos quién es este caballero que me este bien fizo?

—Sí, dixo Merlín, e decíroslo hé si quisierdes.

E el rey dixo:

—Mucho me tardo de lo saber, tánto lo deseo.

—Agora sabed, dixo Merlín, que en vuestra corte ante vos e ante vuestros caballeros os fizo grand deshonra cuando os mató la doncella, e por ende lo hecistes salir de vuestra corte.

—Mucho me pesa, dixo el rey, porque lo ansí eché, ca bien me enmendó el tuerto que me entonces fizo; e agora me placería ya que veniese, e si cosa le dixe con que le pesase emendárgeloía de buena mente, ca él ha más fecho por mí, más de lo que yo creía que ningún caballero pudiese facer.

E Merlín dixo:

—Dexados agora désto e curad de otra cosa que vos es mucho menester.

E el rey dixo:

—¿De qué, ca no faré cosa sin vuestro consejo?

E Merlín dixo:

—Yo vos pregunto ¿si vos juntaréis mañana con las gentes del rey Rión?

—¿Cómo, dixo el rey, osarme han atender, pues yo tengo a su señor preso?

—Sí, dixo Merlín, ca no ha cosa porque crean que el rey Rión es preso; e de la otra parte ha el rey Rión un hermano que ha nombre Nero, e es rico e poderoso; e aquél tiene la hueste en cargo, que se convusco no dexará combatir, como quier que le ende avenga. E por ende debéis haber consejo de vuestra facienda, porque vos non pueda mal traer.

E el rey dixo:

—Yo no quiero facer cosa sin vuestro consejo.

—Vos habéis mañana a juntaros con hombres esforzados, que son gentes del rey Rión, que es muy mayor gente que la vuestra; mas sin falta en esto no hay grand peligro, ca muy poco ardimento habrá en ellos cuando supieren que su señor es perdido, e por esto serán desbaratados e muy en breve. Mas pongamos que sea ansí que los vencerés, empero otro hay que os puede tanto o más empecer.

—¿Quién es, dixo el rey?

Merlín, dixo:

—El rey Lot de Ortanía, vuestro cuñado, que es el mejor caballero de vuestro reino que rey sea; e quiérevos gran mal mortalmente por amor de los niños que hobistes ayuntados, ca en aquel tiempo os envió un su fijo que hobo entonces en vuestra hermana; e trixéronle a vos e crey que vos le matastes con los otros, porque él e vuestra hermana os quieren grand mal, e ficieron ayuntar todos sus ricoshombres e caballeros del reino de Ortanía, e feciéronlos venir a Camalote, así como en vuestra ayuda, mas no es ansí, ca antes vienen por vuestro destruimento; ca vos verés mañana, cuando vos fuerdes a la batalla contra los del rey Rión, que el rey Lot vos ferirá en las espaldas, cuando los otros vos ferieren delante. E esto será muy cierto. Agora catatlo, qué ahí farés, ca ansí será como os yo digo, si Dios no da otro consejo.

Cuando el rey esto oyó fué mucho turbado, ca el rey Lot era el mijor caballero de la tierra, e en quien él más esperanza tenía. E dixo a Merlín:

—No sé qué diga, pues el rey Lot me quiere mal.

Dixo Merlín:

—Así será sin dubda como vos yo digo.

E el rey dixo:

—Decidme qué faré, ca si ellos vienen a las espaldas e los otros delante en aventura será el reino de Londres, e mi honra será denigrada.

Merlín dixo:

—Yo os diré qué faréis. El rey Lot es buen caballero e débeslo mucho amonestar por muchas vías, e enviadle decir que haya con vos todo amor e que ayude al reino de Londres así como debe, e que haya piedad de la corona e del reino e que su honra no fallezca por fallimiento dél. E facedle saber que vos querés que él mantenga la primera

haz e que faga levar la vuestra seña, e que la mantenga a honra del reino, así como leal hombre la debe mantener e ayudar a honra de su señor; e que si vos le fecistes algún yerro, que gelo enmendarés como él e los grandes del reino tovieren por bien. Todo esto le mandad decir, e después habréis consejo a lo que vos enviare decir.

El rey dixo:

—¿Dó crees que lo fallarán?

E Merlín dixo:

—A dos leguas de aquí pequeñas, con toda su hueste; e no atiende si no en esperar que vos ayuntés con los hombres del rey Rión, ca así vos cuida desbaratar ligeramente; e luego trabajad de enviar a él, e no debés tardar que aína será de día.

Entonces llamó el rey a dos caballeros e dixoles cómo dixesen al rey Lot, e que se fuesen aína. E ellos se fueron al rey Lot, e fablaron de parte del rey Artur, e dixéronle todo su mandado. El rey respondió e dixo:

—Decid a vuestro señor que mi ayuda no habrá, ni cosa buena que yo pueda facer, e mostrárgelo he lo más aína que pudiere, que lo no debo ayudar, mas estorbar cuanto pudiere.

E los mensajeros dixeron:

—¿Cómo, señor, serés vos en su mal?

—Sí, dixo él, e en manera que faré todo mi poder por lo tirar de la tierra e la corona de la cabeza, ca bien lo meresció; ca hombre tan desleal como él es no debe traer corona, pues fizo tan grand deslealtad en matar los niños de su reino; e si sus ricoshombres fuesen tan buenos como debían, no lo debían tener por señor, antes lo debrían destruir e matar, así como debrían facer a rey tan desleal e malo. E idvos de aquí e decilde que no habrá comigo paz ni amor fasta que yo haya venganza de mi fijo, la primera criatura que él debiera amar como a sí mesmo, e fizola matar sin merescimiento, por que lo yo destruiré. Esto os digo que le digáis.

E ellos dixeron que lo farían, como quiera que mucho les pesaba, porque no fallaban en él mejor respuesta.

Entonces se partieron los mensajeros del rey Lot e tornaron al rey Artur, e contáronle el recado que en él fallaran; e el rey hobo grand pesar.

E Merlín le dixo:

—No te desconhortes, ca Nuestro Señor te acorrerá, que cierto

creí que te no puso El en tan grand señorío para te lo tirar tan aína, si le tú además no errares. E agora cabalga seguramente e faz tus haces lo mejor que supieres; e yo te digo que Nuestro Señor te fará la mayor honra que Dios ha que fizo a emperador. E yo quiero que te confieses de todas las cosas en que estás en culpa a Dios. E cree que ésta es una de las cosas del mundo que te podrán más ayudar.

Ansí como Merlín aconsejó al rey, así lo fizo. E tanto que fué de mañana contó sus caballeros e falló que eran cincuenta mil caballeros, sin los hombres de pie, e fizolos en diez haces. E preguntó a sus ricoshombres si irían a ellos o si los atenderían en aquel llano; e dixeron ellos que los atendiesen allí por no cansar los caballos. E así fizo el rey sus haces e atendió sus enemigos. E rogó e castigó a sus vasallos que se apercibiesen de facer todo bien, que la honra del reino de Londres non fuese aquel día por fallecimiento dellos; e ellos dixeron que ante querrían morir en aquel llano que haber la deshonra de la batalla.

Torna el autor a dar cuenta de lo que ficieron los dos hermanos Baalín e Baalán; e dice que después que dieron los presos al portero, luego se partieron de Carabel e andovieron tanto fasta que llegaron a una ermita que era de allí una legua. El Caballero de las Dos Espadas era amigo del ermitaño e llamó a la puerta; e tanto que los conosció abrióles luego e recibiólos muy bien, e dióles de buena mente de lo que tuvo, pan e agua, ca no tenía otra cosa. Estovieron allí toda aquella noche fasta la mañana, e cuando fué el sol salido, levantáronse e ficieron armar sus escuderos. E allí do se estaban armando llegó un niño pariente del ermitaño que les dixo:

—Nuevas os trayo. En este día será la mayor batalla que nunca fué en el reino de Londres, ca las gentes del rey Rión e del rey Artur han de haber lid campal.

E los caballeros dixeron:

—¿Sábeslo por verdad?

—Sí, dixo, ca yo vi las haces e las señas tendidas.

Dixeron ellos:

—Sea Dios en ayuda del rey Artur, ca cierto será grand dampno si fuere vencido.

Entonces hobieron su consejo qué farían. E Baalín dixo a su hermano:

—Esto se faga como vos quisierdes.

E Baalín dixo:

—Yo quiero que vamos allá, e cuando viéremos que el hermano del rey Rión entra en la batalla, vayamos lo ferir; e si Dios quiere que nos con él juntemos, yo creo que nos no escapará tan ligeramente que no hayamos dél cual pleito que quisiéremos. E si Dios nos quisiere sacar tan bien andantes que lo pudiésemos meter en mano del rey Artur, yo creo que me perdonase e que me quisiese tan grand bien como antes que matase la doncella.

Entonces se acordaron en ésto e partiéronse del ermitaño, e fuéronse al campo a do había de ser la lid, e vieron todo el campo de caballeros lleno e armados, e las haces puestas e las señas alzadas e tendidas de amas partes, e pendones ricos e fermosos e de muchos colores. Nero, hermano del rey Rión, sabía ya de las nuevas cómo era preso su hermano, mas encobríalo tan bien a todos los de la hueste, que lo no sabía ninguno, fuera un su privado que le contara las nuevas. E aquella mañana los ricoshombres preguntaron por él. Dixoles Nero:

—Cabalgat seguramente, ca él y yo iremos en la primera haz e en la postrimera, e agora vos confortad, ca no faredes ahí golpe sin él.



Capítulo XXVI

Cómo Nero, hermano del rey Rión, e sus gentes hubieron batalla con el rey Artur, e fué vencido Nero e presas sus gentes.

Amonestaciones muchas fizo Nero a su compaña; e fizo diez haces ansí como el rey Artur. E después que las haces hobo partidas, fizo ir tres haces de caballeros en la delantera, en guisa que se juntaron con las del rey Artur. E allí podía hombre ver al juntar quebrar las lanzas e correr los caballos a todas partes sin señores, que no había y ninguno que las tomase, ca mucho había en al que facer. Mas aquellos que eran de parte del rey Artur, sufrieron mucho en el comienzo; e si tan buenos caballeros no fueran, ligeramente pudieran ser desbaratados; mas ellos eran vivos e ligeros, e los más dellos eran mancebos de buena edad y prestos de muerte rescebir e vencer antes que perder honra en batalla. Esto les fizo tanto sufrir aquel día, que muchos hubo dellos feridos e muertos. E después que las lanzas hobieron quebradas, metieron mano a las espadas de cada parte, e comenzaron la batalla tan peligrosa e mortal, que en poca de hora pudiera hombre ver el llano cubierto de muertos e llagados; mas todavía por fuerza e por ardimento ganaron los del rey Artur el campo, de manera que por fuerza convino a las tres faces de Nero volver las espaldas. Los del rey Artur fueron ferir en los otros que los venían ayudar, que eran otras tres faces; e en aquella ida fueron muchos de los del rey Artur derribados y llagados e maltrechos, ca eran muy pocos; e todos fueran muertos si no socorriera el rey Artur con otras cuatro faces; pero muchos más eran los otros que los del rey Artur. E en tal manera se juntaron de ambas las partes, que si mal iba a los uno luego los otros de su compaña los acorrían. E cuando los dos hermanos vieron que el rey Artur entraba en la batalla, dixeron:

—Mucho atendemos; agora dexemos ferir nuestros enemigos, e feriremos en la postrimera en que va Nero.

E luego dexáronse correr contra ellos, e fueron ferir en la postrimera haz en que Nero iba. E toparon primeramente con dos caballeros, e metiéronles las lanzas por los cuerpos, que escudos ni otras armas no los servió; e dieron con ellos en tierra, de manera que maestros no habrían menester, e del tirar quebraron las lanzas. E los dos hermanos metieron mano a las espadas, e comenzaron a dar a unos e a otros grandes golpes e derribar yelmos e cabezas, e llagar e matar caballeros; e tanto facían ambos grandes maravillas de armas, veyendo sus enemigos lo cual eran espantados. E si alguno quisiese saber de cuál espada Baalín fería crea que de la suya, ca no de aquella que tomó a la doncella, ca de aquella que tomó nunca firió fasta el día que entró en campo con Baalín su hermano, e lo mató por desconocimiento, como adelante vos lo contará el segundo libro del Santo Greal.

Esta batalla fué en el llano de Carabel; e fueron allí muertos muchos buenos caballeros. El rey Artur muchos mató e llagó aquel día por su mano, e bien mostró a sus enemigos la bondad de su espada Escalaber; e muchos compraron caramente el su buen tajar, que ante que la batalla fuese partida, mató e llagó por su mano más de cuarenta caballeros. E don Queas, su mayordomo, lo fizo tan bien aquel día que ganó buen prez que le duró grand tiempo; e Ervisreinel, que era caballero mancebo, lo facía otrosí muy bien, mas ninguna cosa que él ni otro caballero ficiese, todo era nada ante el Caballero de las Dos Espadas, ca aquél facía maravillas tan conocidas adonde llegaba, que todos no lo tenían por caballero mortal, mas por alguna fantasma o por algún diablo que la mala ventura allí truxiera. El rey Artur cuando lo vido cató lo que facía, e dixo que aquél no era caballero como otro, mas hombre nacido sobre tierra para destruir gente. Esto dixo él a Giflete, que fué después en muchos lugares retraído. Fué la batalla tan ásperamente mezclada, que en todos se facía gran mortandad.

Merlín fué al rey Lot e fallólo que se ataviaba para venir sobre el rey Artur. E díxole:

—Cata cómo quieres facer tan grant traición en ir contra tu señor e cuñado combatiéndole, por ti e por tu pueblo por quitaros de ser captivos de otros; e quieres ir sobre él e lo matar a todo su poder seyendo tú su vasallo; cata si es esta traición e grand crueza.

—¡Ay Merlín!, dixo el rey, si lo yo desamo no es maravilla, que él fizo la mayor traición que nunca rey fizo a gran dampno de todos los

altos hombres de su reino. E otrosí fizo a mí, que un fijo que Dios me dió, me mató, que porque era él más poderoso que yo no curó de mirar que era su cuñado, ni porque el niño era fijo de su hermana. Agora catat si esta crueza fué más que traición.

—¿Díme, dixo Merlín, sabes que tu fijo es muerto?

—Sí, dixo él, ca lo sé verdaderamente, ca lo metió sobre la mar con los otros niños. E por esto nunca habrá conmigo paz ni amor, mas guerra en todos los días de mi vida.

Dixo Merlín:

—Tuerto faces, ca no sabes que tanta es tu vida, e no debías decir cosa sino toda verdad. Sabed verdaderamente que Morderit, vuestro fijo, es vivo. E si te désto quisieres dexar, yo te lo mostraré ante que sean dos meses.

—Esto no creeré yo, dixo el rey, si lo no viese.

—¿Pues qué quieres facer?, dixo Merlín.

E el rey dixo que:

—Si Dios no lo parte, yo de aquí no me partiré sin batalla; e ansí me vengaré, si la muerte no me estorbare.

Dixo Merlín:

—Yo te digo que si a la batalla vas, que serás vencido, tú e los más de los tuyos muertos. E bien me debrías creer de lo que te digo, ca tú sabes por verdat que nunca me fallastes en mentira de cosa que me oiste decir. E tú te hallarás aína mal, si me no creis.

E el rey dixo, que no había en el mundo cosa por que él dexase aquel día de haber venganza del rey Artur; e Merlín dixo:

—Pues crei cierto que te fallarás desto tan mal, que lo no podrás mejorar.

E cuanto el rey Lot fablaba con Merlín, sus hombres se otorgaron en ello e dixéronle:

—Señor, faced lo que Merlín vos ruega, que de su consejo no verná mal a vos ni a otre.

E Merlín sabía ya que Nero se combatía en aquella hora con el rey Artur, e que si Lot llegase en tal sazón, que el rey Artur sería desbaratado e vencido. E detenía Merlín al rey Lot en palabras, ca no quería más plazo, salvo que los del rey Rión fuesen vencidos, ca si Artur esta batalla venciese, bien sabría qué consejo habría contra el rey Lot. E por esto lo detuvo cuanto pudo en fablas fasta hora de tercia.

E esto facía él por encantamento, ca después que entendió que la lid era vencida, bien quiso que fuese ahí el rey Lot porque muriese ante que él matase el rey Artur, ca bien sabía que uno dellos había de morir aquel día.

E después de hora de tercia vino al rey Lot un hombre que le dixo:

—Señor, nuevas vos trayo maravillosas; sabed que el rey Artur venció la batalla del rey Rión, mas cierto creed que nunca vió hombre tan grand lid ni tan mala, ca muchos hay muertos de la una parte e de la otra; e presos de la parte del rey Rión muchos caballeros y buenos.

E cuando el rey esto oyó fué espantado e cató si vería a Merlín por cortarle la cabeza, porque lo detuviera, e no lo vió. Entonces dixo a sus ricoshombres:

—Merlín me ha muerto, ca si hoy de mañana anduviera, desbaratara al rey Artur e vengara mi despecho. Agora so ende más arredrado que nunca fué, e jamás mientra viva non lo terné en tal punto como hoy de mañana lo tenía; e agora no sé qué faga, ca si a él vo facerme ha como enemigo, porque non quise anoche cosa facer por él, e si me tornare a mi tierra irá sobre mí e destroirme ha.

Entonces dixo un caballero que era primo del rey Artur:

—No podredes y cosa facer si no por el espada, e agora id seguramente que Dios os dará la honra de la batalla.

—Vayamos, dixo el rey, que me no quiero dél partir sin batalla.

Entonces preguntó al mensajero:

—Agora dí, ¿es grand gente con el rey Artur?

—Cierto, dixo él, no, y los que quedaron son cansados e lasos; e los más dellos llagados.

—Pues vayamos, dixo el rey, e faced todos en manera que en los primeros encuentros ninguno no quede en la silla.

E ellos dixeron que así lo farían, pues que le tanto placía. Entonces ficieron sus haces e fueron contra la hueste del rey Artur.

Merlín después que habló con el rey Lot tornóse al rey Artur, e fallólo llagado en muchos lugares de muchas llagas grandes e pequeñas, e vió que se desarmaba, e dixole:

—Rey, no te desarmes que aún has de facer. E veís el rey Lot de Ortanía con sus ricoshombres e con toda su hueste, que vienen sobre tí; e cata las señas en aquella montaña, que vienen cuanto pueden.

E el rey dixo:

—¡Ay Dios, qué cuita tanmaña, que todo este mal yo creo que viene por mí pecado; e cierto los míos comprarán lo que yo fice contra Nuestro Señor!

E cuando los ricoshombres e caballeros esto oyeron, hobieron dél grand piedad e duelo en sus corazones, e dixeron al rey:

—Señor, no te desconhortes e cabalga seguramente, que Dios te dará honra.

Entonces dixo un caballero, el cual era aquel que seguía la bestia ladradora, cuyo fijo fué Perseval, según adelante se dirá:

—Señor, vuestra merced non recele cosa que avenir pueda, que mi facienda e persona está muy aparejada para vos ayudar e a los otros caballeros buenos, e si todos fuesen tales como vos, poco nos durarían cualesquier que viniesen.

El rey dixo:

—Ruégovos que me digáis quién sois, ca vos no conozco por razón de las armas.

E el caballero dixo:

—Señor, no os lo encubriré; yo soy aquel caballero que vos vistes seguir la bestia desemejada, e por grand bondad que en vos había os vine ayudar, ca no por tierra que de vos tenga; esto sabéis vos muy bien.

—Vos la ternéis, dixo el rey, cada cuando que quisierdes, ca mucho lo merecés bien.

Entonces movieron sus haces contra la hueste del rey Lot; e desque fueron juntas, muchos caballeros derribaron, ca los había buenos de la una parte y de la otra. E comenzaron su batalla tan mortalmente de la una parte e de la otra, que bien mil fueron muertos de aquella vez, tan dura e tan fuerte fué comenzada. E desde poco más de hora de tercia duró fasta hora de viésperas, mas si el rey Lot no fuera tan buen caballero como era, sus gentes fueran desbaratadas en breve. Era tanto lo que el rey Lot sufría en el peso de la batalla, que facía tornar a los suyos e esforzábalos, que cuantos lo veían se maravillaban cómo lo podía sofrir. E él comenzaba todas las proezas e dar los golpes, que no había y tal que no hobiese dél grand pavor. E cuando el rey Artur vió lo que facía el rey Lot, dixo:

—¡Ay Dios, qué cuita e qué dampno que tal hombre como éste erró tan mal, que tanta es la su bondad que debía ser emperador!

Él rey Lot, que no cataba sino cómo podría matar al rey Artur, e metió mano a la espada e fué corriendo contra él, do lo vió en una grand espesura. E el rey Artur, que entonces no se fallaba en aparejo ni en tiempo de lo rescebir, tiró del freno e escudóse lo mejor que pudo contra el golpe que a darle venía; mas el rey Lot, con la codicia de le dar, le erró, e ferió al caballo del rey Artur muy de recio por encima del arzón, tan bravamente que le trancó por la aguja amas espaldas, e el caballo cayó muerto e el rey Artur cayó ante él. E el caballero de la desemejada bestia, que estaba cabe el rey Artur, cuando lo vió así caer, creyó que era muerto e hobo grand pesar, e dixo que era grand daño, que nunca los del reino de Londres cobrarían tal señor, e que lo vengaría si pudiese. E fué ferir al rey Lot, que lo no receló; e el caballero lo firió tan de recio que el yelmo non le aprovechó ni le pudieron guarir, que todo le abrió fasta la garganta, e cayó muerto en tierra.

E cuando los de Ortania esto vieron, fueron espantados, que se no pudieron ni supieron consejar, ca veían muerto a su señor, aquel en quien toda esperanza era de vencer aquella batalla. Cuando los caballeros del rey vieron aquel muerto que les tanto mal facía, esforzáronse e dexáronse correr a los de Ortania, e mataron e derribaron dellos tantos que cubrían la tierra. E los de Ortania dexaron el campo e comenzaron de fuir por guarescer, si pudiesen; e los otros iban en pos dellos, que los desamaban mortalmente; e mataron dellos tantos, que a grand pena quedó ninguno. E así fueron desbaratados todos los de Ortania; e aquel día recibieron venganza que para siempre les será retraída, como fueran vencidos en campo do fueran contra su señor natural.

Desta manera mató el rey Polinor de Galaz al rey Lot de Ortania, por que Galván su fijo, cuando después fué caballero, desamó mortalmente al rey Polinor; e de aquel linaje mató después sus fijos de Lamarate e Drianes; e Agraval mató en la demanda del Sancto Greal, así como el autor lo dirá adelante.

Cuando la batalla fué vencida, todos los de Ortania fueron muertos e presos. Él rey Artur mandó tomar todos los suyos e mandólos echar en uno en una cueva muy fonda, e fizo allí facer una iglesia en que cantasen siempre misas por sus ánimas; mas por todos los otros cuerpos no dió cosa; fueron tanto que los soterrasen por esos llanos e por los montes do yacían. Mas en la batalla del rey Rión avino que los

doce reyes que el rey Rión conqueriera, fueron ahí todos muertos; e el rey Artur fizo levar los cuerpos dellos a Camalote, e fizolos meter en una iglesia de Sant Augustín, e fizo escribir sobre cada uno dellos su nombre; e el rey Lot, porque lo amaba de ante, fízole poner en medío de la cibdad en una tienda muy fermosa e muy rica, e mandóle facer una honorable cama; e fizo facer por honra dél en aquel lugar una iglesia, que fué después muy honrada, e será mientra el mundo durare, e púsole nombre la iglesia de Sant Juan.



Capítulo XXVII

Del honorable enterramiento que el rey Artur fizo al rey Lot, e los grandes llantos que por él se ficieron.

La reina mujer del rey Lot vino acompañada al enterramiento de su marido con muchos obispos e prelados e con sus cuatro fijos, que eran muy mozos e niños. E fué ahí fecho grande e extremo llanto por todos; e el rey Urián vino ahí, e su mujer, Morgaina, que era muy maliciosa e sabía mucho de engaño e de otro mal. E cuando el rey Lot fué soterrado, Galván su fijo mayor, que era muy fermoso niño e no había entonces más de once años, fizo grand duelo por su padre, que todos los que lo veían habían dél piedad. E después que fizo su duelo, que hombre de su edad no podría más facer nin más apuesto, dixo palabras que bien fueron oídas e después non olvidadas; e comienza diciendo:

—¡Ay Dios Señor, cómo me fizo tan grand daño e de grand duelo sabidor el rey Polinor que os mató, e qué mucho abaxó vuestro linaje e tornó pobreza por vuestra muerte! ¡E el reino eso mesmo se fallará menguado más, que no fará de los mejores siete reis que fallarse podrían hoy! ¡E ya, no plega a Dios, que faga yo caballería que sea nombrada fasta que tome venganza, como es derecho que mate rey por rey!

E desta palabra se maravillaron todos cuantos lo oyeron, ca mucho era grande para la decir tan pequeño niño; e muchos hobo ahí que dixeron:

—Aún éste vengará a su padre.

E sí, así fué, que mató después al rey Polinor e a tres sus fijos.

Así ficieron las osequias del rey Lot muy honorablemente, que duraron quince días. Después désto el rey Artur, que era muy alegre de aquel grand bien que le Dios ficiera en ser escapado de las batallas, dixo que faría las ochavas de aquella vitoria. E mandó facer imágenes

de reys, trece de metal, e doráronlas muy bien; e cada un rey había en su cabeza una corona de oro muy rica, e su nombre escripto en el pecho. E fizo facer una imagen mejor que todas las otras a su semejanza; e fizo que los trece reyes toviesen sendas candelas en las manos. E el rey Artur tenía en la mano una espada desnuda, que parecía que amenazaba los tres reyes e las otras gentes. E después que esto hobo fecho, fízolas poner encima de la mayor torre de su alcázar, así que todos los de la cibdad los veían bien. E en medio de todos estaba el rey Artur más alto que ninguno, e tenían todos las cabezas alzadas, así como si le pidiesen merced de grand yerro.

E después que todo esto fué hecho, comenzaron sus fiestas que les duró ocho días, mas en el primero día dixo el rey Artur a Merlín:

—Mucho me paresce esta obra a mí bien, si estas candelas siempre durasen.

Merlín dixo:

—Yo os las faré durar más que vos pensáis.

Entonces fizo su encantamento, e dixo al rey:

—Cierto creet que estas candelas no morrán fasta aquel día que el alma se me partiere del cuerpo. E en aquel tiempo que ellas murieren habrá dos maravillas en esta tierra, ca yo seré muerto por engaño de mujer. E el Caballero de las Dos Espadas dará el doloroso golpe contra defendimiento de Nuestro Señor, porque las aventuras del Santo Greal avernán a menudo en el reino de Londres. Entonces comenzarán las cuitas e las tempestades por la Gran Bretaña, así que todos serán espantados, e durará esto veinte e dos años.

El rey dixo:

—Merlín, ¿por ésto puedo yo entender vuestra muerte e el día en que ha de ser?

E Merlín dixo:

—En verdat verés en aquel día que las aventuras vernán primero, ca entonces morrán estas candelas, e esto será a hora de mediodía; e verná en una escuridad grande por toda la tierra, que ninguno no podrá cosa ver. E aquella hora verná que andarés acá, ca decendirés cabe una fuente por matar una bestia. Entonces verná la oscuridad tan grande que no sabrés parte de vuestra bestia, e bien os digo que habrés muy grand miedo.

E el rey se maravilló mucho e dixole:

—Merlín, ¿vos me podés decir qué día e hora será esto?

—Por buena fe, dixo Merlín, esto no sabrés vos ni otro.

Entonces se dexó el rey de le preguntar e hablóle de otras cosas, e díxole:

—Decidme, ¿dónde se fueron el rey Polinor e los dos hermanos que tan buenos fueron en las batallas, e yo los he fecho buscar lueñe e cerca e no los pudieron fallar; e ellos ficieron tanto por mí que nunca habré placer fasta que les dé el galardón.

—Yo os digo, dixo Merlín, que ya los hermanos nunca los verés.

E esto decía Merlín, porque se mataron ambos por desconocimiento. Mucho fablaron aquel día de muchas cosas, así que Merlín dixo al rey Artur:

—Yo no estaré aquí mucho; mas una cosa vos diré. E creed, si sois cuerdo, que la vaina de vuestra espada que la guardés bien, que yo vos digo que nunca tal la fallaréis, si la perdéis; ni la pongáis en mano si no de aquel en quien fiais mucho, ca si os la conocieren nunca más la habréis; e bien vistes en las lides cuánto valía la vaina, ca vos fuistes en las batallas llagado de muchas llagas e nunca perdistes una gota de sangre.

El rey dixo:

—Yo la guardaré a todo mi poder.

Aquel día fizo el rey Rión homenaje al rey Artur, e fizo reyes por todas las tierras onde eran reyes aquellos que murieron en la lid. E aquel día fablaron mucho los unos con los otros de muchas cosas, e de las candelas que así ardían. E cuando Morgaina supo que Merlín ficiera tal encantamento, pensó de lo conocer, e que aprendería tanto dél porque podría facer algo de lo que quisiese. E entonces fizo en guisa que se conoció con Merlín, e rogóle que le enseñase de lo que sabía, e que faría pleito homenaje que haría por él lo que él quisiese. E Merlín, que la vió muy fermosa a maravilla, comenzóla a querer bien e dixo:

—Señora, no os lo encubriré; yo vos amo tanto, que no hay cosa en el mundo que me demandéis que yo por vos no faga.

—Muchas mercedes, dixo Morgaina; e esto quiero yo probar luego. Agora vos ruego que me enseñés tanto de encantamento, que no haya mujer en la tierra que dello sepa más que yo.

E Merlín dixo que esto faría él con mucha gana. E mostróle

tanto en poco tiempo, que supo gran parte de lo que deseaba saber, ca ella era muy sotil e engañosa e cobdiciada de aprender sciencia de nigromancia. E cuando vino tiempo hobo un fijo varón que llamaron en baptismo Iván, e después fué caballero nombrado, de gran bondad e de grandes fechos. E desque hobo aprendido tanto de nigromancia cuanto quiso, alongó a Merlín de sí porque vió que la amaba de fol amor, e díxole que le faría un grand escarmiento si más viniese a lugar do ella estuviese. E Merlín, esto oído, hobo grand pesar, ca la quería infinito, e por amor del rey Artur que la amaba fuyó e partióse de la corte.

En aquella sazón en el reino había un caballero muy fermoso y buen caballero de armas, que amaba mucho a Morgaina, e ella a él. E tanto andovieron en su amor, que hubieron ayuntamiento en uno, e ella lo amaba sobre todos los hombres del mundo; e en aquella sazón era en casa del rey e ponía cobro en su facienda e gobernábale la casa, porque el rey no había mujer. E el rey fiaba della más que de cosa del mundo por la grand confianza que della tenía; e dióle a guardar la espada, e díxole:

—Guárdamela muy bien, e mejor me guarda la vaina, ca éste es el guarnimiento del mundo que yo más amo e a que más precio.

E cuando ella esto oyó maravillóse e díxolo al caballero que amaba. E el caballero le rogó que preguntase al rey que por qué la amaba tanto, e ella dixo que lo faría. E un día preguntó al rey por qué amaba tanto aquella vaina. E el rey, que mucho amaba a su hermana, le contó la verdad de la vaina. E ella dixo:

—Por buena fe ya no entrará en mano de hombre, si no en la vuestra, e de hoy más la guardaré mejor que de antes.

E aquella noche vino su amigo, e él le preguntó por la vaina qué sabía della. E ella le dixo cuanto el rey dixera de la vaina.

—Por Dios, dixo él, pues que en ella hay tan gran virtud quiérola yo haber.

E dixo ella:

—Así lo quiero yo, mas atended fasta que faga facer yo otra que le parezca. Si me la el rey pidiese e gela no diese otra que a ella pareciese, matarmeía.

E él dixo:

—Pues catad qué faréis, que nunca seré alegre fasta que la haya en mi poder.

Entonces envió Morgaína por uno que era maestro de tales obras, e mostróle la vaína e díxole que feciese otra tal. E el maestro dixo que la faría en tal que toviese la otra delante sí. E Morgaína lo metió en su casa, porque se no perdiese la vaína. E fizo otra tal, así que tanto se parescía que no había hombre que las supiese conocer, cuál era la una o la otra. E cuando Morgaína vió que se tan bien parescían, hobo miedo que lo descubrería el maestro que la labrara, e mandóle cortar la cabeza e echarlo en la mar.

Entonces envió por su amigo, e ellos estando así catando la vaína, llegó el rey Artur de su caza. E ellos hobieron miedo que si el rey así los fallase, que pensaría algún mal; e fuyeron cada uno dellos a su parte, e dexaron las vaínas encima de un lecho, una sobre otra e la espada sobre un alfamar. E el rey fué a su cámara e falló ende a Morgaína, e después que estovo con ella un poco e ella con él, tornáronse a su lecho donde se partiera e cató las vaínas, mas no las pudo conocer cuál era, ca se parescían muy bien e fué espantada. Entonces avino cómo Dios quiso que tomó la vaína e metió ahi la espada, mas no cuidó ella así e dió la otra a su amigo, e él la tomó cuidando que era la mejor. E avínole así: que aquella mesma semana se combatió el caballero con otro caballero e fué llagado mal, e la vaína en que se fiaba no le valió cosa, que tanta le salía de sangre que apenas se podía tener en la silla, e por ende cuidó que Morgaína gela cambiara adrede, e dixo que se vengaría della. E fuese a su posada e trabajó de guarecer con la más diligencia que pudo.

Después que esto pasó, un día avino que el rey fué a caza e el caballero pensó de lo aguardar, e avínole así que se arredró de su compaña, salvo de aquel caballero que lo aguardaba. E después que hobo seguido el exercicio de la caza, cuanto fué contento vino fablando con aquel caballero de muchas cosas. El caballero dixo:

—Señor, deciros ía una cosa, sino que he pavor. E cierto creed que lo no digo sino por vuestra pro.

E el rey le dixo:

—Decid, ca no os verná por ello mal, mas grand bien, si veo que es mi pro.

E el caballero dixo:

—Señor, pídovos por merced que con toda diligencia me oyáis. Sabed que Morgaína vos desama e no sé por qué; mas tan mortal-

mente vos desama, que os busca la muerte, e por ende envió el otro día por mí e fízome jurar que ficiese lo que ella mandase. E después que lo juré díxome:

—Quiero que me vengués de Artur, que me mató a mi sobrino e a mi cuñado, e quiero que me lo matéis.

E yo le dixe:

—Señora, esto no podría yo facer, ca he miedo de matar el que a mí fizo e face tantos bienes e es mi señor.

E ella dixo:

—Desto no hayáis miedo, que yo te daré un tal guarnimento que mientra lo truxeres no perderás una gota de sangre, ni rescibirás llaga mortal. Entonces me dió la vaina de una espada, e díxome que aquella había tal virtud si lo ficiese, que me faría rico para siempre si vos matase; mas yo no lo quise facer, porque so vuestro natural e porque no he derecho en vuestro mal querer; e por ende vos descubro este secreto, e ruégovos que vos guardés della.

Cuando el rey esto oyó, signóse por la maravilla que oía, e díxole que le mostrase la vaina. E el caballero gela mostró, e el rey la tomó por la suya verdaderamente, e dixo al caballero:

—Dádmela, e yo me vengaré de la grand traición.

E el caballero gela dió, que cuidó que ficiera bien su facienda, e el rey se tornó para donde se partiera del hermana.

Mas Merlín, que sabía cuanto dixera el caballero al rey, e vió que el rey iba tan sañudo que mataría a Morgaina, si otro consejo no hobiese, fué a ella e díxole todo el consejo del rey e del caballero. Esta guarda le fizo porque la amaba de corazón, e non paró mientes cómo lo partió de sí tan aviltadamente. E cuando ella esto oyó hobo muy gran miedo e fincó los finojos ante Merlín e dixo:

—Habé merced de mí e ayúdame a ésto, ca si no muerta so, ca bien sabes tú que nunca aquello dixe yo al caballero.

—¿E cómo vos podría yo ayudar, dixo Merlín?

—Esto vos diré yo, dixo ella. Tú quedarás aquí e yo sobiré en mi palafrén, e salirme he fuera de la villa e faré in finta que me quiero ir. E cuando el rey viniere e preguntare por mí, díle que me furtaron la vaina del espada e que me fué con miedo. E si tú esto dices yo habré amor del rey e el caballero será escarnido.

E Merlín dixo:

—Yo lo faré por vuestro amor.

E Morgaina escondió la vaina que tenía, que la no pudiese fallar el rey. E cabalgó en un palafrén e fuése; e a cabo de un poco, llegó el rey e preguntó por su hermana, e Merlín le dixo:

—Señor, mal le va, que fuyó e vase para su reino.

—¿Por qué?, dixo él.

—Porque le furtaron la vaina, dixo Merlín, que le distes a guardar, e fuyó con miedo de vos.

Cuando el rey esto oyó luego pensó otra cosa de lo que ante pensaba, ca bien cuidó que el caballero furtara la vaina e que dixera aquello por algún desamor que había a su hermana. Entonces cató al caballero muy sañudamente e dixo:

—En poco estuve de facer la mayor desmesura e yerro que nunca rey fizo, ca hobiera de matar a mi hermana por vuestra mezcla.

Entonces metió mano a la espada con muy grand ira e dixo:

—Vedes aquí el galardón de vuestra mentira.

E dióle tan gran golpe que le echó la cabeza lueñe; e dixo a Merlín:

—¿Sabéis dó falle a mi hermana?

E él dixo dó estaba. E él envió luego por ella e falláronla en un monesterio de dueñas, e traxiéronla ante el rey. E cuando el rey la vió dióle la vaina e dixole:

—Guardádmela mejor que la otra vez guardastes, ca por dicha la hube; e si vos aquí fallara caramente lo comprárades.

E él decía esto, porque cuidaba que aquella era su vaina que le diera con su espada. Así fizo Morgaina paz con su hermano a quien buscaba muerte cuanto podía, mas el rey nunca entendió cuál era su mal, por ende la tenía consigo.

El rey Aurián vivió mucho con el rey Artur por amor de su mujer, que le regía su casa. E porque ella era sabidora de muchas cosas amábala el rey Artur; mas después la desamó mortalmente, e cierto con gran derecho, ca la hobiera de matar.

E después désto el rey Aurián había un sobrino muy fermoso, atrevido e de buen seso para ser de su edad; tanto que todos se maravillaban e no había niño en el reino tan gracioso, e era de edad de diez e ocho años. El rey Aurián no amaba en el mundo cosa tanto como a él, e había nombre Bandemagus; el cual amaba más la compaña de Galván e de Gariet que otra, e había sobre Galván seis años e un

día. Servían ante el rey; e después que hobieron comido tomáronse por las manos todos tres, e iban por la sala. E Bandemagus iba en medios y tenía el brazo diestro sobre Galván e el siniestro sobre Gariet, e pasaron por donde estaba Merlín. Merlín dixo como en manera de sañudo:

—¡Ay Bandemagus, a tu diestro e siniestro es por quien te perderás! E esto será grand daño, ca en tu tiempo no morirá más cuerdo príncipe que tú.

E esta palabra oyeron muchos, mas no la entendieron; e el rey le rogó que la dixese otra vez. El no quiso, e dixeron al rey Artur cómo dixera, mas nunca ninguno pudo saber ni entender esta profecía. E así como él dixo así fué, que mató Galván a Bandemagus.

Mucho fablaron en la corte todos de Bandemagus. E en aquel día acaesció así, que Nabor, padre de Sagramor, aquel que a Morderit criaba, estaba cabe el rey Urián e veniera aquel día de la corte, e dixeron al rey:

—Señor, mucho debiérades e debedes ser alegre con tan buena criatura como fecistes en Bandemagus. E cierto yo no sé agora en esta tierra con qué tanto vos debiese placer. E agora pluguiese a Dios que hobiese yo otro tal fijo, si, Dios me ayude, lo amaría e lo preciaría mucho.

—Sí, Dios me vala, dixo el rey Aurián; yo lo amo tanto como si fuese mi fijo. E ámole más por el bien que en él veo que por el linaje que con él he.

Ellos, diciendo esto, levantóse Merlín e dixo al padre de Sagramor:

—El rey Urián puede más ser alegre de su fijo que vos del vuestro; e él le verá ir para bien, e vos veréis que el vuestro vos matará con una lanza. E el uno déstos que aquí están matará al otro. E así podrés bien decir que metistes el lobo con el cordero, que así como el lobo es alegre con la muerte del cordero, ansí será alegre el uno con la muerte del otro. E esto averná en el día que la mortal batalla será en los llanos de Salabez, cuando la noble caballería del reino de Londres será muerta e desbaratada.

E désto fueron maravillados cuantos lo oyeron, e fablaron en ello mucho e dixéronlo al rey, e dixo:

—Esta es de las profecías de Merlín.

E mandóla escrebir con las otras. Entonces dixo el rey a Merlín:

—¿Decidme si estas cosas que decís ante mí serán en mi tiempo?

—Sí, dixo Merlín, verdaderamente e yo no digo cosa que vos no veáis ante de vuestra muerte.

—Mucho me place, dixo el rey.

Otro día a hora de mediodía avino que el rey fizo armar sus tiendas fuera del castillo en un prado sobre el camino, e sentióse pesado de un dolor que le vino e acostóse en su cama e mandó cerrar la tienda, que no entrasen allá si no fuesen servientes. E él así yaciendo comenzó a pensar una cosa, que le mucho desplacía. E el estando así oyó un grand sonido de caballo que venía por el camino, e levantóse e salió fuera por ver qué era. E falló a sus servientes dormiendo e vió venir de contra el castillo de Camalote un caballero armado, e facía el mayor duelo del mundo.

—¡Ay Dios, dónde te meresci aquésto, por que me conviene facer tan grand mal e tan grant deslealtad, ca no era yo usado señor de facer tan grand traición!

E después que esto fizo comenzó a facer su duelo mayor que de ante. E cuando llegó al rey, díxole el rey:

—¡Ay caballero, ruégovos por mesura que me digáis por qué facés este duelo!

—Señor, dixo, yo no os lo diré, ca no sois poderoso de me poner consejo.

E así fuese, que le no dixo más. Desto hobo el rey gran pesar, e cató al caballero mientra lo pudo ver. E estando así vió venir de traviesa del camino el Caballero de las Dos Espadas, el hombre que él más en el mundo amaba, que venía derechamente a él. E cuando lo el rey vió venir contra él, díxole:

—Amigo, bien vengades.

E él descendió luego que conosció al rey, e fué muy humildosamente e díxole:

—Señor, todo mi corazón es en vos, para os servir en todas las cosas que en el mundo pudiere.

E el rey dixo:

—Vos me lo mostrastes bien no ha grand tiempo, mas aún os ruego que fagáis por mí una cosa que os no será muy grave.

—Hacerla he yo si pudiere, pues me lo mandáis, dixo el caballero.

—Yo vos ruego, dixo el rey, que vayáis en pos de un caballero

que va por aquí, e faced que venga a mí. E sabed que lo no digo por su mal, mas querría saber por qué iba faciendo muy grand duelo.

—Señor, dixo el caballero, en merced os tengo porque os plugo esto me mandar. Yo iré muy de grado, e traérvoslo he si Dios quisiere.

Luego subió en su caballo e fuése en pos del caballero e alcanzólo; e traía las armas e las cubiertas blancas. El Caballero de las Dos Espadas se acuitaba tanto que llegó a él al pie de una montaña, e falló con él una doncella que le preguntaba:

—¿Por qué facés tal duelo?

E él le respondió:

—Yo querría ser ya muerto diez años ha, que no seguir esta aventura.

Entonces le dixo el Caballero de las Dos Espadas:

—Dios os salve.

E el caballero le tornó las saludes.

—Señor, dixo el Caballero de las Dos Espadas, yo os ruego por Dios e por honra de caballería, que tornéis al rey Artur que envía por vos.

E el Caballero dixo:

—Señor, no os pese, que en ninguna manera puedo tornar esta vez; e por Dios os ruego que me lo non tengáis a mal, ca cierto yo lo faría si pudiese.

El Caballero de las Dos Espadas dixo:

—¡Ay caballero señor, por Dios non lo digáis, ca me habríades fecho caer en falta, ca prometí al rey que vos no dexaría en ninguna guisa!

E él le dixo que no podría ende tornar, ca si tornase a él que le vernía gran mal. E el Caballero de las Dos Espadas le dixo:

—Tornaréis, si no luego sois en batalla, e pesarmeía mucho si Dios me ayude, ca me parescéis hombre bueno, e no os querría facer enojo.

—¿E cómo?, dixo él, ¿así me conviene combatir con vos, si no tornare?

—Sí, sin falla —dixo el Caballero de las Dos Espadas—, e pésame, mas a facerme conviene que lo prometí al rey.

—Por buena fe, dixo el otro, mal me verná en alguna manera, ca me converná a dexar esta demanda en que entré, e si la yo dexare, ¿quién será aquel que la tomare?

—Yo, dixo el Caballero de las Dos Espadas, que jamás no la dexaré sino por muerte, si me esto prometéis.

—Entonces, dixo el Caballero, yo me iré con vos; mas quiero que me levéis a salvo en vuestra guarda, de manera que si me mal viniere, que la culpa sea vuestra.

E el de las Dos Espadas dixo que así lo quería él. Entonces se tornó el Caballero de las Dos Espadas e el otro con él, e díxole:

—Id delante, ca yo vos aseguro.

E fueron así fasta cerca de las tiendas del rey, cuanto podía ser un tiro de ballesta. Entonces el caballero que iba en pos del otro dióle voces, e díxole:

—¡Ay caballero que las dos espadas traes, muerto so en vuestra guarda, e la deshonra es vuestra e el dapno mío!

Entonces tornó el Caballero de las Dos Espadas e viólo caer en tierra del caballo; e descendió luego e fallólo ferido de una lanzada por medio del cuerpo, que no supo quien lo hizo. E fué tan gran golpe, que el fierro parescía de la otra parte; e hubo tan grand pesar, que nunca lo hubo mayor de cosa que le aveniese; e dixo:

—¡Ay Dios, escarnido so, que este caballero fué así muerto en mi guarda!

E el Caballero le dixo con grand afán:

—Señor caballero, so muerto e la culpa es vuestra; e agora os converná entrar en la demanda que yo comencé, e acabadla de vuestro poder; e sobid en aquel mi caballo, que es mejor que el vuestro, e id en pos de la doncella que comigo fallastes; e aquélla os levará do yo había de ir, e vos mostrará aquel que me mató, e agora parescerá cómo me vengaréis.

E tanto que esto hobo dicho fué muerto; mas el rey que ende llegara ante que muriese, oyera grand pieza de lo que dixera. E díxole el caballero:

—Señor, escarnido so, que tan buen hombre como éste murió en mi guarda.

—Cierto, dixo el rey, nunca tan grand maravilla vi, ca lo vi ferir e non vi quién lo ferió.

Estonces tomó el Caballero de las Dos Espadas la lanza con que fué ferido el caballero, e sacóla dél; e después dixo al rey:

—Señor, yo me vo e encomiéndoos a Dios; e bien os digo, que

yo nunca habré placer fasta que vengue este caballero e que acabe lo que comenzó a buscar el caballero muerto.

E tomó el escudo e fué en pos de la doncella. E el rey quedó con el caballero tan espantado que no podía más. En cuanto el rey así estaba catando el caballero, venieron sus ricoshombres e preguntáronle quién matara aquel caballero. E el rey dixo que non sabía. E ellos en esto fablando llegó Merlín, e dixo al rey:

—No te espantes desta aventura, ca aína verás muchas más maravillas; mas faz aquí un monumento muy rico e fermoso e mete dentro el caballero, e faz escrebir sobre el monumento: «Aquí yace el Caballero Desconocido». E sabe que aquel día que tú sabrás su nombre, habrá tan grand alegría en tu corte que antes nin después non la habrá tan grande; e ante no lo sabrás.

E el rey fizo lo que le dixo Merlín. E quedó desta manera ésto, e el rey tornó a entender en las cosas de su corte.



Capítulo XXVIII

De cómo la mujer de Ebrón e su fija vinieron ante el rey Artur a pedir merced de la tierra de su marido, y que le armase a su fijo caballero.

El autor dice que después que el rey Artur cortó la cabeza a Ebrón el Follón, por lo que le dixera de Morgaina su hermana, cuidando que gelo devantara, su mujer de Ebrón vino a él e dixole:

—Señor, ruégovos que la tierra que mi marido tenía de vos que me la dexés tener a mí, porque me defienda con ella contra quien me quisiere facer mal.

El rey dixo:

—Pláceme e otórgolo.

Dixo ella:

—Muchas gracias, señor, mas aún vos demando más.

Dixo el rey:

—Pedid lo que quisierdes, ca si es cosa que vos dar pueda, haberla heis.

—Yo os pido, dixo ella, en galardón de todos los servicios que os yo pudiere facer, que un fijo que yo he doncel, que me lo fagáis caballero ante que de aquí vayáis; ca Dios vos dió tanta gracia e tanta bondad, que me paresce que no podría ser caballero por vuestra mano que todavía no fuese bueno, e por esto quiero yo que vos des a mi fijo la honra de la caballería; ca su padre fué a tan buen caballero como vos, señor, sabés, que no podía el fijo errar en lo ser.

El rey dixo:

—Bien lo sé, e quiero yo facer lo que me rogáis.

—Muchas mercedes, dixo ella. Agora emendastes la grand pérdida que me distes en la muerte de mi marido.

Entonces fizo venir la dueña a su fijo ante el rey, que había nombre Brius e era muy fermoso doncel, pero había la catadura brava como su padre. El rey le preguntó:

—¿Tú quieres ser caballero?

—Señor, dixo él, no hay cosa en el mundo de que tan gran placer haya.

—Tú lo serás por ruego de tu madre, dixo el rey; e Dios quiera que sea en tí bien complida la caballería.

Dixo la madre:

—Amén.

Aquella noche mandó el rey tener vigilia al escudero en una capilla que ende había, e otro día fizolo un caballero; e partióse dende con su compaña, e el caballero novel quedó con su madre.

E tanto que se de allí partió, fizo Brius una promesa a su madre, donde mucho pesar e mucho dampno vino a muchas dueñas e doncellas, ca el prometió, porque su padre perdiera la cabeza por razón de Morgaina, que jamás nunca fallaría dueña ni doncella que no ficiese cuanto mal pudiese facer. E esta promesa tovo él mientra vivió, ca muchas mató después por sus manos e las deshonró. E si su padre fué muy bravo e malo e de grand crueza, no fué el fijo mejor, mas peor.

E el rey Artur tornóse a Camalot, e falló ahí al rey Urián e a Morgaina. E los de la corte tenían grand pesar, porque no sabían del rey ningunas nuevas; e muchos hombres buenos lo fueron a buscar a muchas partes. Mas cuando lo vieron venir fueron muy alegres; e él les contó cómo matara a Ebrón el Follón; e todos dixeron que era bien fecho de rey, e ficiéronlo escrebir en el libro de las aventuras que en aquel tiempo eran comenzadas de nuevo. E los caballeros de la Tabla Redonda habían puesto por mandado del rey e de Merlín, que metiesen en escripto todas las aventuras e caballerías que en aquel tiempo aveniesen en la Grand Bretaña, en tiempo del rey Artur.

Acabado esto conteció otra aventura, que Bandemagus fué preso en el castillo de Urián, que era padre de Ebrón, e fué preso todo aquel día, que ninguno no miró por él en la prisión en que estaba, que era una cámara e muy fermosa e muy blanca. E había ahí una doncella fija del señor del castillo que hobo grand piedad de Bandemagus, porque lo viera tan mancebo e fermoso; e dixo que sería grand limosna que el tal caballero e tan niño pudiese librar de peligro. E aquella doncella tenía la llave de la cámara do Bandemagus yacía. E tanto que hobo vagar de fablar con él, fué a él e preguntóle quién era. E él contóle toda su facienda, que le no menguó ninguna cosa; e después dixole:

—¿E vos, doncella, quién sois que de mi facienda me preguntáis?

—Señor, dixo, yo so fija del señor deste castillo, dixo ella, e el caballero que vos matastes era mi hermano; mas por defender vuestra vida e no por vuestra voluntad. E porque veo que sois aún niño, yo he de vos grand duelo, que yo sé bien que hoy o mañana será vuestra muerte, ca mi padre e cuantos aquí están os desaman; mirad qué remedio ternéis.

Dixo el caballero:

—Cierto, doncella, no sé; en Dios pongo mi esperanza, ca si Dios quiere que yo aquí muera, no me puede ninguno guarir, e si quiere El que escape, escaparé, que así van las cosas del mundo como Dios quiere.

—Si Dios me ayude, dixo la doncella, yo he duelo de vos e he gran pesar de vuestra muerte.

El dixo:

—Por Dios, señora, si vos de mi muerte hobiésedes pesar, bien me lo podríades mostrar, que sé que me podríades sacar de aquí.

E ella dixo:

—Si os yo de aquí sacase, ¿cómo me lo agradeceríades?

—Por Dios, dixo él, como vos quisiésedes, que cualquier cosa que yo facer pudiese yo la faría por ser libre, ca bien sé que no puedo de aquí escapar sin muerte, porque todos los de aquí me quieren mal; e Dios lo sabe, que de la muerte del caballero me pesa como si fuese mi hermano, e yo no lo matara si lo no hobiera de facer, ca si yo a él no matara él matara a mí.

E la doncella dixo:

—Yo vos libraré, si me dierdes un don.

—Cierto, dixo él, si me vos libráis de aquí, yo os daré lo que me pidierdes, si fuere cosa que pueda o deba dar; y aún más os quiero decir: si ansí lo facés como decís, de non poneros excusación ninguna a lo que por vos demandado me sea, aunque en ello hobiese de rescebir agravio, cuanto más conociendo la merced tan señalada que della espero rescebir.

Cuando la doncella esto oyó, dixo:

—Sabed, señor, que no os pediré cosa que vos sea grave de facer.

E oído por él esta respuesta, dixo:

—Yo os lo prometo como leal caballero, que faga lo que me mandardes.

—Yo lo rescibo, dixo ella, e quiero os librar; e decirvos he cómo

tanto que fuere noche sacarvos he de aquí, e faré parar dos caballos cabe la puerta del castillo; e después que vos fuéredes armado, cabalgaremos e tomaremos la carrera; e después que fuéremos fuera de la tierra de mi padre, entonces os diré qué os quiero pedir.

—Muchas gracias, dixo él. Si lo ansí ficierdes, yo seré para siempre vuestro caballero.

—Set seguro, si Dios no me estorbare.

En esto se acordaron ambos, e Bandemagus fué confortado mucho; e ella partióse dél e díxole que se esforzase bien. E trabajóse mucho de lo librar, ca tanto se contentó dél e tanto lo metiera en su corazón, que lo amaba desigualmente.

E aquel día se aconsejó el señor del castillo con sus vasallos qué faría de aquel que matara el fijo que él mucho amaba, tanto como a sí, e que le dixesen qué muerte le faría morir:

—Ca yo quiero que los de la Tabla Redonda sepan el alta venganza que yo dél tomaré; así que los que lo oyeren se castiguen por do andovieren demandando aventuras por el reino de Londres, como süelen. E quiero que por este fecho se espanten los caballeros andantes que andan buscando justas e batallas por la Grand Bretaña.

E después que él este consejo demandó, levantóse un caballero e dixo:

—Señor, el mejor consejo que en esto podéis haber es éste: que le cortés la cabeza e la enviés al rey Artur en empresente; e que le enviés decir que por venganza de vuestro fijo que Bandemagus mató, farés tal justicia de todos los caballeros andantes que a vuestra corte vernán. E estas nuevas espantarán así todos los caballeros andantes, que jamás ninguno no verná por aquí.

E el señor del castillo dixo:

—Esto tengo yo por bien, e esto quiero yo facer de todo en todo.

Cuando la doncella esto oyó hobo gran pesar, e fué luego a Bandemagus e contógelo todo.

E él respondió espantado e dixo:

—Señora, ¿qué faré?, que bien veo que so muerto, si vos merced no habéis de mí; e por Dios pensad de me librar.

Dixo ella:

—Por Dios, facerlo he.

Después que la noche vino, la doncella, que pensó mucho aquel día cómo libraría a Bandemagus, fué a la cámara e abrióla; e tomó a

Bandemagus por la mano e sacólo del castillo tan secretamente, que lo no entendió ninguno, e levólo a un árbol do tenía dos caballos e todas sus armas, que le no menguó cosa; e díxole:

—Bandemagus, agora vos armad aína e salgamos de aquí, ca después que fuerdes fuera de la tierra de mi padre, no habréis miedo.

E él se armó e ella le ayudó; e cabalgaron luego e andovieron fasta media noche. Bandemagus dixo a la doncella:

—Agora podemos folgar, que ya somos fuera de la tierra de vuestro padre.

Ella dixo:

—He miedo que venga en pos de nos e que nos alcance; e si nos alcanzan seríamos en peligro de muerte, e cuanta diligencia fecimos sería perdida; e por esto tengo por bien que andemos cuanto la noche durare, e cuando fuere de día algún castillo podremos fallar, do nos acostemos e estemos seguros.

E él dixo:

—Doncella, vos decís lo mejor e así lo fagamos. Mas esto decía yo, porque cuidaba que vos seríades cansada del camino.

Entonces comenzaron de andar lo más aína que pudieron, e cuando ya fué el día claro, que el sol salía, dixo Bandemagus:

—Señora doncella, ¿sabéis dó somos?, ca yo no sé cosa desta tierra, si Dios me vala.

—Ni yo fago, dixo ella, ca nunca fué aquí; mas tanto sé yo bien que habemos andado grand camino, e que somos muy lueñe del castillo de mi padre.

—Bien lo creo, dixo él.

Ellos estando así fablando cataron a su diestra e vieron una ermita antigua, que estaba cabe unas matas sobre una peña. E Bandegamus dixo:

—Doncella, atendedme aquí un poco; iré aquella ermita a saber nuevas desta tierra donde somos.

E ella dixo:

—Id, mas venid luego.

E Bandegamus fué a la ermita e falló que era cosa de orden. E dixo a los frailes:

—¿Hay aquí cerca algund castillo o lugar do pudiésemos folgar yo e una doncella que anda comigo?

—No, dixeron ellos, mas a cinco leguas de aquí hay otras casas de orden.

E ellos ansí fablando cató Bandegamus de una peña e vió una floresta muy espesa; e ésto podía ser de allí cuatro leguas pequeñas. E dixo:

—Agora me decíd, señores, ¿cuál es aquella floresta que veo?

—Aquélla, señor, dixeron ellos, es la floresta de Armantes, una de las grandes florestas que hay en la Grand Bretaña, e de las más desviadas e do los hombres fallan más aventuras.

—Por Díos, dixo él, de la floresta de Armantes yo oí muchas veces fablar, mas agora me decíd cómo podría yo ír más derechamente contra la montaña de Sangín.

E ellos dixeron:

—De esa montaña no sabemos nos cosa, ca nunca della oímos fablar.

—¡Ay Díos, dixo él, e esto qué puede ser!, que yo creía que era aquí cerca e agora soy tan lueñe, que los hombres desta tierra no saben della parte; agora no sé qué faga.

Entonces se tornó a la doncella e díxole estas nuevas. Ella dixo:

—Pues que no tan cerca somos, bien andovimos esta noche cuatro jornadas.

E él dixo:

—¿Qué vos place que fagamos?

—Por Díos, dixo ella, placermeía que folgásemos aquí, ca mucho so cansada.

E él dixo:

—Pues vayamos a folgar aquella capilla, ca allí hay buen lugar do albergan los caballeros andantes, e ahí tomaremos consejo dónde vayamos.

—Señor, dixo ella, muy bien decís.

Entonces se fueron a la ermita a albergar con el ermitaño. E él los rescibió muy bien, e todo aquel día folgaron allí, que estaban muy cansados. E después que fué noche preguntó Bandemagus al ermitaño si había mucho que venieran por allí algunos caballeros de casa del Rey Artur. El dixo que poco había que pasara por allí Nabordgaunes, compañero de la Tabla Redonda, e que le dixeran sus caballeros que era uno de los buenos caballeros de la Grand Bretaña.

E Bandemagus dixo:

—Cierto, es uno de los buenos caballeros de la Tabla Redonda de casa del rey Artur.

E el ermitaño dixo:

—Aun más vos diré; non ha mucho que pasó por aquí Merlín el profeta, e levaba consigo una doncella de la Pequeña Bretaña e íbanse a la floresta de Armantes a folgar; e después supimos que mora agora ahí. Estas nuevas nos dixeron en casa del rey Artur.

Dixo Bandemagus:

--Pues así es que so tan cerca dél, quiérolo ir ver.

Entonces dixo Bandemagus a la doncella:

—Pues habéis tanto fecho por mí, que yo debo ser vuestro caballero, e así lo faré, ca me librastes de muerte, e esto que yo vivo por vos es. E esto os digo porque os tengo de dar un don, cual me vos pidierdes, que yo pueda dar.

—Señor, dixo ella, verdad es, e yo vos lo pediré cuando fuere tiempo e lugar.

E Bandemagus se calló désto. E después dixo a la doncella:

—¿Qué os place que fagamos de mañana?

E ella dixo:

—No andaré yo con vos fasta tanto que sea tiempo de os el don pedir.

—Todo sea a vuestro placer, dixo él.

E ella dixo:

—¿Contra cuál parte iréis vos cras?

E él dixo

—Yo quiero ir contra la floresta de Almantes a buscar a Merlín el profeta, que dicen que es ahí, e yo querría fablar con él muy de grado por le preguntar de mi facienda.

—Vayamos, dixo ella, ca yo no me partiré de vos.

E a esto se acordaron. E de mañana oyeron misa e despidiéronse de la ermita, e anduvieron fasta mediodía; e a esta hora avínoles que fallaron so un árbol un caballero que yacía durmiendo en un prado, e tenía su escudo e su lanza e su yelmo cabe sí; e acerca de sí su caballo a un árbol atado. E tanto que los caballos se vieron comenzaron de relinchar. E el caballero que dormía despertó e erguióse luego e enlazó su yelmo; e Bandamagus le dixo:

—Caballero, no temáis, nin por miedo de mí no os arméis; mas folgad en paz, que no vine yo aquí por me combatir con vos.

—Ni yo convusco, dixo el otro, pues no queréis vos más verme a mí armado, que no que me tomedes desarmado.

Estonces se echó el escudo al cuello e tomó su lanza; e después que fué ataviado, dixo:

—Agora querría, señor caballero, si os pluguiese, saber quién sois e a qué lugar is e a qué venistes a esta floresta tan solo.

E Bandemagus dixo:

—Pues vos mi facienda queréis saber, yo vos diré una parte.

Sabed que yo so un caballero de la corte del rey Artur, pero no soy de los de la Tabla Redonda, e salí acá nuevamente por demandar aventuras. Agora es así que mi camino me traxo a esta floresta, no porque yo quería venir aquí, mas por la aventura que me aquí trixo; e pues así avino, querría buscar a Merlín, que me dixeron que era aquí, ca mucho he grand necesidad de fablar con él.

—Cierto, dixo el caballero, agora ha un año o más que estó aquí solo, e nunca de aquí salí nin pude fallar lo que yo demando.

—¿E qué es lo que demandas?

Dixo el caballero:

—Esta no es cosa que debo encubrir de vos ni de otro. Yo ando buscando un caballero que mató a mi padre a traición, e si lo pudiese fallar e no ficiese mi poder por lo vengar, yo no me debría tener por caballero.

E dixo Bandemagus:

—E ¿cómo sabéis vos que es en esta floresta?

—Yo lo sé, dixo él, ca vilo muchas veces.

—Pues ¿por qué no vos combatiades con él?

Dixo Bandemagus:

—Mucho lo faría yo de grado si pudiese, mas cada vez que lo fallo fúyeme, e por mi mala ventura nunca me tanto llego a él que no escape.

—Eso no es maravilla, dixo Bandemagus, que muchas veces suele acaescer.

E así se dexaron desta habla. Bandemagus dixo:

—¿Decidme si sabéis nuevas de Merlín?

—Cierto, dixo el caballero, no ha seis días que lo vi e andaba con él una doncella muy fermosa a maravilla e con otra compaña grande.

—Si Dios me ayude, dixo Bandemagus, mucho lo deseo ver.

Dixo él:

—Dios vos le dexe ver e a mí lo que ando buscando.

Estonces se partió Bandemagus del caballero e su doncella con él, e anduvieron por el camino de la floresta fasta hora de nona, e fueron muy cansados por el trabajo que tomaron grande e por la grand siesta que facía. E porque no habían comido aquel día, cataron ante sí e vieron un castillo pequeño, que estaba sobre una peña e era fuerte e fermoso, e estaba una tienda muy fermosa armada, mas no era grande; e cerca della estaba un caballo atado a un árbol por la rienda, e en él estaba un escudo colgado por el tiracol, e tenía entallado un león de plata. E en otro árbol estaban acostadas bien veinte lanzas. E tanto que el caballo, que estaba atado, los vido, comenzó a relinchar, e no tardó mucho que no salió de la tienda un caballero armado de todas armas. E cuando vió a Bandemagus subió encima de su caballo, e tomó su lanza e fuése parar en el camino. E cuando la doncella esto vió, dixo:

—Parésceme, Bandemagus, que en la batalla sois ¿e qué podemos facer?

—No os conviene al, dixo Bandemagus, ca si yo pudiere la batalla partir facerlo he, si no combatirme he, ca por miedo de un caballero no faré yo sino lo que debo.



Capítulo XXIX

De cómo Bandemagus se combatió con su primo Anchises

Ellos yendo así fablando dió voces el caballero de la tienda, diciendo así:

—¿Vos, caballero, sois de la casa del rey Artur?

—Sí, dixo él, sin falta, ¿mas por qué lo preguntáis vos?

Dixo Bandemagus:

—Porque lo quiero saber, dixo el de la tienda, e pues que sois de aquella casa quiero convusco haber batalla.

—¿Por qué razón?, dixo Bandemagus.

—Cierto, dixo el caballero, yo no he grant razón, mas habría placer de quebrantar el orgullo e soberbia que en casa del rey Artur hay, más que en todo el mundo.

—¿E qué orgullo hay, dixo Bandemagus, e qué soberbia?

E el caballero dixo:

—¿E dó podría haber más soberbia en el mundo que en casa del rey Artur, pues ella ha de justar contra toda la buena caballería del mundo? E por este orgullo quebrantar son jurados todos los buenos caballeros desta tierra, e yo so el uno dellos e porque ellos andan así por el mundo; por ende fice yo aquí armar esta tienda, porque si alguno de vos aquí viniese, que se no partiese sin batalla; e pues vos por aquí venistes, en la batalla sois comigo.

Dixo Bandemagus:

—¿Puedo al convusco facer?

—Non, dixo el caballero, si no tanto que si más pudiéredes que yo irés a buena ventura quito, e si no iros es por otro camino, ca yo vos defenderé éste.

E Bandemagus dixo:

—Cierto de la batalla no he placer, ca tenía de ir adelante; mas pues que ansi es comencémosla, e a quien Dios diere la honra, tómela.

Entonces se dexaron ir el uno contra el otro cuanto los caballos los pudieron llevar, e firiéronse en manera que se derribaron de los caballos de tales caídas, que fueron tan atordidos que no sabían si era noche o si era día; e ansí se comenzó la batalla de los caballeros. El caballero de la tienda dexóse ir a Bandemagus, e dióle un grand golpe por encima del yelmo. E Bandemagus, cuando esto vido que así le trataba, él le dió aína el galardón, ca era muy esforzado e ardid, por ser de su edat. E así se comenzó la batalla de amos, que se no perdonaban cosa, antes se mostraban que eran mortales enemigos. E así mantuvieron su batalla muy brava; e fué tan grande el reteñir de las espadas sobre los yelmos e sobre los escudos, que lo oyeron los del castillo, e fueron allá por ver la batalla; e mucho lo miraban de grado, porque nunca ahí vieran sino otra; ca sin falla en aquella sazón se comenzaron las justas e las batallas de los caballeros andantes, que duró luengos tiempos, así como la historia del Sancto Greal e otras historias lo cuentan. Este Bandemagus fué el primero de los que las aventuras e las maravillas del reino de Londres comenzaron, e esta vida mantovo lo más de su tiempo.

Ambos los caballeros, así como vos yo cuento, se combatieron ante la tienda; e tanto anduvieron en ello que quedaron cansados, que no pudieron más facer; e queriendo o no hobiéronse de quitar afuera uno de otro e asentáronse por folgar; e fué tan dichoso Bandemagus, que non era llagado si no poco, mas el caballero de la tienda había grandes dos llagas, de que había perdido mucha sangre, e esto le facía haber grand miedo de rescebir allí vergüenza. E después que folgaron, cuando Bandemagus vió que el caballero era mal llagado e vió toda la tierra enderredor dél tinta de sangre, dixo el caballero:

—Asaz nos combatimos e bien sería, si os pluguiere, que yo me fuese, ca bien vedes vos que fasta aquí he yo lo mejor; e vedes que por vuestra fuerza no vedaredes el camino. E si Dios me ayude, esto digo yo por vuestra pro, ca mejor sería que me dexásedes ir que no que tornásemos a la batalla, ca de hoy más yo e vos tomaremos daño; e por ende vos ruego que me dexés ir, e perdónovos todo mi mal talante; e quiero vos facer tanta honra por haber convusco paz, e otorgo que sois mejor caballero que yo.

Cuando el caballero esto oyó, cató a Bandemagus e díxole:

—Caballero, sois más cortés que yo cuidaba, e vuestra cortesía

me vale agora mucho, que bien os digo que yo había lo peor de la batalla; pues vos por vuestra cortesía me rogáis lo que yo debría rogar a vos, yo vos lo gradezco cuanto puedo, e id a buena ventura.

—Muchas mercedes, dixo Bandemagus.

Entonces metió su espada en la vaina, e fué buscar su caballo; e do quiso cabalgar vino el caballero a él e rogóle que le dixese su nombre. E él le dixo:

—Señor, yo he nombre Bandemagus.

E el caballero le dixo:

—Señor, seáis bien venido; mucho me place con vos, ca sois mi primo.

E Bandemagus le dixo:

—E vos, ¿cómo habedes nombre?

E el caballero le dixo que había nombre Anchises; e Bandemagus tiró luego su yelmo por su honra e por lo abrazar e por le mostrar placer. E Anchises fizo otro tal e hobieron entre sí grand placer ambos.

E Anchises dixo a Bandemagus:

—Amigo, ruégoos que quedés comigo hoy todo el día.

—Hoy quedaré convusco, dixo él, mas de quedar más esto no faría por cosa del mundo, ca tengo mucho que facer.

Entonces entraron en la tienda, e Anchises non se le olvidaron las llagas, e fízose desarmar e curar dellas. E el yantar fué luego fecho muy rico. E Bandemagus le contó cómo se partiera de la corte, e cómo fué preso e cómo lo librara aquella doncella, do era judgado para que le cortasen la cabeza, e cómo veniera aquella floresta a buscar a Merlín. E Anchises dixo:

—No ha seis días que pasó por aquí, e fícele muy grand pesar.

E Bandemagus dixo:

—¿E cómo le podríades vos facer pesar?

—Yo vos lo diré, dixo Anchises. El traía consigo una muy fermosa doncella, que decían la doncella del Lago, e ansí me lo dixeron después; e en su compañía venían muchas dueñas e doncellas, e bien doce caballeros. E cuando yo vi la doncella fice semblante de mostrar caballería, por le dar honra e prez; e fué luego a ella e tomela por el freno e díxele que la prendería, por la costumbre que es en el reino de Londres, e que los de la Tabla Redonda pusieron. E que la costumbre era tal, que si la doncella fuese en guarda de cualquier caballero e otro la

pudiese conquerir, que la pudiese haber por razón. E por esto me metí en aventura contra los doce caballeros, mas no porque cuidase que me aveniese tan bien como avino; mas ficele pregonar prez e loar, e non por otra entinción. E cuando los caballeros esto vieron, salió uno ante los otros por me la defender, e ansí comenzamos nuestras justas; e quiso mi ventura que los derribé a todos doce, uno en pos de otro. E después que todos los hobe derribado, tomé la doncella por el freno e díxele que la levaría al castillo, pues la había conquistado. E Merlín salió contra mí sañudo, e díxome:

—Señor caballero, dexad la doncella, que la no podrés levar.

E yo, que non sabía quién era, díxele que la levaría. E él me dixo otra vez que la dexase. E yo calléme, e él vió que la levaba, e fizo luego su encantamento e parecióme la doncella que levaba león, e que el león era más fuerte e más bravo que hombre nunca viera; e quedé tan espantado cuando ví aquella maravilla, e dexé luego la rienda e comencé a fuir por este campo cuanto el caballo me podía levar, tan espantado que creía de ser muerto. E cuando esto vió Merlín, tomó su doncella e su camino e fuése con ella e con su compaña. E esto me acaesció con Merlín e con su doncella.

E Bandemagus dixo:

—Mucho bien vos vino en así dél os partir.

Así estovieron fablando de Merlín e de otras cosas en solaz. E después que fué hora de acostar fuéronse a dormir. E otro día de mañana entraron Bandemagus e su doncella en camino; e dixo que jamás no quedaría de andar fasta que fallase a Merlín. E así andovieron en pequeño paso fasta hora de mediodía. Entonces fallaron un caballero armado de todas armas, que iba mucho ataviado, así que bien parescía en su cabalgar buen caballero de armas. E el caballero era grande e bien fecho. E cuando él vió la doncella dixo que la quería, e llegóse a ella e salvóla, mas no salvó a Bandemagus; e tomóla por el freno e dixo:

—Yo vos llevaré.

E Bandemagus dixo:

—No la levarés, ca yo la defenderé si pudiere.

—¿Cómo, dixo el caballero, tan grand placer habéis de os combatir conmigo por defender esta doncella?

E Bandemagus dixo:

—Vos habés placer de os combatir; ¿e cómo sois tan sandio que crées que os la tengo de dexar así? Esto no debría facer el más cobarde caballero del mundo. E agora dexad la doncella, ca vos fallarés en mí mayor resistencia que vos pensáis.

Así que se comenzó el desamor entre los caballeros. Entonces se ficieron afuera uno de otro, e dexaron los caballos correr contra sí, e feriéronse de los mayores golpes que pudieron; mas Bandemagus fué ferido en manera que no pudo estar en la silla, e fué tan maltrecho de la caída que estuvo como muerto. E el caballero non atendió cosa más. E fué a la doncella e díxole:

—Doncella, vos sois mía por la costumbre desta tierra, pues vuestro caballero non vos puede defender.

E la doncella comenzó a llorar con cuita, e no sabía qué ficiese. E el caballero le dixo:

—Cabalgad e venid vos comigo.

E la doncella comenzó a tremer con miedo, e el caballero le dixo otra vez:

—Cabalgad, doncella.

E ella dixo llorando:

—¿Fué nunca doncella tan desdichada como yo?

E los escuderos le tomaron por la mano, por mandado de su señor e pusiéronla en su palafrén; e ella comenzó a llorar e maldecir el día en que nasciera. E el caballero le dixo:

—¿Quién era aquel que en guarda os traxiera?

E ella respondió:

—Señor, es un caballero de la casa del rey Artur, e es novel caballero e es sobrino del rey Avrián e ha nombre Bandemagus.

—¡Por Dios, dixo él, yo conozco bien a Bandemagus; e si lo antes conosciera no me combatiera con él, ca poco ha que sus parientes e sus amigos me ficieron mucha honra. E por ende me pesa que lo derribé.

E cuando la doncella esto oyó, confortose en alguna manera por saber si podría saber quién era el caballero que la había ganado; e díxole:

—Por Dios, señor, ¿decidme cómo habéis nombre?

El le dixo:

—Sabet que he nombre Morlot de Irlanda.

Cuando la doncella esto oyó fué muy cuitada, e apena se pudo

tener en el palafrén. E no era maravilla que fuese mucho espantada de Morlot de Irlanda, porque oyera decir que era bravo contra las dueñas e doncellas, pero era buen caballero de armas. E fué menos querido de dueñas e doncellas que fué Brius sin piedad, aquel que les fizo tanto mal como cuentan muchos libros e muchas historias. Así que cuando Brius las tomaba a todas las mataba con sus manos; e Morlot todas las que tomaba, enviábalas a Irlanda e facíalas meter en un castillo donde no podían salir después.

Esto facía él por su padre e por dos sus hermanos que eran buenos caballeros, que fueron muertos en un torneo, por juicio que dueñas e doncellas dieron en el reino de Londres. Así que todas las dueñas e doncellas que podía haber, facíalas meter en prisión en Irlanda. E esto le tuvieron por la mayor crueza del mundo. E él era compañero de la Tabla Redonda, e fízolo compañero Merlín, porque era buen caballero en armas; e sin falta en aquel tiempo no había tan buen caballero en la Tabla Redonda como él. E aún más os digo, que a maravilla lo podían fallar en todo el mundo. E sabed que todas aquellas dueñas e doncellas que en prisión metiera, que nunca dende salía ninguna viva fasta aquel tiempo que Tristán, el buen caballero que fué a Irlanda, e libró las que ende estaban vivas. Empero aquí no da cuenta cómo las libró, ni de qué manera.

Cuando la doncella vió que era en poder de Morlot e que la levaba, fué muy triste. Mas Morlot metió poco mientes en ella, e anduvieron tanto fasta que llegaron a una fermosa ribera en que estaba un castillo muy fuerte en una peña grande, e había nombre Avelón. E cerca de la ribera había un llano cercado de unos árboles, e dos tiendas armadas, porque los de la tierra estaban ahí ayuntados e facían honra e fiesta a su señor, que venía nuevamente de casa del rey Artur, que lo ficiera entonces caballero. E había nombre aquel caballero Perfides, que fué después de grandes fechos de armas e compañero en la Tabla Redonda. E Morlote que venía por el camino cerca la ribera, Bandemagus salió luego e cabalgó en su caballo, e iba en pos dél cuanto podía e dixo que no levaría así la doncella quita, si la no ganase antes por el espada. E Morlot, que iba adelante, llegó a las tiendas cuanto un trecho de ballesta e tomó otro camino, e no quiso entrar entre ellos porque lo no ficiesen ahí quedar. E un caballero que lo vió desviar, salió a él e díxole:

—Señor caballero, el señor deste castillo que es novel caballero e cuantos con él son, os envían rogar que vayáis ver su fiesta, e gradecer vos lo ha e faréis cortesía.

—Señor, dixo Morlot, decidle que gelo agradezco e que de grado iría allá, mas que he tantas cosas de facer lueñe, que no puedo este ruego facer; e saludadme mucho a ese caballero e a los que están con él e decidles que les no pese.

La doncella, creyendo que después que los caballeros de la tienda supiesen que allí iba presa que la socorrerían, dixo al caballero de la tienda:

—¡Ay buen caballero, yo so presa en poder de Morlot e so una doncella extraña e pobre e cuitada e desconsejada, e con harta mengua de amigos, e mis pecados me traxeron a esta tierra! E agora me lieva este caballero presa, que me conquistó de otro caballero con quien venía; e por me hacer merced decid a aquellos caballeros que hayan de mí piedat, e que me libren de la prisión de Morlot, que es hombre de grand crueza contra mujeres, como todos sabéis.

E cuando el caballero esto oyó, dixo:

—Señor caballero, yo os ruego por cortesía que enviéis esta doncella al señor del castillo.

E Morlot dixo:

—La doncella yo no la dexaré en ninguna guisa, mientra la yo pudiese defender.

—Cierto, dixo el caballero, días ha que nunca vi en caballero tan poca cortesía como en vos hay, que por ruego no queréis dar la doncella; mas aun por ventura la daréis queriendo o no.

E luego se partieron. E la doncella se iba deteniendo lo más que podía. Cuando Morlot de Irlanda llegó al río que estaba al pié de la torre e vió al agua tan fonda que no podía pasar, dixo a sus escuderos:

—Parésceme que si no fallamos aquí otra posada, que habremos aquí de quedar.

E dixeron ellos:

—Señor, por otra parte no podrés pasar, sino por la puente.

Estonces tomó su escudo e su lanza, ca bien veía cierto que sin batalla no podía de allí partir. E fué por la ribera contra la puente, e no anduvo mucho que vió salir del castillo un caballero armado de todas armas, e cuando llegó a Morlot, díxole:

—Señor, yo vos ruego de parte de los caballeros de las tiendas, que esta doncella por amor dellos e por vuestra cortesía que la libertéis e la enviéis do ella quisier ir; e gradesceroslo han. E si lo facer no quisierdes, sabet que no podéis de aquí partir sin vuestro daño.

—Cierto, dixo Morlot, que la no daré a vos ni a otro en cuanto la yo pudiere defender.

E el Caballero de las Tiendas dixo:

—Pues de hoy más en la batalla sois, e guardaos de mí e de todos aquellos otros que todavía queremos que la doncella sea quita, pues se nos encomendó.

Entonces se dexó correr cuanto el caballo lo pudo levar contra el caballero e Morlot a él otrosí, e firiólo tan reciamente que lo derribó del caballo en tierra muy gran caída. E fizo contra él una villanía, que no se tuvo por satisfecho que lo derribase, e traxo el caballo sobre él dos veces, e tratolo tan mal que el caballero se amorteció. E desto cresció grand enojo a los caballeros de las tiendas. E armáronse diez caballeros e dixeron que vengarían aquella villanía, si pudiesen. E fuéronse a él e dixéronle:

—Caballero, cierto bien paresce la vuestra crueza e mal talante que en vos hayo. Dexat el caballero, que descortésmente os habéis visto con él.

Cuando Morlot esto oyó, dexóse ir a uno dellos e firiólo en la garganta e dió con él en tierra; e fué a los otros e derribó los seis dellos, e tanto fizo de armas que uno de ellos le llagó en la garganta muy mal, que no pudo facer más de armas. E cuando se vió tan mal llagado, tornóse a uno de sus escuderos e dióle el escudo e la lanza. E cuando los caballeros vieron que no quería más justar, dixo uno dellos a Morlot:

—¿Cómo, caballero, no queréis más justar?

Dixo Morlot:

—¿E cómo no os paresce que fice asaz en derribar los seis de vosotros? Cierto no vinieran ya tantos que los no derribara, sino por ese caballero que me llagó tanto mal, que jamás no cuido tomar armas.

E el otro caballero dixo:

—Pues que así es menester, es que os quede aquí la doncella.

Dixo Morlot:

—No es bien lo que decís, ca de hoy más no la podéis haber, ca yo soy tan mal llagado que no puedo más facer de armas; e por razón vos no me podéis facer fuerza. E si os queréis combatir comigo, todo el mundo os lo terná a mal, si me esta fuerza facéis.

Cuando los caballeros esto oyeron, entendieron que era derecho e razón lo que Morlot decía, e dixéronle que se fuese con su doncella. E cuando Morlot se vió libre dixo a un su escudero:

—Cabalguemos e vamos a buscar do folguemos.

E luego pusieron a la doncella en su palafrén, e todos tres llegaron a una puente ribera de un río.



Capítulo XXX

Cómo Morlot e un su escudero e la doncella fueron aquella noche que partieron de las tiendas de los caballeros, e así llagado llegaron a se aposentar en casa de una tía del escudero, e fué Morlot bien servido.

Preguntó Morlot a un su escudero si había algún lugar do pudiesen ser aposentados aquella noche; e su escudero dixo que cerca de allí moraba una su tía, que si allí pudiesen ir que le farían mucho servicio. E Morlot dixo:

—Pues vamos allá, que mucho me siento mal llagado, ca se me va mucha sangre.

E ellos así yendo fablando, llegó Bandemagus con gran pesar de su doncella que le Morlot levaba, con que cuidaba ser alegre, ca él bien sabía que Morlot era aquel que la levaba. E el escudero que lo vió dixo a Morlot:

—¿Véis aquel caballero do hoy tomastes la doncella en la fortaleza? ¿E agora qué farés, que en la batalla sois?

—No os temáis, dixo Morlot, ca yo me libraré bien deste caballero.

Entonces llegó Bandemagus e dixo a Morlot:

—Señor, vos sabés que yo traía esta doncella en mi guarda; e por esto me cometistes e me derribastes, e convieneme sofrirlo; mas la doncella no puedo sufrir ni sufriría, e quiérola tomar, ca vos sabéis bien que contra toda razón me la tomastes, pues me la no quesistes tomar por fuerza de armas. E aunque me derribastes no me vencistes, e sin falta a tuerto la levades, e quieroosla tomar; e si me la quisierdes defender, mucho me placerá, dixo Bandemagus.

Dixo Morlot:

—Bandemagus, si me vos tomáis esta doncella e me la leváis aína, os será fecha grant vergüenza e no tardará mucho. Otra cosa os diré

más, que cierto ninguno hombre no me desafiara seyendo yo tan mal llagado como so.

E Bandemagus dixo:

—Yo no os cometo nin os desafío, mas quiero os tomar esta doncella que es mía, pues me la leváis a tuerto; e si otra vez la pudierdes tomar, que la levéis en buena hora.

E Bandemagus tomó la doncella. Morlot dixo:

—Vos me deshonráis; e miémbreseos que yo sé que seré vengado de vos la primera vez que os fallare a caballo o en otra manera, tanto que yo sea sano.

Así llevó Bandemagus la doncella.

Cuando ya fué todo esto pasado, según de suso es dicho, Galván, que era bien fermoso niño, vino al rey e dixole:

—Señor, yo os pido por Dios que me déis un don.

E el rey gelo otorgó, si era cosa que pudiese facer.

—Señor, dixo Galván, suplicoos que me fagáis caballero el día de vuestra grand alegría, cuando tomardes por mujer a la vuestra preciada Ginebra.

E el rey dixo que le placía, pues que él quería tomar vigilia aquella noche en la iglesia de Sant Ostiano, que era la iglesia Catedral de Camalot, e otros diez niños con él, a quien el rey había de facer caballeros por amor dél.

E en la mañana, tanto que el rey se levantó e los ricoshombres se comenzaron de ayuntar en el palacio, vieron venir un villano sobre un rocín magro e laso e trotando, e traía consigo un fijo suyo de edad de quince años sobre una yegua muy magra; e entraron por medio del palacio, así como venían caballeros; e metiéronse entre los ricoshombres, ca no fallaron ninguno que la entrada les estorbase. E el villano comenzó a preguntar cuál era el rey Artur. Un niño vino a él e mostrógelo e salvólo e dixole que todos los de la torre le oyeron:

—Rey Artur, a ti me envía la grand fama que de ti corre cerca e lueñe, que todos dicen que ninguno no viene a ti tan sin consejo que tú no le acorres, e ninguno no te viene a pedir don que tú no gelo des, si es cosa que puedes; e por estas nuevas que de ti oí decir vine a ti, que me des un don que por él daño venir no te puede.

E el rey cató al villano e vió que tan sabiamente fablaba; maravillóse qué es lo que quería pedir.

E el villano dixo:

—Rey, darme has por lo que vine.

—Cierto es, si lo pudiere haber.

El villano descendió del rocín e fuéle besar el pie, e su fijo otrosí e gradesciéronle el don.

E el villano dixo:

—Señor, la merced que os pido es que fagáis a mi fijo caballero, e ceñirle heis la espada antes que a vuestro sobrino Galván.

E él gelo otorgó sonriéndose de lo que decía. E dixole:

—Ruégote que me digas quién te dió este consejo, ca paréceme que no te debías poner en tan alta cosa como ésta, ni tu fijo tampoco se debía en ello trabajar.

—Cierto, dixo el villano, así me parece a mí, mas mi fijo me lo face facer que quiera o non, ca por mi grado no se pornía en tan grand cosa como ésta, antes querría que fuese labrador como sus hermanos; mas por cosa que le yo diga no se quiere acordar, sino a ser caballero.

E el rey dixo que lo tenía por grand cosa, e conjuró al villano que le dixese toda su facienda, e dixo:

—¿Tú cuántos fijos has?

El respondió e dixo:

—Señor, yo vivo de la labor de mis manos e he trece fijos, e los doce son labradores como yo, mas éste no se quiere acordar a ninguna cosa, antes dice que no será sino caballero, e no sé dónde este comienzo le pudo venir.

E cuando esto oyeron los del palacio comenzaron a reir. E el rey, como era cuerdo, no tomó esta demanda por cosa de escarnio, e dixo al mozo:

—Amigo, ¿tú quieres ser caballero?

E él respondió:

—Señor, no hay cosa en el mundo que yo tanto desee como ser caballero de vuestra mano, e ser caballero de la Tabla Redonda.

—Agora te faga Dios ser hombre bueno, porque te pones a mayor cosa que tus hermanos. E cierto no me demandarás cosa que te la deniegue. Bien creo que si fidalguía no te viniese de alguna parte, que

tu corazón no te incitaría a tan alta cosa como caballería. E ruego a Dios que sea en ti bien empleada, que no habrá hoy aquí caballero fecho antes que tú.

E él gelo gradesció mucho, e homillóse ante él e besóle las manos.

Ellos en esto fablando llegó Galván e sus compañeros, e cuando los el rey vió llamólos e fízolos venir ante sí, e fízolos vestir de paños e de armas, e al niño labrador antes e después a Galván e a los otros.

E en aquel tiempo era tal costumbre en la Grand Bretaña, que cuando facían caballero novel, que lo vestían de xamete sobre el arnés e metíanle en la mano la espada. E ansí armados iban a oír la Grand Misa en cualquier lugar que fuese, e después que oían la misa conveníale a ceñir la espada aquel que lo había de facer caballero, que así era costumbre. E fueron ataviados los caballeros aquel día ricamente. E aquel día era ya puesto que el rey había de tomar bendiciones con su mujer la reina Ginebra; el día que los caballeros de la Tabla Redonda se habían de jurar, que jamás no se fallescerían unos a otros, mas que se toviesen toda leal compañía mientra viviesen. E el rey fué ataviado e la reina otrosí, e los caballeros noveles e los otros fuéronse a la iglesia mayor con grant alegría, e con tan grand fiesta, que no os la sabría hombre contar mayor. E en aquella fiesta hobo reyes e duques e condes, tantos que fué maravilla. E en aquel día fué la reina Ginebra sagrada con el rey Artur; e en aquel día tuvieron amos coronas.

E la reina Ginebra era la más fermosa mujer que en aquel tiempo se fallaba. E cuando la misa fué cantada e se tornaron al palacio, el rey preguntó al villano:

—Di, amigo, ¿cómo has nombre?

—Señor, dixo él, yo he nombre Ares el Vaquero.

E tomó la espada del niño e dióle la palmada ansí como a caballero novel. E cierto en aquel tiempo no se usaba dar palmada a ningún novel caballero; el rey Artur fué el primero que dió palmada. E después que le dió la palmada, ciñóle la espada e díxole:

—Nuestro Señor te faga buen hombre, que cierto mucho me placería.

Entonces vino ahí un hombre bueno, e éste era Merlín que sabía

bien la facienda déste, e sabía bien cúyo fijo era e que no era fijo de aquel villano.

E dixo al rey:

—Señor, cierto él será hombre bueno e buen caballero: e bien lo debe ser por linaje, ca él es fijo de rey, e de tal que es uno de los buenos caballeros del mundo.

E dixo al villano:

—¿Eres desvariado que creis que es éste tu fijo? Cierto no lo es, que si lo fuese no se pornía en lo que se pone más que ninguno de sus hermanos, antes sería derecho villano como su naturaleza diría. Mas si tú no quieres decir al rey cúyo fijo es, yo gelo diré, que sé bien cúyo es, así como tú lo sabes.

E cuando el villano vió que el hombre bueno fablaba tan osadamente, fué espantado e no supo qué dixese. E el hombre bueno le cató e dixo al mozo:

—O tú dirás cúyo fijo eres, o yo lo diré, ca yo sé verdaderamente que tú no eres fijo déste.

Entonces fabló el mozo e dixo:

—Amigo señor, yo so su fijo, o si no lo so, ¿qué os face a vos?, e si lo so pláceme, e si no lo so ¿por qué me denostáis la madre?

—Amigo, dixo el hombre bueno, cierto ella no puede ser denostada por lo que yo digo, ca aquel donde yo fablo es rey sagrado, e con todo esto es uno de los buenos caballeros del mundo.

Dixo el novel:

—Quienquier que sea yo bien querría que vos callásedes.

—Esta vez, dixo el hombre bueno, yo lo faré.

Entonces fizo el rey caballero a su sobrino Galván, e éste vengará a su padre si vive luengamente, de aquel que lo mató. Aquel día salieron a la Tabla Redonda aquellos que eran compañeros; e las sillas fueron todas complidas, sino dos: la peligrosa e la postrimera. E cuando comenzaron a servir las mesas, el rey dixo a Merlín:

—Merlín, no lo hobistes todo fecho, ca aquel lugar postrimero es vacío.

—Atended, señor, no os pese, dixo Merlín, ca bien será complido cuando quiera Nuestro Señor. E yo no lo dexo de complir, porque no haya aquí muchos buenos caballeros, mas porque se debe acabar como se comenzó en rey. E vos sois rey e buen caballero, e sois en el

comienzo en el primero lugar, e yo porné en la fin tan buen caballero como vos, o mejor, que es rey coronado como vos. E así comenzará por alta persona e fenecerá por alta persona. E así debe ser en tan alto lugar como es la Tabla Redonda.

El rey dixo:

—Mucho es grand cosa esto que Merlín dice.

Así fablaron en esto todo aquel día. E ficieron tan grand alegría e tan grand fiesta por la cibdad de Camalot, que todos los pobres e los ricos no entendían sino en facer grand alegría e fiesta. E otro día de mañana, un poco antes de la Gran Misa, llegó a la corte el rey Pelinor e fuése al palacio muy ricamente ataviado, e fuése contra do estaba el rey Artur, e fincó los hinojos ante él, e dixole:

—Rey Artur, yo vine aquí por ver tu fiesta e tu alegría e tan gran honra. E cierto yo te prescio e loo sobre todos los reyes cristianos que en tu tiempo son. E vine a tu corte por te facer servicio; e quiero te facer homenaje e ser tu vasallo aquí ante tus ricoshombres, porque confíes de aquí adelante más en mí, e que sea tu privado.

E dióle luego un manto muy rico, que tal costumbre era entonces. E en aquel estante vino Merlín entre ellos, e dixo al rey Artur:

—Señor, recebidlo e gradescedle esta oferta que vos face, pues conoce que tanta honra dél rescibe en así se le ofrecer; la cual no os faría si quisiese, que cierto es tan grant señor como vos, e es rey sagrado como vos e muy noble en todas virtudes, como por la experiencia paresce.

Cuando el rey hubo oído las palabras que Merlín le decía, rescibiólo luego e levantóse a él e asentólo cabe sí, e gradescióle mucho cuanto se le había ofrescido. Entonces Merlín fabló tan alto que todos lo oyeron, e dixo:

—Señores compañeros de la Tabla Redonda, hora sed ledos e alegres que en este día será toda vuestra Tabla complida, salvo el lugar peligroso.

E ellos lo gradescieron mucho a Dios, pero aún no sabían a quién en ella querían poner, ca muchos había en la corte del rey, porque no sabían cuál sería.

A la hora de yantar, cuando las mesas fueron puestas, vino Merlín al rey Polinor e dixole:

—Venid en pos de mí.

E él se levantó luego e fué en pos dél, e él lo levó derechamente a la silla postrimera de la Tabla Redonda, e díxole:

—Set aquí, ca este lugar es vuestro; e cierto no lo fago por mayor amor que os haya que a otro, mas porque os conosco por buen caballero e por leal.

Estonces lo fizo ser en la silla. E cuando el rey Artur vió esto dixo a Merlín:

—Cierto desvarío será quien sobre vos se quisiere trabajar de hacer sobre esto cosa, ca ninguno no lo podría facer tan cuerdamente nin tan bien como vos. E Dios no me ayude si aquí ha entre nos hombre que valga más para este lugar que el rey Polinor.

E en esto se otorgaron cuantos en el palacio estaban, e a todos plugo sino a Galván, que él verdaderamente le desamaba, porque mató a su padre el rey Lot; e dixo a Gariete su hermano:

—Grand pesar debemos haber cuando vemos aquí en tan grand honra e en tan grand alteza al que nos mató al padre.

E Gariete dixo:

—¿Qué queréis que yo en ello faga?, que yo soy un escudero vuestro e no debo meter mano en caballero, porque no es costumbre como sabéis; pero si me lo vos loais irlo he a matar allí do está ante todos; e yo soy con buen aparejo porque yo he muy buena espada, la más tajadora e la mejor que yo ví días ha. E yo lo mataré con ella muy breve, si vos acordáis en ello. No hay cosa en el mundo que tan mortalmente desame como a él.

—No faréis tal cosa, hermano, dixo Galván, ca si metiésedes en él mano, seyendo escudero, perderíades la honra de caballero; mas a mí que so caballero me dexad tomar la venganza. E yo os digo que la tomaré tan grande como a fijo de rey debe haber de quien le mató su padre.

—¿Cómo lo queréis facer?, dixo Gariete.

—Yo quiero tanto atender, dixo Galván, que se parta desta corte, e después que se partiere iremos en pos dél una jornada o dos; tanto que lo fallare haré mi batalla con él. E si lo venciese no dexaría por cosa del mundo que le non corte la cabeza, así como la él cortó a mi padre, como me a mí dixeron.

E Gariete dixo:

—Yo no lo dexaré en ninguna manera que lo no mate luego, si me

no prometes que iréis sin mí, porque pueda yo ver la batalla de amos.

E él gelo prometió como a hermano. E estonces se dexaron de fablar en esto.

Mucho fué el alegría grande e la fiesta que los ricoshombres del reino de Londres ficieron aquel día en la cibdad de Camalot. E el grand palacio onde el rey tenía asentadas sus bodas era en tal manera asentado, que estaba encima de la cibdad contra la grand floresta, que floresta dicen en francés por una tierra espesa de árboles sin fruta de comer, e en que no ha cosa de mata. E el palacio era todo cercado de grandes huertas e maravillosas, e así espesas como si fuese una floresta. E seyendo todos aparejados para se querer ir, porque la fiesta se iba ya acabando, Merlín dixo:

—Señores los que aquí en aquesta fiesta estáis juntados, no os maravillés de cosa de las que aquí oyáis, ca yo os digo que oirés aquí tres aventuras agora maravillosas, que nunca oistes. E ninguna dellas no será aquí acabada, pero tres caballeros deste palacio las acabarán. Galván acabará la primera, e otro fijo de Dates acabará la segunda e el rey Pelinor la tercera. E sabet que cada uno dellos bien dará cima a la suya.

E desto que Merlín dixo se maravillaron los del palacio. Ellos así fablando vieron venir por la huerta un ciervo a grandes saltos, e un sagüeso en pos dél, e en pos dellos iban treinta canes sueltos, que iban ladrando e corriendo en pos del ciervo; e el ciervo era todo blanco e el sagüeso todo blanco e todos los otros eran negros; e con ellos una doncella, que vos puedo bien decir que era una de las fermosas doncellas que nunca entró en la corte del rey Artur. E andaba vestida de un paño verde, e traía colgado a su cuello un cuerno de marfil, e tenía un arco en su mano e una saeta. E andaba muy bien ataviada en hábito de cazador, e venía cuanto el palafrén la podía traer tan grand vuelta faciendo, que maravilla era. E cuando el ciervo entró en palacio no dexó por ninguno de entrar dentro, e el sagüeso en pos dél. E el ciervo metióse entre los caballeros que estaban a las mesas, e el can fué en pos dél e trabóle de la pierna, e tiróle tan de recio que levó dél una pieza. Cuando el ciervo se sintió llagado, lanzóse de la otra parte de la mesa. Entonces levantóse un caballero, que ende comía e tomó el sagüeso e acogióse a su caballo, que tenía a la puerta, e fuése a grand

andar como si el mundo fuese en pos dél. E él iba deciendo en su corazón que mucho acabara bien por lo que fuera a la corte. E la doncella que en pos del ciervo venía, cuando vió su can levar, dixo a aquel que lo levaba:

—Señor caballero, más vos valdría de lo dexar que de lo levar, ca lo daréis a mal de vuestro grado.

El no le respondió a cosa, antes se fué cuanto podía. E la doncella entró luego entre los caballeros que estaban en el palacio, que se maravillaban del ciervo que pasara entre ellos, e de los galgos que se iban en pos dél e cómo saliera por ante ellos, así que era ya en la huerta de la otra parte del palacio, e comenzaban su caza. E cuando ella entró e no falló el ciervo ni los galgos, estuvo como espantada e echó su arco e sus saetas en tierra, e preguntó cuál era el rey. E mostrárongelo, e ella apeóse luego e fué ante él e dixo:

—¡Ay rey, yo me quexo malamente de ti e de tu casa, porque perdí primeramente mi sagüeso que yo amaba mucho, e no puedo seguir mis galgos e mi ciervo en pos de quien iba, que yo pudiera tomar en breve e agora no sé a cuál parte fué! E todo esto, rey Artur, me vino por tu casa e por ende me quexo dello, e agora parescerá cómo lo cobrarás.

Entonces vino a la doncella Merlín, e díxole:

—Asaz habéis dicho, e yo os digo que no perderés aquí cosa que os bien no sea cobrada.

—Señor, dixo la doncella, pues muevan algunos caballeros de aquí e vayan en pos del ciervo, ca me parece que no han por qué tardar, si los alcanzar quisiesen.

—Doncella, no aquexes a los caballeros, que no os valdrá. E de hoy más habrá tal costumbre en esta casa, que por aventura que venga, si peligro mortal no fuere, no se moverá caballero de la mesa fasta que coman. Ansí que después podrá cualquier caballero seguir su aventura, aquel a quien fuere judgada; e yo ruego al rey que aquí es que tenga esta costumbre mientra viviere.

E el rey lo otorgó todo ante los ricoshombres que lo ternía. Entonces dixo Merlín a Galván:

—La aventura del ciervo es vuestra, e tan presto que hayáis comido tomat vuestras armas e vuestro caballo e seguid el ciervo fasta que lo hayáis fallado e preso; e traed la cabeza e guardaos que non

quede ninguno de los galgos, que los traeis todos aquí, si no murieren en la caza, ca en otra manera no sería vuestra aventura complida.

E él dixo que jamás no sería alegre fasta que fuese en la carrera para seguir la aventura. Merlín dixo así:

—Ator, fijo de Dares, tomad vuestras armas, tanto que las mesas alcen, e id en pos del caballero que lieva el sagüeso. E guardaos que no dexés allá el caballero e el sagüeso vivo o muerto.

El dixo que de lo facer era muy alegre. Entonces dixeron los otros hombres buenos:

—¡Ay Merlín, cierto es este grand pecado que estos niños metéis tan presto en aventura de morir!

—Señores, dixo Melín, no hayáis pavor que mejor los conozco que vos; e creed que a cada uno dellos averná bien a la fin de su aventura, con la ayuda de Dios.

Fablando ellos en esto vino un caballero armado de todas armas sobre un caballo blanco, e entró por medio del palacio e vió la doncella, e desque la vió ante sí tomóla e púsola en el caballo; e ella defendíase cuanto podía. E salió del palacio e comenzóse a ir. Ella que se vió ansí que la levaba, dió voces e dixo:

—¡Ay rey Artur, yo so muerta e escarnida por la seguranza que yo había en ti e en tu casa, si tú faces tanto que yo sea fuera del poder de este caballero!

E así se fué el caballero que la doncella levaba, e ella iba dando voces al rey Artur que la acorriese.

Entonces dixo Merlín a los ricoshombres:

—¿Páreceos que os dixe verdad de las tres aventuras que habían aquí de avenir hoy en este día?

E ellos dixeron:

—Verdad es esto e otras muchas cosas que os ya oimos.

Merlín dixo luego al rey Pelinor:

—¿Qué os parece desta postrimera aventura? Sabed que ésta es vuestra. Cabalgad luego cuando os pluguiere, e id en pos de aquel caballero e tornad la doncella; e faced tanto que la honra sea vuestra.

E él le gradesció mucho ésto, e dixo que se metería en la carrera lo más breve que pudiese.

Desta manera comenzaron las aventuras a venir en la corte del rey Artur. E cuando las mesas fueron alzadas, Galván se partió de su tío

el rey e de sus hermanos, e encomendáronlo a Díos todos llorando. Después Garíete rogó a su hermano que lo dexase ír consigo, e que lo serviría como escudero; e él gelo otorgó. E Tor pidió sus armas, e diérongelas; e después que fué armado despedíóse del rey, e de aquel que tenía por padre e de los otros. E el rey Pelínor fizo otrosí e partiéronse todos tres de la corte. E Galván se fué en pos del cíervo lo más derechamente que supo; e Tor se fué en pos del caballero e del sagüeso; e Polínor en pos del caballero que la doncella llevaba.



Capítulo XXXI

De cómo salió Galván de la corte del rey Artur, e llegaron él e su hermano a una casa llana que estaba en una pradería muy fermosa; la cual casa era del rey Tor, que en la sazón había allí llegado de caza.

Galván se partió de su tío e anduvo a grand priesa en pos del ciervo, e Gariete su hermano en pos dél, que le levaba las armas. E cuando salieron de Camalot fueron a la entrada de la floresta a una casa que llamaban Alba; e cuando entraron dentro no andovieron mucho que fallaron al rey que era venido a la floresta a caza, e salváronle muy cortésmente. E él los rescibió honorablemente e fízolos servir de lo que hobieron menester; e subiólos a las finiestras, porque de allí viesen la floresta e praderías que había enderredor de la casa. E de allí vieron en un prado dos caballeros que se combatían, e otro que estaba caído en el suelo. E tanto durara la batalla entre ellos que se mataron los caballos, e llagáranse muy mal e perdían mucha sangre; e no era maravilla, que no había ninguno dellos que no hobiese tres o cuatro llagas muy grandes. E cuando Galván esto vió estuvo quedo, pensando que era razón de saber qué desamor habían entre sí, por qué se combatían. E salvólos e díxoles:

—Yo vos ruego por honra e por cortesía que me digáis por qué os combatís.

Ellos estuvieron entonces quedos, e dixo el uno dellos:

—Esto os diré yo bien. Nos somos amos hermanos, e éste que está en el suelo muerto es otro caballero que se acertó aquí en este paso; e éste con quien me combato es mi hermano, e es menor que yo bien de dos años; e dice que es mejor caballero que yo, e que debría entrar mejor en una grand demanda que yo; e yo dixe que no era así,

e por ende comenzóse esta batalla entre nos, que aún no es acabada, ni será fasta que conocidamente se pueda saber cuál es mejor.

—¿Pox cuál demanda, dixo Galván, se movió este desamor entre vos?

—Bien lo diré, dixo el caballero. Yo y él íbamos a Calamot por ver las bodas del rey e de la reina, e pasamos de un camino a otro e fallamos este caballero que está aquí, que se combatía con otro. E en llegando nos le había mal ferido, que cayó muerto como vedes; e el otro se fué, que le no vimos más. E estando ansí vimos venir un ciervo todo blanco, e en pos dél iban treinta canes; e no había ende caballero ni cazador ni hombre que de la batalla se trabajase, salvo los canes. E cuando nos esto vimos deximos entre nos: que ésto era ya de las aventuras que comenzaban a venir en la Grand Bretaña. E en que yo era mayor rogué a mi hermano que me otorgase de ir en pos de aquella caza, e él dixo que lo faría, mas que él iría y que era mejor caballero que no yo. E por esta causa nos combatimos como veis.

Cuando esto oyó Galván rogóles que por su amor de la batalla se dexasen. E ellos gelo prometieron, ni dende adelante entre ellos ningún enojo habría. E ellos echaron luego las espadas e los escudos en tierra, e presto quitaron los yelmos e comenzaron ambos a llorar. E dixo el uno contra el otro.

—Por Dios, hermano, por poco me hobiérades de matar e yo a vos, e el diablo fué que entró entre nos.

E feciéronse seguranza de lo que habían prometido. E dixeron a Galván:

—Señor, decidnos, ¿quién sois?

—Yo no os diré mi nombre, dixo él, mas si fuerdes a la corte del rey Artur preguntaréis quién fué aquel a quien Merlín otorgó el don de la primera demanda, e así podés saber mi nombre, mas no de otra manera. Por Dios me decid a cuál parte vistes ir el ciervo blanco, ca por esta aventura seguir me partí de la corte.

E ellos le mostraron por do iba, e él los encomendó a Dios. E partióse dellos e despedióse del rey Tor, e quedó allí en la casa. E cabalgó e anduvo por medio de la floresta aquel día fasta hora de viésperas. E después de hora de viésperas entró Galván en un valle por do corría un río no mucho alto, pero mucho ſuerte. E cuando llegó al río por pasar allende non vió puente de piedra ni de madera, e por do

entendió que non había peligro comenzó a entrar. E vió luego que entró de la otra parte de la ribera un caballero que le dixo:

—Don caballero, no vos metáis en esta agua, si no conviene que justés comigo.

E cuando Galván vió el caballero que le defendía el pasaje, no le pesó mucho, ca lo vió solo e comenzó de se ir contra él. E el otro, como lo vió acerca de la ribera dexóse correr a él. E Galván se acuitó lo más que pudo por salir fuera, porque el caballero no lo derribase en el agua; mas aún no salió fuera cuando el caballero lo ferió tan reciamente que fizo su lanza volar en piezas, mas otro mal no le fizo. E Galván que se lanzó fuera del agua firiólo tan bravamente, que lo derribó del caballo en tierra; mas él non estuvo mucho, ante se levantó muy presto e metió mano a la espada e dixo que, aunque lo derribara, que le no venciera.

—¿Cómo, dixo Galván, no me puedo aún ir quito si me ir quisiere?

—No, dixo el caballero, mientra la batalla pudiere sostener; e ternían os los hombres por malo e por retraído si sobre esto vos de aquí fuésedes.

—Cierto, dixo Galván, yo no me quiero de aquí partir fasta que el uno de nosotros sea vencido.

Entonces echó Galván en tierra su lanza e aún era entera, e metió mano a su espada, e quiso ir así de caballo como estaba contra él. E el caballero fué luego tomar la lanza e dixo:

—O vos os pornés a pie o me farés matar vuestro caballo; e así se nos tornará en villanía todo.

—Cierto, dixo Galván, tú dices bien e verdad; e tú me enseñaste agora una costesía que yo terné en toda mi vida, que jamás no tomaré caballero que a pie esté.

E descendió luego e sacó su espada e puso su escudo sobre su brazo, e fué contra él e díxole:

—Tú me faces mal, que me estorbas mi demanda, e seguirme has tanto que te fallarás mal dello, si yo puedo.

Entonces le dió un golpe con toda su fuerza tan recio, que ni el yelmo ni el escudo no le pudo guarecer, que le no derribó en tierra. E aquel golpe fué el primero que fizo Galván, fijo del rey Lot de Ortania, después que fué caballero. E cuando Gariete su hermano, que con él estaba, vido este golpe fué muy ledo e dixo:

—Hermano, altamente habéis comenzado a ferir de espada, e si siempre así feris aún será el vuestro padre vengado.

E Galván dixo que jamás no habría placer fasta que lo vengase. Entonces subió en su caballo e dixo a su hermano:

—Cierto no sé a cual parte se fué el ciervo e los canes en el rastro.

Dixo Gariete:

—Entrados en el camino lo veremos.

E entraron luego en la carrera, e fuéronse amos andar en pos dél por una floresta mucho espesa. E el día era grande e caliente, e el sol muy fuerte, como suele ser en el día de Santa María Magdalena. E no andovieron mucho que oyer ladraron los canes en pos del ciervo, e iban cerca dellos.

—Señor, dixo Gariete, agora nos acuciemos, ca ya somos tornados a nuestra caza.

E Galván firió luego el caballo de las espuelas, e comenzó de ir en pos del ciervo cuanto pudo; e Gariete lo siguió que lo no dexó mientras pudo, ni a pie ni a caballo.

Tanto anduvieron, que vieron ante sí el ciervo e los canes, que eran tan lasos que los más dellos dexaron el correr, pero no había ninguno tal que no fuese como podía. E Galván, que los iba alcanzando, comenzóles a dar voces e esforzarlos. Entonces comenzó el ladrido e la vuelta tan grande; e el ciervo comenzó a saltar lo más que pudo, e pensó de fuir como aquel que no era seguro de la vida; e el ciervo fuyendo e los canes que lo alcanzaban, e Galván e Gariete feriendo de las espuelas.

E así con esta priesa salieron de un valle, e subieron en un cerro alto, e vieron un llano e una floresta muy buena cercada de muro; e el ciervo sefué contraquella parte cuanto pudo, e los canes en pos dél. El ciervo falló en la floresta una casa e la puerta abierta, e metióse dentro e fuése contra el palacio. E los canes lo acuitaban tanto que lo prendieron e derribáronlo en medio del palacio; e tantos llegaron de los canes, que le mataron. E después que lo vieron muerto, dexáronlo yacer e echáronse derredor dél como por guardarle. E mientra que ellos así yacían guardando, llegó un caballero todo armado sino el escudo e la lanza. E cuando llegó e falló el ciervo muerto e los canes enderredor dél, fizo grand duelo e dixo:

—¡Ay Dios, qué mal guardé lo que mi señora mandó!

Entonces sacó la espada e comenzó a echar los canes fuera del palacio e a matar aquellos que alcanzaba. E esto faciendo llegó Galván e su hermano con él. E cuando vió que el caballero andaba firiendo los canes, dióle voces e dixo:

—¡Ay caballero malo e retraído, no los fieras, que Dios te dé mala ventura!

El caballero dixo que por él no los dexaría de ferir ni matar, porque le ficieron grand pesar en le matar dentro en su casa el ciervo, que era la cosa del mundo que él más amaba.

—Ellos ficieron lo que debían, dixo Galván, mas vos no facéis lo que debéis, antes facés como caballero vil e malo que vos sois.

—¿Cómo, dixo el caballero, tal sois vos que con todo el pesar que yo he me decís mal e villanía e en mi casa? Cierto creed que bien seré emendado si puedo; yo os seguro que por poder que hayáis no levaréis de aquí el ciervo, antes quedará aquí e vos con él e todos vuestros aquí galgos morirán.

—No sé, dixo Galván, qué vos farés, que vuestras amenazas tengo yo en poco.

E luego fué al ciervo e cortóle la cabeza, e dixo que aquélla llevaría él a la corte a pesar de quien demandárgelo quisiese. E miró por el palacio e vió de los galgos muertos; e fué sañudo e dixo:

—Bien serán vengados éstos, si yo puedo.

E el caballero en que vió tan sañudo a Galván, dixole:

—Don caballero, yo os desafío; e guardaos de mí que nunca caballero entró en mi casa con que me tanto pesase como con vos.

Dixo Galván:

—Ni yo nunca tanto desamé caballero como a vos, por mis canes que me matastes.

Entonces se dexaron ir el uno al otro, las espadas en las manos; e diéronse los mayores golpes que pudieron, e rompianse los escudos por todas partes; e despedazaban los yelmos malamente, mas non pudo durar la batalla, porque era Galván más vivo e más ligero que el otro. E a maravilla daba grandes golpes e más a menudo. E de aquella manera traxo mal al caballero, que lo non pudo sofrir, antes se hobo de vencer e de revolver, e Galván, que lo desamaba mucho, seguíalo todavía a doquier que iba. E púsolo en grand cuita, ca le salía mucha sangre. E bien vió que era en aventura e en peligro de muerte, si no

le pidiese merced; e bien quisiera ante ser muerto que facer cosa que fuese contra su honra. E Galván, que mucho lo desamaba, lo traía a una parte e a otra; e tanto lo traxo así, que el otro no lo pudo más sofrir ni durar, porque a maravilla había perdido mucha sangre, e el campo por donde andaba era todo sangriento, ca muchas llagas había, grandes e pequeñas. Tanto sufrió el caballero, que hobo de caer en tierra de rostros. E Galván fué a él e trabóle del yelmo, e tiróle tan recio que le quebró los lazos e echóle el yelmo a lueñe. E fué por le tirar la cabeza; e cuando el caballero se vió en tan grand aventura e vió que estaba en peligro de muerte, e por aquello pidióle merced e díxole:

—¡Ay buen caballero, yo te pido merced que me no mates, ca yo me tengo por vencido! E si de aquí adelante en mí pones la mano farás grand villanía e cosa que te estará mal; e todo caballero que merced pide debe merced fallar, si non de aleve que haya fecho o traición.

—Yo no habré de ti merced por el grant yerro que me feciste, dixo Galván, de mis canes que me mataste.

Dixo el caballero:

—Si no fallare mercet en ti, sabe verdaderamente que todos aquellos que te lo supieren, te ternán por el más alevoso caballero e más falso que nunca traxo armas.

—Esto non me face mudar mi propósito, dixo Galván, que por cosa que me digas no escaparás, antes morirás.

Así dixo él:

—Pues agora me mata, que yo no te rogaré más, pues en ti no puedo merced fallar.

E él alzando el espada por le cortar la cabeza, llegó una doncella que era amiga del caballero, e cuando vió que lo tenía Galván en tal afrenta e que le quería cortar la cabeza, pensó que más querría ella morir que no ver morir a su amigo de muerte, e metióse ante el golpe e dexóse caer sobre su amigo.

E Galván, que había alzado la espada para dar el golpe e que la no pudo tener, alcanzó a la doncella en el cuello e echóle la cabeza lueñe.

E cuando Gariete esto vió dió voces e dixo:

—Hermano, ¿qué habéis fecho que cierto ningún caballero no debía facer tal villanía, por saña ni por desamor que a ninguno hobiese?

E cuando el caballero que yacía en el suelo vió a su amiga muerta por él, dixo:

—¡Ay Galván, ay mal caballero e descreído! agora me habés vos mostrado vuestro desamor e vuestra grand maldad, que matastes esta doncella por nada. Cierto no daría agora cosa por morir, salvo porque morré por manos del peor caballero e del más sin virtud que en toda mi vida vi.

E cuando Galván esto vió, que había cortado la cabeza a la doncella por tan mala dicha, hobo grand pesar e dixo al caballero:

—No te mataré, pues te tienes por vencido, mas conviene que tú me prometas que vayas a la corte del rey Artur e que te metas en prisión de mi señora la reina Ginebra, de parte de aquél que hobo el don de la ventura del ciervo. E por razón de saber la razón de nuestra batalla, que lieves los dos galgos que tú mataste: el uno ante tí e el otro detrás de tí. E quiero que te acuites por cabalgar luego, en manera que tú seas mañana en la corte antes que el rey vaya mañana a la iglesia.

—¡Ay señor, dixo el caballero, sabed que yo he menester de ir cabalgando, ca soy laso e trabajado, ca mucha he perdido de la sangre e recelo quedar en la carrera!

—Conviene, dixo Galván, que tú me prometas de hacer mi mandado.

E él gelo prometió luego, pues que vió que al no podía facer; e de sí fizo su duelo por la doncella, e de que lo hobo fecho subió sobre un grand caballo que un doncel le traxo, e tomó los galgos e puso uno ante sí en el caballo e el otro detrás de sí e liólos muy bien, porque no cayesen; e de sí partióse de allí cuitado e de grand pesar.

Gariete, que estaba veyendo la doncella, preguntó a su hermano e díxole:

—Señor, ¿qué faremos, que ya es tarde, fincaremos aquí o iremos a otro lugar?

—Nos fincaremos aquí, dixo Galván, e cras nos iremos a la corte, que bien me parece que acabé mi demanda, gracias haya Dios.

—Pues quedemos, dixo Gariete, si os place, mas mucho me pesa desta doncella que matastes.

E él dixo que bien tanto le pesaba a él, porque era tan fermosa e tan rica cosa.

E dixo Gariete:

—No hay más gente de que no ahí fallamos mal, ca son en algunas torres o en algunos palacios de dentro, ca tal casa como ésta no podía ser sin gente.

—Bien puede ser, dixo Galván.

E en tanto que esto fablaban Gariete iba a desarmar a su hermano; e así estando oyeron en el palacio sonar un cuerno tan alto que bien lo podían oír a media legua.

—Hermano, dixo Gariete, yo creo que sois en la batalla por el ciervo que matastes o por la doncella. Agora avisad de os defender, que bien creo que os es mucho menester.

E tan presto que esta palabra hobo dicho, vieron entrar en el palacio por una puerta pequeña cuatro caballeros armados, e dieron voces a Galván:

—¡Ay caballero follón e desleal!, cierto por vuestro mal matastes la doncella, que moriréis por ello e bien lo merescéis. Guardadvos de nos, ca no podéis escapar de muerte.

E cuando Galván los vió venir no fué muy seguro, ca era laso e cansado e ellos eran folgados, e demás que eran cuatro e él solo; pero no fué espantado, antes fué esforzado; e porque le non podiesen facer mal de parte de las espaldas retríxose en un muro, e puso el escudo sobre la cabeza e sacó la espada. E todos cuatro fueron a él e cometiéronle de todas partes, mas él se defendía tan bien e se cubrió tan cuérdamente que era maravilla. E aquellos que lo desamaban mortalmente tuvieron en mucho lo que hacía, e dábanle grandes voces e golpes por el escudo e en su persona. Bien se pudiera defender, si no por un caballero que vino a la vuelta su arco tendido en su mano e una saeta en la cuerda; e como vió a Galván que facía todo su poder por se defender contra aquellos que le cometieran, tiróle la saeta de manera que lo firió e le pasó las armas e lo firió en el brazo diestro; e entróle el fierro de la saeta con algún tanto de fuste, e fué dicha que no entró por el hueso, pero sufrió grand dolor porque era la saeta emponzoñada. E cuando se sintió ferido dió una voz dolorosa e dixo:

—¡Ay, muerto soy!

E tanto se dolió del brazo que le cayó el espada en tierra. E cuando Gariete esto vió, tomó una lanza e fué corriendo al ballestero e dióle una tal lanzada por medio de los pechos que le salió a la otra

parte e cayó en tierra, que se no pudo tener. E los otros caballeros tenían ya a Galván en tierra e queríanle cortar la cabeza. Llegó una doncella que les comenzó a dar voces:

—Non lo matés, mas prendedlo fasta que sepamos quién es; e tal hombre puede ser que todo el oro del mundo no lo guarescerá que lo no faga morir mala muerte.

Cuando los caballeros vieron lo que la doncella mandara, metieron las espadas en las vainas e dexaron a Galván e metiéronlo en prisión en una cámara so tierra, que era cabe una huerta, e Gariete con él. E toda la noche estovieron así ambos los hermanos, que no comieron ni bebieron, ni Galván había gana de comer, ca se sentía mal llagado. E jamás nunca aquella noche durmió ni quedó de gritar, ni de facer cuita, tanto se sentía del dolor; e cuando fué la luz vió su brazo más finchado que la pierna de un hombre. Entonces hobo grand pavor e mostróle a su hermano e díxole:

—Hermano, yo muero de cuita e de dolor. Agora podés ver que la saeta con que fué ferido que fué emponzoñada, e si luego no hobiere maestro no puedo escapar de muerte.

Entonces comenzó Gariete a llorar muy fuertemente, ca vió a su hermano en gran trabajo e en peligro de muerte, e díxole.

—Hermano, vos hobistes mal consejo, porque quedastes aquí, pues que vuestra batalla habíades ya acabado.

—Ya fecho es, dixo Galván, e si Dios quiere que muera morré, e pésame que muero por tan poca facienda de caballería como fice, e sabe Dios cómo no quisiera ser caballero.

Ellos estando en esto, vino la señora del lugar a una finiestra, donde pudo bien fablar con ellos; e cuando vió que facían tan grand duelo hobo pesar, porque los vió niños e de pequeña edad; e porque se preciaban de caballería, seyendo tan niños, precíolos más. Entonces fabló con ellos e díxoles:

—Señores, vos sois en mi presión, e cierto me enojastes tanto que si al vuestro yerro mirase, que vos faría matar por derecho. Mas si vos fuistes sandios e villanos en me facer mal en mi casa, e muy soberbiosamente, yo seré más cortés, ca os sacaré de prisión e enviaros he, si me quisierdes dar la fee, de facer lo que os dixere; e no os diré cosa que a vergüenza se os torne, ni cosa que vos no podáis facer.

Cuando Galván vió que la señora fablaba tan piadosamente, dixo:

—Señora, vos lo decís tan honradamente, que no hay cosa que me mandéis que yo no faga con toda voluntad, como quier que me ende avenga.

—Cierto, dixo ella, no vos puede venir mal.

Dixo él:

—Prométoslo.

E tendió la mano, e ella otrosí por manera de fianza. E cuando Gariete vino por facer otrosí, preguntóle la dueña:

—¿E vos sois caballero?

E él dixo que no.

—Pues no tomaré de vos fianza, dixo ella, pues sois escudero, ca faría villanía.

Entonces fizo abrir la puerta de la cámara, e ellos salieron fuera e fueron ante ella. E ella comenzó a mirar muy hito en la cara a Galván, e preguntóle cuántos años podía haber. E él dixo que había diez y ocho años.

—Cierto, dixo ella, asaz sois mancebo, e si vos pudierdes vivir luengamente yo creo que serés uno de los buenos caballeros del mundo.

E ella dixo:

—Decidme, ¿quién sois?

—El rey de Ortanía fué mi padre, dixo Galván.

—¿Vos sois, dixo ella, sobrino del rey Artur, e ese es vuestro hermano?

Dixo él:

—Verdad es.

—Cierto, dixo ella, yo conozco tanto de vos que yo sé verdaderamente que no podés fallescer de ser buen caballero, si vevís luengamente. E cierto grand villanía fecistes en matar la doncella que matastes; e tal hombre como vos no lo debiera facer. E quiero que fagades en lugar de emienda lo que vos dixere, e mándooslo por la fe que me distes.

Dixo él:

—Dueña, decid, ca yo lo faré como quiera que non fuese mi honra.

Ella mandó luego a sus hombres que le traxiesen las armas e fízole armar, e subió en su caballo, e fízole dar la cabeza del ciervo, porque bien quería ella que los de la corte supiesen que él acabara su demanda; e él la dió a Gariete.

Entonces le preguntó la señora por su nombre, e él dixo que había nombre Galván. Dixo ella:

—Agora os conviene que el cuerpo desta doncella que matastes levés ante vos, sobre el cuello de vuestro caballo a la corte.

E él dixo:

—Yo lo haré, pues que vos querés.

E tomóla e púsola ante sí; e ella fizo tomar la cabeza de la doncella, e fízogela atar al cuello por los cabellos; e él sufrió de grado cuanto le facían por su fe quitar.

E cuando la dueña lo vió, así dixo a Galván:

—Vos iréis desta manera a la corte del rey Artur vuestro tío, como estáis. E cuando ahí fuerdes enviarés por todas las dueñas e las doncellas; e desque os vieren así contarles heis cómo matastes la doncella e la crueza que fecistes del caballero que os pedía merced e no lo quesistes escuchar; e la penitencia que os dieron por enmienda yerro que es ésta. Yo vos encomiendo sobre vuestra fe lo ansí fagáis.

Dixo él:

—Dueña, yo lo faré todo bien; e así os lo prometo como caballero.

Entonces dixo Galván a Gariete:

—Agora, hermano, ¿cómo podremos levar nuestros galgos a la corte, ca si fuésemos sin ellos no sería nuestra demanda acabada?

—Yo os daré, dixo la dueña, mozos que vos los lieven. E creed que no hay ninguno perdido, salvo los muertos.

Entonces fizo tomar los galgos e meterlos en cadenas, dos a dos. E tomó Gariete los dos primeros; dixo a la dueña:

—No enviés conusco a ninguno, ca yo levaré estos dos e los otros los seguirán de grado.

—Queden, dixo ella, pues a vos place que no vayan, ca yo los enviaba con vos de buenamente.

Entonces se partió Galván e se tornaron amos a Camalot, e nunca se apearon fasta que fueron en medio del palacio. Llegados, Gariete puso en tierra el escudo de su hermano e el yelmo e la cabeza del ciervo. E el rey e Merlín fueron a Galván e los otros que ende estaban; e mandó el rey que le tirasen la doncella; e Merlín dixo:

—Señor, faced ante llamar la reina e las dueñas e doncellas, e oirán quién envió a Galván así como viene, e por qué trae así el cuerpo e la cabeza de la doncella, ca no es sin razón.

E el rey envió luego por la reina; e ella vino con grand compaña de dueñas e doncellas, e cuando vieron a Galván así estar maravilláronse. Entonces mandó Merlín que le tomasen el cuerpo de la doncella e que le desatasen la cabeza que traía colgada al cuello del yelmo, e que lo desarmasen. E después que fué desarmado e le vieron el brazo diestro tan mal llagado, hobieron todos tan grand pesar. Merlín dixo:

—No vos pese por cosa que veáis, ca si Galván es llagado bien guarecerá, e yo os digo que él lo fizo mejor que vos pensáis, ca él acabó bien su demanda. E cierto esta aventura podés vos tener por una de las aventuras del Sancto Greal; e desde hoy más veredes muchas y muy a menudo e de más crueza que ésta es.

Después que hobo contado toda su aventura, dixo Merlín:

—Cierto, Galván, vos no faltastes de cosa que habéis dicho; e mucho fué el comienzo de vuestra caballería de loar, si no excediésedes tan osadamente en algunas cosas. E la dueña que os acá envió fué muy sabida e cortés; e yo ruego a mi señora que aquí es, e a las dueñas e doncellas que con ellas son, que os den aquella penitencia por la doncella que matastes, cual otorgaren, que será conveniente, según el yerro cometido. E ruego a mi señor el rey Artur, que aquí es, que lo mande así facer.



Capítulo XXXII

De la pena que la reina Ginebra e sus dueñas e doncellas mandaron dar a Galván por la muerte que había dado a la doncella que a la corte trixo

El rey vió que era lo mejor lo que Merlín decía, e mandó a la reina e a sus damas que se apartasen e ordenasen qué pena por la muerte de la doncella Galván merescía, e que no fuese criminosa la pena, pues se sabía que contra su gana había seído muerta. Luego salieron aparte, e cada una dixo cerca desto lo que le parescía; e tornaron ante el rey e fabló una doncella ante todos e dixo:

—Galván, porque metistes mano en la doncella tan crudamente que la matastes, mi señora e nos acordamos que jures sobre los Santos Evangelios que jamás, mientra viváis, no metáis mano en doncella por cosa que os faga ni os diga, si no vierdes peligro de muerte. E queremos que si doncella vos demandare acorro, que vos la ayudés e la acorráis, aunque sea de extraño lugar, desconocida, si no fuere contra vuestra honra. E ansí mesmo queremos que se os dé pena ante mi señor el rey e ante dos caballeros suyos: os den tres pescozadas e éstas dentro de su cámara; e las sufráis con toda paciencia, porque se os recuerde de lo por vos cometido.

Galván, oído esto, tuvo por bien de aceptarlo, como quiera que se le fizo muy grave. E jurólo luego e túvolo bien toda su vida, que nunca después le demandó ayuda doncella, que le él fallesciese. Desde allí fué llamado por toda la corte y en otras partes el Caballero de las Doncellas; e nunca este nombre pudo olvidar mientra que pudo armas tomar.

Después que este juramento hubo fecho ante el rey e ante sus ricoshombres, dixo Merlín ante todos:

—Galván, yo os digo que debéis ser de mejor talante contra todos, que yo os seguro que si luengamente vevís, que serés uno de los buenos caballeros del mundo e uno de los más nombrados, e nunca podrés fallar caballero en batalla que os pueda traer mal, salvo uno solo. Esta batalla no será en mi tiempo; pero si en esta batalla vos fiades tanto que por la seguranza della os combatís, solamente podés morir ante de vuestros días, que aquí no hay ninguna mudanza que cada uno no puede su muerte acuitar, si le pluguiere. Mas la villanía que fecistes contra el caballero que os pedía merced, que gela no acetastes, no os contezca otra vez, porque fallés perdón en quien vos le pedierdes; e si lo facés vos ternán por cortés e de buena conversación, e serés preciado en cada lugar.

E Galván fincó los finojos e juró que ansí lo faría en toda su vida. E Merlín dixo entonces al rey:

—Señor, sabed que yo non veviré mucho con vos desde aquí adelante; e en el tiempo que yo más os quisiere servir por ver las maravillas e aventuras que avernán después espesas e a menudo. E porque vos non fallaréis así tan aína quién os conseje, si la gracia del Espíritu Santo no fuere, quiero que vos desta hora en adelante fagáis meter en escripto todas las aventuras que os contaren en vuestra corte la verdad dellas; por esto lo sabrán después de nuestras muertes nuestros herederos y subcesores que avernán en tiempo del Rey Aventurado. E tened con vos algunos coronistas que escriban las aventuras de la corte así como avenieren, conocidas e extrañas.

E el rey lo otorgó que ansí lo faría de grado.

Aquí dexa de contar de la aventura de Galván, porque no hay más que decir della, e torna a fablar de la aventura de Tor e cómo le subcedió en ella.

Cuando Tor, fijo de Dares, se partió de la corte, anduvo muy presto por alcanzar el caballero que al sagüeso levaba. E cuando entró en la floresta no anduvo una legua que vió, cabe el camino, dos tendejones armados, e delante de cada uno de los tendejones a la puerta estaba un escudo e una lanza. E él cató los tendejones, mas no quiso ende ir, antes se fué por su camino por do iba el rastro del caballero en pos de quien iba. E cuando pasó por los tendejones cuanto un tiro de ballesta, vió venir contra sí un enano que traía en la mano una vara; e dióle tal ferida en el rostro del caballo que gelo fizo tornar

atrás más de un estado de una lanza, así que a pocas hubo de caer. E el caballero se maravilló por qué lo firiera, e dixo:

—¡Ay enano!, ¿qué te fizo mi caballo? Déxame ir, que Dios te dé mala ventura.

Dixo el enano:

—Cativo caballero, ¿pensáis ir vos así que no justés con algunos caballeros de los tendejones?

—¡Ay enano!, dixo Tor, no me es menester de justar, ca he grand cuita de ir en pos de aquel caballero, ca no ha mucho que lo ví.

Dixo el enano:

—Cierto no os iréis de aquí fasta que sepamos cómo sabes ferir de la lanza. E veis en aquellos tendejones están dos caballeros noveles, que por ver cómo los caballeros de la corte del rey Artur saben justar, venieron acá. E agora tornad contra ellos por ver justa. Cierto si os desto dexáis, no me paresce que vos sois caballero que en ninguna demanda se deba poner.

Cuando Tor oyó las palabras que el enano decía, no le osó recelar por no caer en cobardía. Respondió al enano con gran enojo que dél tenía, e díxole:

—Pues que ellos venieron por justar no fallescerán en mí, pero que me fuera más menester de me ir mi carrera que me de tardar, ca no sé donde fallaré lo que demando.

—No os pese, dixo el enano, que el bueno puede perder por diferir el tiempo, e podés aquí probar si podiésedes valer alguna cosa.

E cuando el enano esto oyó tomo un cuerno que traía al cuello e sonóle, e no tardó mucho que no salió luego de un tendejón un caballero armado sobre un caballo, e su yelmo enlazado e su escudo al cuello e su lanza en la mano, e dixo a Tor que se guardase dél. E Tor tornó a él e dióle un grand golpe en los pechos que lo derribó del caballo, tan bravo que a pocas no le quebró el brazo; e pasó adelante que no lo cató, e tomó el caballo por el freno e dixo el enano:

—Toma este caballo, ca éste es el comienzo de mi caballería.

E tanto que esto dixo, vido salir de otro tendejón otro caballero bien ataviado de justa; e no dixo cosa, mas dexóse correr a él e tornóse Tor a él; e el otro lo firió tan recio que le quebró la lanza en medio de los pechos; mas otro mal no le hizo. E Tor que le cogió en lleno dióle tal lanzada que le falsó el escudo e la loriga, e metióle el

fierro de la lanza por el costado siniestro, mas no fué en tal lugar que no podiese guarir bien; e derribólo en tierra e al caer quebróse la lanza e quedóle un trozo en el cuerpo. E cuando los vió Tor en tierra metió mano a la espada, porque quería que se otorgasen por presos. E fué al primero que se levantara e dióle tan gran golpe por medio del yelmo, que le fizo fincar los finojos en tierra; e dióle de los pechos del caballo e derribólo e traxo el caballo tanto sobre él que lo fizo menudo como sal, ca se no quiso tener por contento fasta que le pidiese merced. E ató su caballo a un árbol, e fuese para aquel que follara so los pies, e quitóle el yelmo e díxole que lo mataría si no se otorgase por vencido. E cuando se vió en peligro de muerte pidióle merced, ca bien vió que en otra guisa no podía escapar.

—Ora me jura, dixo Tor, que te metas en la prisión que te yo enseñare.

E él le juró que lo faría; e Tor corrió luego al otro que era quebrado de la caída, e dióle por medio del yelmo con amas manos un tal golpe que le fizo por los ojos echar grandes lágrimas como llamas de fuego, en manera que cayó en tierra de rostros, que se no pudo dende levantar; e tomólo por el yelmo, mas no le pudo quebrar las correas, que eran fuertes; entonces las cortó con la espada. E cuando el otro vido su cabeza desarmada hobo grand pavor de muerte, e pidióle merced. E Tor le dixo:

—Tú no habrás merced si me no afiares que vayas preso do yo te mandare.

E él lo prometió. E Tor le dixo a él e al otro:

—Ahora vos sois mis presos.

—Verdad es, dixeron ellos.

—Pues yo os mando, dixo él, que os vades a Camalot e que vos rindades por presos al rey Artur de parte de Tor, fijo de Dares.

E ellos así gelo otorgaron. Entonces subió Tor en su caballo e tomó su escudo e pidió su lanza al enano. El enano gela dió buena e fuerte de las que estaban en el tendejón. E después que encomendó a Dios a los dos caballeros e se quiso ir, díxole el enano:

—¡Ay, buen caballero, yo te ruego por la fe que tú debes a toda caballería, que me des un don donde te mayor provecho verná que non dapno.

—Enano, dixo él, yo te lo do, ca éste es el primero don que me

hombre pidió después que fué elegido caballero. Agora di todo cuanto te pluguiere.

—Yo te ruego, dixo el enano, que me dexes contigo ir en lugar de escudero, que yo te digo que te valga más en esta carrera e que te sirva mejor que el mejor escudero de toda la corte del rey Artur. E sabes ¿por qué me quiero contigo ir?, porque non quiero más vivir con estos malos, ca me no vernía honra de los servir.

—Yo lo otorgo, dixo Tor; agora vente comigo, pues te place.

E el enano subió en el caballo que le diera Tor e dixole:

—Señor, agora podés ir por do quisierdes, ca yo vos seguiré.

E Tor entró por su camino muy alegre desta buena ventura que le Dios diera en comienzo de su caballería. E cuando se alongó un poco de los tendejones, dixo al enano:

—¿Tú viste el caballero?

—Sí, señor, dixo él.

—¿E tú sabes cómo le llaman?

—Señor, ha nombre Abelín, uno de los buenos caballeros desta tierra; mas es uno de los soberbios hombres del mundo; e cierto él lieva el sagüeso e face con él grand alegría.

—Verdaderamente, dixo Tor, no fué cortés de que lo tomó; e si lo yo puedo fallar creo que lo rendirá.

—E yo os levaré, dixo el enano, derechamente do él es.

—Pues vayamos, dixo Tor, que mucho me tardo de allá llegar.

Así fueron fablando fasta que llegaron a una ribera donde había muchas tiendas armadas, fermosas e ricas, e en cada una dellas estaba un escudo; e todos los escudos eran bermejos, salvo uno que era blanco, e aquel blanco estaba ante la tienda que era más rica. Entonces dixo el enano al caballero:

—Señor, en aquella tienda donde aquel escudo blanco está fallarés vos el vuestro sagüeso; e el caballero con él, según que yo creo. E sabed que es el señor de todos aquellos que en las tiendas están.

E Tor dixo que no demandaba más sino que fallase el sagüeso. E él se apeó entonces, ca no podía entrar en la tienda de caballo, e dió la lanza e el caballo al enano, e entró allí do pensaba fallar lo que buscaba. E cuando entró vió estar en una cama muy rica una dueña sola e durmiendo, e el sagüeso cabo ella, que echara ella ante sí e dormían ambos. E cuando el sagüeso sintió que venía el caballero

contra él, salió del lecho e comenzó de ladrar muy fuertemente, ca lo no conoscía. E la dueña despertó a la vuelta que hacía el sagüeso. E cuando vió el caballero armado fué muy espantada e salió luego fuera de la tienda. El caballero conosció bien que aquel era el sagüeso que buscaba, e tomólo e salió con él de la tienda e diólo al enano e díxole:

—Veís aquí el sagüeso por quien yo salí de la corte. Venga quienquisiere a demandarlo, ca yo no lo daré a ninguno mientra lo pudiere defender fasta que a la corte llegue.

E el enano lo tomó, e Tor subió en su caballo e quería se ír; e salió una doncella de una tienda e díxole:

—¡Ay señor caballero!, non levés nuestro sagüeso, ca faréis villanía; e sabed por verdad que os fallaréis mal, e el caballero cuyo es no os lo dexará levar que no venga en pos de vos e que os lo no tome, ca así lo fizo ante el rey Artur mesmo.

—Doncella, díxo Tor, el sagüeso fué tomado por soberbia e por tuerto que fué fecho en la corte del rey Artur, mí señor; e yo vine fasta aquí por su mandado e levarlo he por derecho. E sí en algo al caballero que lo truxo pesare, vaya en pos de mí por lo tornar.

—¿Cómo, díxo ella, así lo tomáis a nos que somos dueñas e no falláis en nos defensa alguna?

Díxo él:

—Tomo lo que es mío.

—Sea, díxo la doncella, pues a vos place, mas yo no creo que vos lo levarés fasta Camalot.

—Sín embargo, díxo él, yo lo levaré a pesar de quien pesare.

Entonces se fueron derechamente contra Camalot; e antes que andoviesen medía legua fué noche tan escura que no supieron ír por el camino. E Tor preguntó al enano a cuál lugar podían ír a dormír, ca es ya tarde e no podían ír a Camalot.

—Cierto, díxo el enano, no sé, señor, sí no fuésemos aquí a un ermitaño que mora en esta montaña, e yo vos guiaré bien sí a vos pluguiere.

—Pues ve adelante, díxo él, e yo íré en pos de tí, ca ya querría ser allá.

Entonces se fué el enano adelante e guiólo a la ermita, que estaba en mucho lugar estrecho en un grand valle e fondo e lleno de piedras

e de peñas. E ante que allá llegasen saliera la luna muy clara, que bien veían la ermita que estaba acerca, e vieron que era una casa muy pequeña e pobre; e el enano que ya otra vez había allí estado fué derechamente a la puerta e llamó. E el ermitaño salió a una finiestra pequeña e abrióla. E cuando vió el caballero armado entendió que quería quedar allí, e fué a la puerta e abrióla e recibiólos muy bien. E el caballero se desarmó; e el enano pensó de los caballos lo mejor que pudo e dióles hierba, que andaban muy cansados. E en la mañana oyó misa que el ermitaño dixo, e armóse e subió en su caballo; e rogó al ermitaño que rogase a Dios por él; e el hombre bueno gelo otorgó de lo ansí facer.



Capítulo XXXIII

De cómo Tor se combatió con el caballero que había llevado el sagüeso e lo mató.

Entonces se partió Tor del ermitaño e metióse en su camino, e no anduvo cuanto media legua cuando vió venir en pos de sí un estruendo de caballeros, e atendió por ver qué cosa era. E vió venir un caballero a grand andar, como si la muerte veniese en pos dél, e venía solo e bien armado que le no fallescía cosa.

—¡Ay, señor!, dixo el enano, vos non podés ir sin batalla. ¿E sabés quién es éste?

—Sí, dixo él, ca éste es el que yo buscaba, aquél que tomó el sagüeso en la corte.

Entonces tomó el escudo e su lanza que el enano le traía, e enderezó al caballero en medio del camino. E el otro le dixo a las mayores voces que pudo:

—¡Ay mal caballero, cierto por vuestro mal tomastes a las señoras el sagüeso, ca vos lo darés a vuestra deshonra!

E Tor no respondió cosa alguna a lo que le él dixo, antes enderezó la cabeza del caballo contra él; e ellos vinieron el uno contra el otro, e no a grand priesa, aunque traían buenos caballos, mas feriéronse tan reciamente que las lanzas volaron en piezas. E ellos encontráronse de los caballos tan bravamente que ambos se derribaron en tierra e atravesados, que ninguno dellos no faltó que los yelmos no fuesen en polvo envueltos; mas ellos eran vivos e ligeros e de grant fuerza. Levantáronse lo más aína que pudieron, e metieron mano a las espadas e comenzáronse a combatir. E veríades a los primeros golpes los escudos fender e despedazar, e los yelmo confonder e las armas romper e desmallar, ca ellos eran amos de gran bondad e de fuerza e vivos en grant manera. E combatíanse tan de fecho que se facían menos valer

las armas que ante, e la sangre les salía de todas partes, que duró la batalla entre ellos desde hora de prima fasta hora de tercia. Entonces fueron lasos e cansados, ca mucho había cada uno perdido de sangre; mas era Abelín muy cuitado más que Tor, porque su espada no era tan buena e la de Tor era muy buena. Esto fué una cosa que le mucho valió aquel día, que mucho mal fizo al otro. E un poco ante de hora de tercia comenzó a enflaquescer, que en breve perdía mucha sangre; e no pudo tan grandes golpes dar como antes daba, ni tan a menudo como ante facía. E Tor entendió bien cómo era laso, e comenzóle a dar muy grandes golpes del espada, que le fizo salir la sangre por más de diez lugares; e él sufrió siempre bien e no pudo tan aína emendar su voluntad. E Tor lo traía de acá e de allá, facia delante e otra vez atrás, a cual parte quería; e cuando vió que lo tenía casi suyo, díxole:

—Caballero, tú ves que eres muerto si yo quisiere, ca non has poder de te defender; mas porque eres buen caballero facerte he un buen amor, que me tú no farías a mí si fueses tan bien andante sobre mí como yo sobre tí.

—Agora decid, dixo Abelín, qué cosa puede ser, que vos lo mucho gradeceré, e tal puede ser que no.

—Si te quieres tener por vencido e ir a cuya prisión yo te enviare será salva tu vida, e yo te daré por quito e te podrás ir por do quisieres, mas que el sagüeso quede a mí.

E Abelín lo cató en travieso e dixo:

—¡Mala ventura haya quien lo ficiere mientra viviere e toviere el alma en el cuerpo, ca después que yo conociere mi cobardía jamás no habrá honra! Así me Dios ayude querría cient veces morir, si cient veces podiese nascer, que una cosa sola facer que se me tornase en retraimiento.

—¿Cómo, dixo Tor, ansí quieres tu morir antes que facer lo que te yo digo?

—Sí, dixo Abelín, por buena fe.

E Tor dixo:

—Pues la muerte contigo es.

Entonces se dexó correr a él e firiólo por el yelmo de un tan grant golpe de la espada que le fizo caer en tierra amortecido; e echóse sobre él e travóle del yelmo e tirógelo e echóselo a lueñe, dióle tales tres golpes de la manzana del espada que las mallas del barbote le metió

por la cabeza. E dióle voces que se otorgase por vencido, si no que lo mataría. E Abelín respondió a muy grand afán, e dixo:

—No me otorgaré por vencido por poder que hayas; e agora faz de mí lo que te pluguiere, ca ya por pavor de muerte no diré cosa que me a vergüenza torne.

E Tor le dixo:

—O tú lo dirás o yo te cortaré la cabeza.

E dióle entonces de la manzana del espada en el rostro, que le fizo correr la sangre; mas por esto nunca rendirse quiso. En esto estando, una doncella que venía en una palafrén blanco pequeño a muy grand andar. E cuando llegó allí e vió que Tor así tenía aquel caballero para le cortar la cabeza, apeóse e fincó los hinojos e dixo:

—¡Ay buen caballero!, por la fe que tú debes a caballería, dame un don, ca cierto tú eres el primero caballero a que en don pedí.

Dixo él:

—Yo vos digo que sois la primera doncella que me nunca pidió don desque fué caballero. E por esto no hay cosa en el mundo por que os lo dexe de dar, si lo pudiere haber por afán o por trabajo.

—Muchas mercedes, dixo ella. Señor caballero, ruégoos me déis la cabeza deste caballero que vos tenéis en vuestro poder.

—E cómo, ¿querés vos que gela corte?

—Sí, dixo ella, ca otra cosa no demando.

—Mucho me pesa, dixo él, que era buen caballero.

—No vos pese, dixo ella, de su caballería, ca sabed por verdad que éste es el más desleal caballero e el más soberbio que nunca hubo en la Gran Bretaña.

Cuando el caballero entendió lo que la doncella decía, dixo a Tor:

—¡Ay buen caballero, por Dios no la creáis ni me matés por su ruego, ca bien sabés que ésta es la más desleal cosa que nunca vistes; mas déxame que yo me tengo por vencido e rendirme he por preso a quien tú quisieres!

Dixo Tor:

—¡Ay caballero!, mucho fué eso tarde, ca el don que prometí a la doncella dárgelo he, ca si gelo no diese podría me reptar.

Cuando él esto oyó tendió las manos e pedióle merced contra la doncella e díxole:

—¡Ay buena doncella, por Dios habed merced de mí, no me

fagáis matar, ca en mi muerte no ganaréis nada, mas en mi vida ganaréis un tal caballero como yo, ca jamás mientra yo viva no serviré sino a ti, ni faré cosa contra tu voluntad!

—¡Ay doncella, por Dios, dixo Tor, si este caballero no vos erró tanto que meresciese muerte, habed merced dél e faréis grand cortesía!

Dixo ella:

—Dios no haya merced de mi alma si yo le hobiere merced, ca mató un mi hermano ante mí e nunca me quiso escuchar mi ruego, aunque estaba ante él llorando de mis ojos. Agora faced lo que me habéis prometido, si os pluguiere.

E él dixo que así lo faría, pues otra cosa no podía facer. El se levantó luego e sintiose más dispuesto e pensó fuir, mas Tor no le dexó, que le alcanzó un tal golpe por el cuello que le fizo volar la cabeza del cuerpo más lueñe de una braza. E la doncella la fué tomar luego con muy grand alegría. E gradescíolo mucho a Tor e díxole:

—Aún este don te será bien galardonado, si yo puedo.

Entonces dixo Tor al enano:

—Yo soy cansado, que he perdido mucha de mi sangre e si supiese do folgar yo folgaría.

—Por Dios, dixo la doncella, mucho habéis perdido de vuestra sangre, e cerca de aquí, en esta floresta, hay una ermita muy fermosa e rica donde podés folgar hoy y mañana, si quisierdes; mas cierto a mí placería mucho que fuésedes a mi casa.

—Pues cabalguemos, dixo Tor, ca ya querría ser doquiera, tanto me siento mal llagado.

Entonces cabalgaron e ella se fué delante, e llegaron a la ermita; e la ermita era fermosa e muy fuerte, e ella llamó a un doncel e vino luego e abrió el postigo, e ella le dixo:

—Abre esa grand puerta.

E nunca vistes tan grand alegría como ahí fué fecha a Tor, cuando vieron la cabeza que la doncella traía. E decían todos a una voz:

—Bendita sea la hora en que fuistes nascido, caballero, ca vos nos metistes en paz e en alegría para siempre, que nos matastes nuestro mortal enemigo e el hombre del mundo que nos peor facía, e nunca nos dexaba haber folganza ni bien.

Aquella noche fué Tor muy bien servido e bien bastecido de todos los bienes que los de dentro pudieron haber; e habían con él mucho

placer. E en la mañana, después que oyó misa en una capilla, tomó sus armas e cabalgó e despidióse de la doncella e de todos los otros, e ellos encomendáronlo a Dios. E rogáronle mucho que si por ventura por allí pasase, que posase con ellos, que aquella posada era ya suya; e él gelo gradeció a la doncella e a ellos.

E partióse dende e anduvo tanto que llegó a Camalot, e falló a Galván, que había llegado el día antes. E el rey Pelinor no era venido. E cuando los de la corte vieron venir a Tor fueron muy ledos, ca ya sabían nuevas dél por los dos caballeros de los tendejones que él enviara. E el rey le rescibió muy honorablemente e preguntó cómo acabara su demanda.

Dixo él:

—Señor, bien vedes aquí el sagüeso que el caballero levara.

—¿E del caballero, dixo él, fallastes nuevas?

—Sí, dixo él.

El rey fizo traer los Sanctos Evangelios e fízole jurar; e juró que le diría la verdad de los fechos, en qué manera pasaran en aquella demanda, e que lo no dexaría por honra ni por deshonra. E comenzó luego a contar ante todos los de la Tabla Redonda lo que le aveniera, así como de suso lo ha relatado. E después que lo hubo todo contado, los coronistas lo metieron todo en escripto e por ende sabemos nos la verdad.

Dixo el rey Artur:

—Agora no fallesce si no el rey Pelinor.

Dixo Merlín:

—No hayáis enojo por él, que antes que sea la noche será aquí.

Dixo Merlín:

—¿Qué os parece de vuestro caballero que vos creíades que era fijo del vaquero, que si lo fuera no comenzara tan bien como comenzó? Sabed, dixo Merlín, que natura del linaje e derecha fidalguía lo enseñó así en tan poco tiempo como veis.

—Merlín, dixo el rey, vos lo conocéis mejor que se conoce él mesmo.

—Verdad es, dixo Merlín, ca él no sabe quién es su padre e yo lo sé bien.

—¿E quién es, dixo el rey Artur, ca bien lo podéis decir si vos pluguiere?

Merlín le dixo a la oreja muy manso:

—Cuando vos vierdes al rey Pelinor cabo él, bien podés decir que el uno es el padre e el otro es el fijo; ca bien podés saber que el rey Pelinor lo fizo en una mujer de aquel vaquero, antes que fuese su mujer, ca el rey Pelinor la hubo virgen; entonces hobo en ella a Tor, mas el villano la hubo por mujer aquella semana mesma que el rey Pelinor durmió con ella, e por esto creyó él verdaderamente que Tor era su fijo, mas no lo es, ca le avino así como vos yo digo.

El rey comenzó a reir e dixo:

—Cierto yo bien creo que así es, pero decitme si la manceba si era fijadalgo.

—No, dixo él, que antes era una labradora que guardaba su ganado en un prado, mas era tan fermosa que la codició el rey e durmió con ella. Entonces engendró a Tor.

El rey se maravilló e dixo:

—Cierto aquí hubo fermosa aventura, e jamás no seré contento fasta que tenga todos tres delante mí: al rey Pelinor e a Tor e a su madre, e nos faga ciertos désto.

—Pues enviad por la madre, dixo Merlín, ca Tor tenés aquí e Pelinor será hoy con vos.

—Mas vos, dixo el rey, enviad por ella, ca sabés do ella es.

E el rey dixo que con su consejo enviaría de que enviase. E así quedó esto para en su logar decir cómo fué sabido Tor cúyo fijo fuese.

E torna a fablar de lo que sucedió al rey Pelinor, el cual siguió su camino a grant priesa, por ir en pos del caballero que levaba la doncella; e pesóle mucho porque tanto tardaba. E cuando fué cerca la floresta, falló un doncel que venía en un rocín magro e laso, e preguntóle si fallara un caballero que le levaba una doncella.

—Sí, dixo el rey, mas va muy lueña de aquí. Mas nunca tan grand llanto vi facer a doncella.

—¿Por cuál camino va?, dixo el rey.

—Señor, dixo él, va derechamente para un logar que llaman Vivas, por el gran camino.

Entonces se partió el doncel del rey e metióse por el camino por do él iba, e falló luego el rastro del caballero e aquexóse de andar; e anduvo tanto que falló cabe una fuente una doncella muy fermosa. E tenía

cabe sí un su amigo llagado, e facía gran duelo e lloraba muy de corazón. E pasó de largo como aquel que no había talante de tardar. E cuando ella lo vió pasar, dióle voces e dixo:

—Por Dios, caballero, tornad e facedme un poco de amor, en que recibirés poco afán.

E él entendió bien a la doncella, pero non quiso tornar, ca tenía mucho que facer. E cuando ella vió que no volvía, comenzó a facer mayor duelo que ante, e díxole:

—¡Ay caballero malo, soberbio, Dios te faga tanto vivir que hayas tan gran menester como agora yo he, e que ruegues cuando te fuere menester e que no falles ayuda más de cuanta yo fallo en tí!

Después que esto dixo, cayó amortecida. Mas con todo esto no quiso tardar, ca mucho le paresció que tardaba de alcanzar el caballero que levaba la doncella. E cuando ella vió a su marido que era ya muerto de una grand llaga que tenía por medio de los pechos, llamóse malaventurada e cativa e la más desdichada de todas las nacidas. E dixo que, pues su marido era muerto por fallimiento de ayuda, que ella no podía haber sino el acorro de Dios, que no quería más vivir. Tomó la espada de su amigo e firióse con ella por medio de los pechos, así que la punta le salió por la otra parte, e cayó muerta en tierra.

E el rey Pelinor, que no metía mientes, íbase cuanto podía. E cuando vino a la hora de las vísperas falló un villano que iba con un hace de leña, e preguntóle:

—¿Di, amigo, viste un caballero que levaba una doncella?

E el villano dixo:

—Señor, vila cierto. E avínole que pasaba por un llano e salió un caballero de un tendejón, e díxole que no levaría la doncella, ca era su hermana, e que antes se combatiría con él que la levase así en paz. E el caballero puso luego la doncella en tierra, e dixo que bien quería la batalla, mas que ella fuese metida en tal guarda, que aquél que venciese que la hobiese. E él la metió luego en un tendejón en guarda de dos caballeros e de dos dueñas; e ellos comenzaron luego la batalla en manera que aun agora los fallarés en ella, e no creo que se acabe fasta que vos llegués, si no os tardáis en andar.

Cuando el rey Pelinor oyó estas nuevas fué muy alegre e partióse del villano, e anduvo cuanto pudo, que no pensaba llegar con tiempo, e no anduvo mucho que topó con el tendejón donde estaba la doncella

que él buscaba. E ella estaba fuera sobre una yerba con otras dueñas e con los escuderos, e los caballeros se combatían fuertemente. E cada uno dellos tenía muchas llagas e perdía mucha sangre, que fuerza no tenían e la muerte cercana, ca mucho eran ambos buenos e de muy buen corazón. E el rey luego fué a la doncella e díxole:

—Vos fuistes levada a grand tuerto de la corte, e yo vos tornaré por esto; ca me envió el rey Artur acá en cuya casa vos fuistes tomada.

E los escuderos e las dueñas se levantaron e dixeron:

—¡Ay señor, vos tal villanía non farés que nos tomés la doncella que nos tenemos en guarda! Mas bien veis aquellos dos caballeros que nos la dieron en guarda; faced que nos lo manden, e nos darla hemos.

—Yo no demando más, dixo el rey, e a vuestro pesar yo non la quiero tomar, pudiéndola haber en otra manera.

Entonces se fué contra los dos caballeros e díxoles:

—Señores, estad un poco, fablaré con vos.

E los caballeros estovieron e posieron los escudos anté sí, e díxoles:

—Señores, esta doncella por que os combatís fué tomada por fuerza en la corte del rey Artur, e yo vine en pos della, que la torne allí donde fué tomada.

E ellos respondieron:

—Esto no puede ser.

—E agora me decid, dixo al uno, ¿por cuál razón la queréis vos haber?

—Porque es mi prima cormana, dixo él, e quiérola levar a sus amigos e parientes que la desean mucho, porque ha grand tiempo que la non vieron.

—E vos, dixo al otro, ¿por qué la querés?

—Porque la conquerí, dixo él, por mi bondad, e la tomé ante el rey Artur e ante toda su compaña e tráxela fasta aquí, e por eso me paresce que la debría haber antes que otro.

—Agora vos debés de tener por sandíos, dixo el rey, porque os combatís por ella, ca ninguno de vos non la habrá; desto yo os certifico: que yo la levaré a casa del rey Artur donde fué tomada.

—Verdad es, dixeron ellos, si podierdes haberla, que ante nos combatiremos convusco.

—La batalla, dixo él, no os podría yo vedarla, mas la doncella levaré yo comoquier que vos digáis.

—Sí, dixeron ellos, si pudierdes, e agora lo veremos.

Estonces se otorgaron por quitos de su batalla e concertáronse que se ayudasen fasta la muerte. E cuando el rey vió que se ataviaban de lo cometer dixo:

—¿Cómo? ¿Gana habés de la batalla?

—Bien lo veredes, dixeron ellos.

E dexáronse ir a él, las espadas en las manos; e el uno le dió un golpe en el costado siniestro del caballo, que gelo mató e cayó en tierra. E el rey, que era muy ligero, saltó de la otra parte e dixo:

—¡Ay caballero, cómo habés hecho gran villanía e maldad por me matar mi caballo!

E con la grand saña que hubo alzó la espadá e firiólo tan de recio que le fendió la cabeza fasta los ojos e cayó en tierra muerto. E éste era aquél que la doncella levara de la corte. E cuando el otro vido este golpe no fué seguro, ca se vió solo e sentíase laso e cansado e mal llagado, e tiróse fuera y díxole:

—Señor caballero, yo comencé con follía con vos esta batalla, ca bien sé que no venistes acá por deshonra de la doncella, mas por su honra e por vengarla de aquél que por fuerza la traía; e déxoosla, que non creo mucho ganar en esta batalla, mas ruégovos por Dios que la guardés como fija de rey debe ser guardada, ca sabed que es fija de rey y reina de grand manera. Mas a ella tanto le place con la caza del monte, e tanto ha sabor della, que non quiere haber marido nin amigo, ante sería de quienquier que le ende fabla.

—Agora sabed, dixo el rey, que no fallará quien le faga pesar mientra la yo hobiere en guarda; e gradézcovos mucho la batalla que me quitastes, mas de un caballo, si os pluguiere, me habed consejo.

E el caballero le dixo:

—Yo vos lo daré muy bueno; mas conviene que quedés aquí conmigo, pues que es ya tarde, que non podríades fallar dó albergásedes.

El rey gelo otorgó, porque vió que decía verdad. E aquella noche estudo el rey en el campo en un tendejón del caballero. E en la mañana, después que fué vestido, tomó sus armas e el huésped le dió un buen caballo; e el rey gelo gradesció mucho, e dieron un palafrén a la

doncella. E cabalgaron luego ambos, e el caballero fué con ellos una legua, e después tornóse. E desque andovieron fasta a hora de prima entraron en un monte, e por un valle muy malo de andar, ca todo era lleno de piedras e de peñas. E el palafrén de la doncella, que se no pudo guardar cayó encima de una peña; e ella cayó tan grand caída sobre el brazo siniestro, que bien pensó que había la espalda fuera de su lugar; e hubo tan grand cuita que se amorteció. E cuando acordó en sí, dixo:

—¡Ay caballero, muerta so!

E descendió luego e puso en tierra su escudo e su lanza e fué allá, e fallóla amortecida e púsola entre los brazos, e cuando acordó preguntóle cómo se sentía.

E ella dixo toda trimiendo:

—Nunca mayor dolor hube, que bien cuidé que había el brazo o el espalda sacada; mas no es ansí, merced es a Dios.

—¿E vos sentís os agora bien? —dixo el rey.

—Bien, dixo ella, mas pero no podría agora andar fasta que folgase un poco.

—Sea, dixo el rey, que aunque de aquí partamos a hora de viésperas bien podremos llegar a Camalot.

E entones la tomó e púsola so un árbol, e tomó de la yerba e púsola so su cabeza, e díxole que durmiese, que mucho le aprovecharía. E ella se durmió e él pensó de las bestias, e tiróles los frenos e las sillas e dexólas pasear, e echóse a dormir a par de su doncella e durmieron fasta la noche. Cuando la noche llegó el aire comenzó a refriar, e despertaron ambos e fallaron que era noche escura.

E dixo el rey:

—Por Dios, doncella, mucho hemos dormido.

—Señor, dixo ella, conviene que estemos aquí fasta en la mañana que, aunque queramos ir adelante, no sabemos el camino, e cuando pensásemos ir bien entonces iríamos perdidos.

Dixo el caballero:

—Sea así, pues a vos place. Mas decidme, ¿cómo os sentís?

—Muy bien, dixo ella, a Dios gracias; mas creo que el cansancio nos fizo dormir tanto.

E en cuanto en esto fablaban, oyeron caballeros que venían por el camino por ante ellos.

Dixo el rey:

—Algún hombre verná aquí de quien oiremos nuevas.

Dixo ella:

—Puede ser.

En tanto que en esto fablaban vieron dos caballeros armados: el uno venía de Camalot, el otro iba para allá, e topáronse en par dellos; e los caballeros se conocieron luego que llegaron cerca el uno del otro, e estovieron quedos por fablar el uno con el otro. E dixo aquel que iba a Camalot:

—¿Qué nuevas traés?

—Non traigo ningunas que con ellas reciba placer, ca el rey Artur es tan poderoso de amigos e de caballeros, que tiene los mejores caballeros del mundo, e tiene ganados los corazones de sus hombres e es muy franco. E tal que, si todos los reyes de las ínsulas viniesen sobre él, no los preciaría; e por esto me torno a mi señor, e decirle he que dexe esta follía que comenzó, ca no ha poder ni gente por que al rey Artur puede desheredar ni echar de su tierra. E más podrá el rey Artur empecer a él, que él al rey Artur. E tales son las nuevas que yo lievo al rey mi señor. ¿E vos quién sois o dónde is?

—Yo vo allá do vos venís, dixo el otro. Yo creo que esta guerra será fenescida tan presto que yo ahí llegue a la corte.

—¿E cómo podría esto ser?, dixo el otro.

—Esto podría ser muy bien, que yo trayo aquí una redoma llena de ponzoña tan maravillosa, que no hay en el mundo hombre que la guste que no muera. E en la corte hay un caballero que el rey ama mucho e es su privado, el cual prometió a mi señor que le dará esta ponzoña a beber tanto que la yo levase; e yo liévogela. Agora veré lo que fará.

—Guardaos, dixo el otro caballero, que os lo no entiendan, ca pues el hombre ha de facer traición, conviene que la faga tan sagazmente que gelo no entiendan fasta que sea fecho. E si Dios quisiere, vos oirés en breve tales nuevas que toda nuestra tierra será espantada.

—No sé, dixo el otro, cómo vos averná, ca si yo fuese que vos, no me entremetería en tal cosa, ca no puede ser que vos lo no entiendan e que no seáis escarnido. E por esto vos consejaría de tornaros, más que no de ir allá.

E él dixo que non tornaría, que bien creía de lo facer bien e ligeramente aquello que comenzara.

—Pues encomiendoos a Dios, dixo el otro, pues que no queréis creer mi consejo, e no me pongáis culpa si vos desto mal veniere.

—No hayáis miedo, dixo el otro.

E partiéronse luego el uno del otro. E el que venía de Camalot fuese a la montaña, e el otro fuese contra Camalot. E cuando ellos fueron alongados ya cuanto de allí, el rey Pelinor que bien oyó todo lo que dixeran, dixo a la doncella:

—¿Oístes lo que éstos dixeron?

—Sí, dixo ella, e yo creo cierto que Nuestro Señor nos echó aquí por oír estas nuevas e por las decir al rey Artur, ca le non place que tan aína muera, en especial por tan grand deslealtad.

—E así me ayudó Dios mucho; fué esta ventura fermosa e mucho me place que yo oí esto, ca si Dios quisiere yo lo diré al rey por quitar ocasión que no muera por tan gran traición.

—Pues, dixo ella, no nos es de tardar más, que movamos luego, que seamos ahí al yantar; ca sé verdaderamente que este desleal caballero estonce querrá facer esta traición, si viere aparejo.

E el rey pensó un poco e dixo:

—No hayáis dubda, ca si Merlín es en la corte no lo sufrirá en ninguna manera, que el rey sea así muerto, ca lo ama de todo corazón.

—¿Cómo, dixo ella, e Merlín es en la corte?

—Sí, dixo el rey, ca ahí lo dexé.

Dixo ella:

—No ha el rey que temer, ca bien sabe Merlín cuanto se face dentro e fuera de la corte. E por esto de creer es verdaderamente que fallaremos este muerto e el otro donde él fabló, tanto que lleguemos a la corte.

—Yo lo creo bien, dixo el rey.

Estonces dexaron de fablar e dormieron fasta la mañana. E cuando fué la mañana levantóse el rey, e mandó ensillar e armóse e fizo sobir a la doncella en su caballo, e cabalgó él e entraron en su camino e fuéronse contra Camalot. Tanto andovieron que llegaron a la fuente do él fallara la doncella que le dixera que tornase e fablaría con él; e fallaron el caballero muerto e la doncella así mesmo; e comidos de bestias e de

aves, salvo las cabezas solas e los huesos que quedaron ahí. E cuando el rey esto vió hobo grand pesar e dixo:

—¡Ay Dios, esta doncella fué muerta por fallicimiento de mi ayuda, ca si yo tornara cuando me ella llamó e la acorriera no muriera así! ¡Ay Dios, cómo soy pecador e cativo, que esta mala ventura me avino por mi pecado: esta doncella e este caballero fueron muertos por mí!

E comenzó a facer su duelo grande, además ca bien quisiera morir e llamóse cativo más que todos los otros caballeros. E la doncella que esto oyó hobo grant pesar, e díxole:

—Señor, ¿qué es esto que facés? Cierto no vi hombre de tan pequeño corazón como vos, que lloráis por muerte de una doncella; no lo fagáis, ca no es bien. Cierto no oyera ninguno esto fablar, que os no tenga por de poco ánimo.

E el rey respondió con gran pesar:

—Cierto, doncella, si yo tengo dolor no es maravilla, que bien conozco verdaderamente que esto me vino por mi pecado.

—¿Por qué os querés matar que ya esto fecho es, e bien debéis pensar que en vos facer tan gran llanto, que no os verná por ello sino mal?

—Verdad es, dixo él, mas pésame que me siento culpado; mas consejadme qué faga.

Dijo ella:

—Levarés la cabeza de la doncella a la corte, porque sepan esta maravilla. E el caballero levarés aquella ermita donde será enterrado.

E mostróle la ermita, que estaba cerca de una peña alta. E dixo que este era el mejor consejo que ella habia. Entonces dió la cabeza a la doncella que la levase colgada ante sí. E él tomó el caballero e púsolo ante sí, e levólo a la ermita e falló que el ermitaño no saliera de su celda, e descendió en un pequeño corral de la capilla e metió dentro el caballero. E contó al ermitaño cómo fallara muerto al caballero, e que no sabía en qué manera fuese muerto e rogóle que feciese enterrar el caballero. E el ermitaño le dixo: que después que acabase su misa que lo enterraría dentro en su capilla, e que le no podía mayor honra facer.

—Señor, dixo el rey, mucho lo decís bien.

Como el ermitaño lo dixo ansí lo fizo, e después que lo hobo fecho

agradesciógelo el rey mucho. E partióse dende con su doncella, yéndose fablando en lo que les placía.

Fuéronse a Camalot, e llegaron a hora de viésperas. E cuando los de la corte vieron tornar al rey e a la doncella fueron maravillados, cuanto más que vino sano; e recibiéronlo muy honradamente, e el rey Artur fué con él muy alegre, ca lo amaba mucho. E desque fué desarmado tomó la doncella por la mano e díxole:

—Rey, veis aquí mi demanda bien acabada.

—Cierto, sí, dixo el rey, e Dios haya gracias. Nunca oí decir de hombres a quien tan bien aveniesen como a vosotros todos tres que de aquí salistes; no hay tal que no tornase sano e bueno, e que no acabase su demanda.

Entonces trixeron los Sanctos Evangelios e juró el rey Pelinor ansí como los otros. E el rey Artur le mandó que le contase todo lo por él acaescido en la demanda. E el rey Pelinor lo contó todo según le había sucedido, e en como oyó fablar de la ponzoña que le querían dar.

—Por Dios, dixo el rey, nos de eso bien estábamos advirtidos, que Merlín nos lo descubría todo. E aquellos que tal traición querían acometer ya son aquí conocidos.

E contóle todo lo acaescido así como arriba es dicho. E mostróle la cabeza de la doncella que lo llamara a la ida, e que a la venida la falló muerta. E Dios era testigo el pesar que dello había.

—Cierto, dixo el rey, derecho es que grand pesar tengáis, ca mucho sois de culpar, ca bien creo verdaderamente que si os tornárades que no fuera la doncella muerta, e que fallara algún consejo en vos.

E el rey esto diciendo, llegó Merlín e dixo al rey Pelinor:

—Señor, ¿sabés quién es la doncella?

—Cierto, dixo el rey, no, e bien lo querría saber.

E Merlín comenzó a pensar e dixo:

—Cierto, señor, en toda la casa del rey Artur tan buen hombre como vos no hay, ni donde él fallase si menester le fuese tan grand lealtat. Mas cierto, siempre Nuestro Señor envía a los buenos e a los derechos saña e pesar en este mundo que no face a los malos. E esto os debe consolar mucho en esto desta doncella.

—Merlín, dixo el rey Artur, decís verdad, que esto siempre ansí aviene como decís.

—Señor Merlín, dixo el rey Pelinor, por Dios, vos que sabéis todas las cosas, que ya no os será cosa escondida, decitmel o que os preguntare, e si me ficierdes cierto mucho me farés señalada honra.

—Yo bien sé, dixo Merlín, lo que vos querés preguntar; sofridvos e deciroslo he tan escuramente que lo no entenderés. Vos querés que os diga quién es esta doncella, cuya es la cabeza que aquí traxistes. Agora yo no os diré su nombre ni quién es su padre ni su madre, mas dirésos una palabra por que la podrés conocer si fuerdes cuerdo. Acuérdeseos cuando érades en Monter habrá dos años en una vuestra cibdad e teníades ahí cortes, e veniera ahí gran caballería de cerca e de lueñe.

—Bien se me recuerda, dixo el rey Pelinor, e nunca fué tan alegre como aquel día.

—Bien puede ser, dixo Merlín. E agora vos diré, dixo Merlín, por qué vos esto dixe. Cuando estábades a vuestra mesa con vuestros ricoshombres, e vestido de paños reales e vuestra corona en la cabeza, e cuando os habían traído todos los manjares, vino entonces ante vos un hombre que os dixo:

—Rey, quita esta corona de la cabeza, ca no te está bien; e si la tú no quitas el fijo del rey muerto te la quitará, e así la perderás e no será grand maravilla, ca por tu maldad e por tu pereza dexarás tú a leones comer tu carne; aquel año mesmo serás metido en poder de otro.

—Ansí vos dixo aquel hombre la significanza de vuestra muerte e que entraríades en poder de otro, empero no sabíades qué se decía, sino lo que le venía a la boca.

—Cierto, dixo el rey, todo eso me dixo e bien conozco yo algo dello, e es verdad que me dixo que entraría en poder de otre, ca so en compaña de mi señor el rey Artur; mas de lo que me dixo que me dexaría comer mi carne a leones, esto no sé qué se es, si lo vos no sabéis.

Dixo Merlín:

—Saberlo heis después, ca no os digo cosa que os ansí no venga. E si os dixo que el fijo del rey muerto os tiraría la corona, e si os no aveniere así mentirvos he. Cierto cuando esto aveniere será grand dampno en el reino de Londres.

—Aun con todo esto, dixo el rey, no me decís lo que vos pregunté: ¿quién fué la doncella?

—Ya os lo dixe cuanto pude, dixo Merlín, e non vos descubriré

más, porque breve lo sabrés; e cuando lo supierdes vos creed que nunca tan grand pesar hobistes. E aun os diré más que vos no pensáis.

E por el grand placer que hubo de lo saber rogóle que gelo dixese e por cosa del mundo no le descubriese nada, que bien sé que no me dirés cosa por mi mal.

—Cierto, dixo Merlín, verdad es e quiérooslo decir, pues me tanto rogáis. ¿Oístes vos lo que la doncella vos dixo cuando pasábades?: «¡Ay caballero malo e soberbio, Dios te faga tanto vivir que hayas menester tan gran ayuda como ahora yo he, e no falles ayuda más de cuanta yo fallo en tí!». Todo esto os dixo la doncella.

—Verdad es, dixo el rey.

—Cierto, dixo Merlín, ella era tan santa doncella e tan buena mujer que Nuestro Señor oyó su ruego. Creed que todo os así averná como ella lo rogó a Dios, que vos morirés por fallecimiento de ayuda ansí como ella fizo. Entonces se acabará una palabra que vos fué dicha el primer día que tomastes corona, e díreos cuál. E bien sé que os membrará cuando vuestros arzobispos e vuestros obispos vos coronaron, e oístes la misa e fuistes ante el altar e comenzastes a rogar con lágrimas que os defendiese, que no muriésedes por fallecimiento. Entonces vino una voz e vos dixo que estuviésedes sin falta ni temor; e aquella no fué voz, que la respuesta e mandato de Dios es que dixo: «Rey Pelinor, así como tú fallecerás a tu carne, te fallecerá tu carne».

—Cierto, dixo el rey, verdaderamente esta palabra fué así, e pienso mucho en ella, ca no puedo entender qué es. E por ende rogaría e ruego a vos que lo sabéis que me lo dixésedes.

—Esto no os diría yo, dixo Merlín, en ninguna manera, ca no hay cosa por que yo descubriese las cosas que el Alto Maestro puso en su voluntad. E sabe bien que ningún hombre que en el mundo viva no vos lo puede decir, si no yo; e por esto no lo sabrés fasta el día de vuestra muerte; mas entonces sin falta lo sabrés tan bien como yo.

—Agora sea, dixo el rey, de mi vida e de mi muerte la voluntad del que me fizo, ca si Él quisiere, perderme he, e si Él quisiere escaparé de todo peligro.

Entonces le comenzaron a salir lágrimas por los ojos. E Merlín dixo:

—No has menester de ser de poco esfuerzo, ca ninguno no puede estorbar la voluntad de Dios que no sea.

—Dexad esto, dixo el rey Artur, e fablemos en otras cosas. No vos pese de la muerte, ca por aquella carrera conviene que pasen viejos e mancebos, que ninguno no escapará.

Destas cosas e de otras muchas fablaron aquel día. E Merlín dixo que si quería saber cúyo fijo era Tor, que él gelo faría ver. El rey dixo que mucho lo quería saber.



Capítulo XXXIV

De cómo Merlín fizo a su madre de Tor que dixese quién era su padre de Tor, e paresció ser su padre el rey Pelinor

Merlín dixo al rey Artur:

—Señor, faced delante vos venir a la madre de Tor e verés si es verdad lo que yo os dixe.

E el rey envió por ella. E llegado el mensajero ella se maravilló qué el rey la quería, e vino luego a palacio e envió un hombre suyo e un paje a facer saber al rey que era venida y qué mandaba. El rey como lo oyó apartóse a una cámara e fizo ir consigo a Merlín, e al rey Pelinor e a otros de los mejores de su casa; e asentóse el rey, e fizo que entrase allá la madre de Tor. E entrada dixo Merlín a la dueña:

—Dueña, veis aquí el rey Artur, que es vuestro señor, que vos ruega que le fagáis conocer el padre deste caballero.

E mostróle a Tor. E respondió ella e dixo:

—Señor, su padre puede si quisiere muy bien conoscer él, ca es un hombre pobre labrador de tierra; e creo que alguna vez lo vió, ca él lo trixo aquí para facerle caballero.

—Dueña, dixo Merlín, no os demandamos de aquel que lo crió, mas de aquel que lo engendró. Bien sabemos por verdad que no salió él de villano, mas de fidalgo.

Entonces dixo la dueña:

—Cierto, señores, la verdat yo os la contaré, que no os mentiré en cosa. Yo seyendo moza de poca edad vino a mí un caballero e durmió comigo, e yo concebí dél este fijo. E esto sabe bien Dios, e jamás nunca vi al caballero ni nuevas dél. E cierto me hubo virgen, que no había más de quince años.

E dixo el rey:

—Por esto que vos me decís, no me decís quién es su padre de Tor.

—Cierto, dixo ella, no, que non lo sé.

Entonces comenzó Merlín a reír e dixo:

—¿Quién vos lo mostrase conocerloíades?

—No, dixo ella, según yo creo, ca lo nunca ví, sino una vez, e ha grand tiempo esto.

E Merlín dixo:

—Pues sabed que aquí es entre nos.

E tomó al rey Pelinor por la mano e dixole:

—Dueña, vedlo aquí.

E ella embermejesció con vergüenza, e él otrosí.

E Merlín dixo:

—Yo os daré señas, por que conoscerés que es él. Vos la fallastes cabe una mata pequeña, e estaba cabe ella un galgo e un mastín. E vos fecistes ir delante de vos todos vuestros hombres, porque fengistes que queríades fablar con un ermitaño, de penitencia. E esto fué a tres trechos de ballesta de un castillo que ha nombre Amina. E vos cuando la vistes tan fermosa apeástes os e distesle el caballo a tener fasta que os desarmastes e dormistes con ella dos veces, a su grand pesar. E después que hobistes complido vuestro querer dexistesle:

—Yo creo que quedáis preñada.

—E armástes os e sobistes en vuestro caballo, e quesistes la levar con vos; mas ella no quiso, antes comenzó a fuir cuanto pudo, diciéndoos mal de corazón. E cuando vistes que no quería ir con vos, tomástesle el galgo, que era todo blanco e levásteslo e dixistes que lo amaríades por su amor, e lo guardaríades; e así os acaesció como digo. Agora ver, rey, si yo digo la verdad.

—Cierto, dixo el rey, vos no faltáis en cosa, que ansi fué todo como dices.

Entonces dixo Merlín a la dueña:

—Dueña, ¿paresce que os digo verdad?

—Sí, dixo ella; ¡e cuánto yerran los que dan testimonio contra vos, que non decís la verdad de todas las cosas!

—¿Conoces este hombre?, dixo ella.

—Sí conozco, por aquella llaga que fué en esta corte sano. E

conozco yo mejor que vos, que sé la hora e el término en que fué engendrado.

—Si conoces cierto, pues creed que cuanto me más vierdes más me conoceréis.

—Cierto, dixo la dueña, yo os creeré bien, que el diablo ha poder de enseñar sus saberes en tantas formas y en tantas maneras, que no hay en el mundo tan cuerdo ningún hombre que non engañen a las veces. E yo sé bien, así como muchos dicen, que vos fuistes fijo del diablo, por lo cual no es maravilla que vos yo no os conociese luego do os viese, ca el diablo se encubre e se esconde siempre lo más que puede.

Entonces comenzaron a reir cuantos ahí estaban e decían a Merlín:

—¿Qué os paresce desta dueña?

Dixo Merlín:

—Yo no puedo decir cosa della si no todo bien, ca la buena dueña dice verdad. Mas no me quiere conocer lo que digo; mas yo le diré por qué lo face ella.

E ella respondió sañuda con enojo que dél tenía, e dixo:

—Agora conozco sin falta, Merlín, que vos no sois de la manera de los otros diablos. Esto sabemos nos bien, que quieren siempre que el pecado de cada uno sea encubierto, así que no salga por la boca del pecador, sino fuere por escarnio o por profació. E vos ansí querés que descubra el mío. E yo descubrirlo he, mas creed que Dios no os dará grado, ca no lo facés por amor dél, ni por emendar a mí, sino por enseñar vuestro saber.

Entonces dixeron los ricoshombres:

—Merlín, ¿no os parece esta dueña que es sabida?

Dixo Merlín:

—E tan buena dueña que yo le sufriría que me dixese peor de lo que me dice.

Entonces dixo la dueña al rey:

—Cierto, Señor, non vos mentiré, antes os lo diré todo, pues que a decir me conviene. Sabed que Tor, mi fijo, no es fijo de mi marido, antes lo fizo en mí aquel caballero en aquella semana que yo fué casada, desque durmió conmigo en un monte.

Nuevamente dixo el rey:

—¿E creéis ciertamente que éste es el padre de Tor?

—Sí, dixo ella, verdaderamente lo sé.

Entonces dixo Merlín a Tor:

—Agora podés vos ver e conocer que no sois fijo de villano, ca cierto si vos fuésedes fijo de villano, vos no habríades memoria de caballería; mas no puede ser que fidalguía no se muestre por encubierta que esté e encerrada.

Entonces dixo el rey Pelinor:

—Agora habedes tanto ganado como habéis perdío, ca vos cobráis uno por otro.

E el rey le rogó que le ficiese mejor entender aquéllo.

—Yo no vos lo diré agora, dixo Merlín, mas breve lo sabrés; e vos no ganaréis ahí cosa, si lo agora dixese. Mas tanto os digo bien: que éste es vuestro e amaldo, ca bien se demostrará por vuestro fijo en caballería, ca si luengamente vive no habrá en esta casa sino pocos caballeros mejores que él.

Así se fizo el alegría grande entre cuantos ahí eran, e el rey Pelinor corría contra Tor e Tor contra él. E besó el padre al fijo e el fijo al padre muchas veces. E dixo Tor que se tenía por bien aventurado por el rey Pelinor ser su padre; e el rey Pelinor decía lo mesmo de Tor, e que se tenía por el más rico del mundo, ca tanto bien viera en su comienzo, que bien sabía que no fallescería en ser hombre bueno, si viviese. E la dueña desque vió que así era, despedióse del rey Artur e besó a su fijo e dixole:

—Fijo, vos fuistes criado en pobreza, e Nuestro Señor os ama tanto que os quiere poner en alteza e en buen andanza. Por ende dad gracias a Nuestro Señor, ca El es poderoso de os ensalzar e de os abaxar e tornar a nada. Y en esto vos debéis catar, ca El no vos dió a guardar sino una alma; e si le vos aquélla dierdes, entonces vos terná El por bueno e por su leal caballero; e si la vos metés en poder de otre e la dierdes al diablo, cierto os valdría más ser pobre labrador como uno de vuestros hermanos.

E Tor le respondió:

—Señora, yo pensaré bien della, si Dios quisiere.

E ella se partió entonces de la corte, e fuéronse con ella muchos hombres buenos e honrados, e el rey Pelinor le fizo después mucho bien, de lo cual aquí no face mención. E cuando la madre de Tor se partió de la corte e todas estas cosas así pasadas, preguntó el rey a la doncella cazadora, luego que le dió los galgos e el sagüeso e la cabeza del ciervo:

—¿Doncella, somos bien quitos de vos?

—Cierto, dixo ella, sí, que yo no creía que tan bien lo pudiésedes vos facer. E pues cosa no me fallesce de lo por que aquí vine, quiérome de vos despedir e ir para mi tierra.

—Doncella, dixo el rey, antes folgarés aquí con las dueñas e con las doncellas de la reina, e yo vos digo que vos serés bien festejada e honrada, tanto como la más alta dueña del mundo, si Dios me ayude.

Dixo Merlín:

—Vos farés grand derecho, sabiendo como yo lo sé quién es.

Entonces se llegó al rey e díxole cómo era fija de rey e de reina:

—E si le ficiéredes honra todo el mundo vos lo gradescerá.

E el rey dixo que toda honra y todo amor le faría. Estonces rogó a la reina que la tomase e le ficiese honra sobre todas las otras doncellas de su casa. E la reina dixo que lo faría muy de grado; e tanto le rogaron que ella les otorgó que quedaría con ellas algunos días. E preguntóle la reina cómo había nombre de bautismo; e ella le dixo que había nombre Viviana, e que era fija de un buen hombre en la pequeña Bretaña, mas no quiso decir que era fija de rey. E según por las crónicas francesas se dice, esta doncella fué aquella que después fué llamada la Doncella del Lago, e aquélla crió después a Lanzarote grand tiempo, e por ende hobo nombre Lanzarote del Lago, así como la historia de Lanzarote lo recuenta. Mas la historia del Sancto Greal no fabla désto cosa, antes fabla de otras cosas, según que oirés en la dicha crónica.



Capítulo XXXV

De cómo el rey preguntó a Merlín quién era la doncella de quien el rey Pelinor traía la cabeza, e otros secretos le preguntó segunt que adelante se sigue

Otro día en la mañana llamó el rey Artur a Merlín, estando sentado en su sala acompañado de muchos grandes de su corte, e díxole:

—Ruégoos que me digáis quién fué la doncella de quien el rey Pelinor traxo su cabeza.

Díxo Merlín:

—A mí place, ca bien sé que no me descobrirés.

—No, sin falta, díxo el rey.

—Sabet, díxo Merlín, que la doncella era fija del rey Pelinor, e venía a vuestra corte por fablar con él, e aquel caballero que ante ella yacía era su primo, e partió de su tierra por la guardar fasta aquí. E por eso le díxe yo que había ganado tanto como perdido, ca hobiera fijo por fija que perdiera.

E el rey Artur se maravilló, e díxo:

—Decid, Merlín, si os place, ¿qué quiere esto decir que dexistes: «E tú fallecistes a tu carne, e tu carne fallecerá a tí, e esto será la cosa por que morirás más breve»?

—Si yo vos dixese, díxo Merlín, cuanto sé, mucho mal podría venir. Vos sois mancebo e no lo podréis encobrir.

El rey díxo:

—No me dirés cosa que yo os descubra, ni pasaré vuestro mandado.

—No, dixo Merlín, mientra que estoviere con vos, mas cuando me de vos partiere e no me vierdes conoceréis cuál amigo en mí habéis perdido. Entonces querríades haber dado parte de vuestro reino por me tener cabe vos.

Dixo el rey:

—Bien sé que tú, muerto, tan sabido no quedará en el reino de Londres, ni que tanto daño faga. Mas desto no puede ninguno escapar. Mas decidme esto que os demando.

—Bien os lo diré, dixo Merlín, mas con protestación que nunca lo descubráis fasta que sea fecho.

—Yo os lo prometo, dixo el rey.

E Merlín dixo:

—La palabra fué tal: «Así como tú fallecerás a tu carne», a la su carne falleció él. Esto sabés vos bien, porque os lo yo conté, ca él falleció a su fija; ca averná un día ante de doce años que el rey Pelinor entrará en una demanda, e fallará en una floresta que yo sé bien el fijo del rey muerto, e será en aquella hora llagado de muchas llagas, así que el fijo del rey muerto lo dexará tan mal tratado, que quedará en el campo como medio muerto e amortecido. Estará desde hora de nona fasta hora de viésperas. E después que tanto estuviere abrirá los ojos; entonces verá venir contra sí dos caballeros armados: el uno será Quía, vuestro mayordomo, e el otro Tor; e Quía fuirá ante Tor e Tor irá en pos dél. E cuando el rey Pelinor viere su fijo, darle ha voces e decirle ha:

—Tor, mi buen fijo, torna e no vayas malandante; mas torna acá que te he menester.

E Tor lo oirá bien, mas no creerá que es su padre, ante pensará que lo dice por escarnio, e pasará por él, que sólo no lo catará. E el rey quedará así, que no habrá poder de se mover. E cuando fuere la noche tornará por allí el fijo del rey muerto, así como las malas aventuras suelen venir a los hombres buenos, e conocerá el rey Pelinor e cortarle ha la cabeza, que otra mercet no le habrá.

—Cierto, dixo el rey, esto será grand dampno, e si lo yo pudiese estorbar estorbarloía sin lo decir a ninguno dellos.

—Tanto lo podés estorbar, dixo Merlín, cuanto podés estorbar que no viviese el niño, e que no saliese a salvo de peligro de la mar, por quien esta tierra ha de ser destroída.

—¡Cómo, dixo el rey, e no es muerto!

—No en verdad, dixo Merlín, ante lo cría un ricohombre vuestro con un su fijo; e guárdalo muy bien e son los niños de una edad. E aun vos digo que matará después de crescido a éste de quien agora os fablo.

El rey se maravilló e dixo:

—¡Maldita sea la hora en que fué engendrado, ca es por fuerza que haya de facer mal!

Dixo el rey:

—Pues de los otros niños, ¿qué me dirés?

—Yo os digo, dixo Merlín, que son vivos e que non hobieron peligro ninguno, que los falló un ricohombre e los metió en su corte e fízolos muy bien criar.

—¿E aquel mal niño, dixo el rey, es con ellos?

—Non, dixo Merlín, antes es bien lueñe.

Así que mucho fablaron en esto y en otras cosas el rey Artur e Merlín. E después fuéronse a acostar, Merlín a una cámara, casi junto donde el rey dormía, e el rey se fué con la reina.

E Blaisén era en Camalot, e Merlín le decía todas las aventuras como venían, e grand pieza de las que habían de venir, así que él ordenó bien su libro. E ya que fué llegado hora de viésperas, Blaisén se partió de la Grand Bretaña, e Merlín se llegó a la doncella cazadora, aquella que llamaba Niviana; e tan presto que la acompañó la amó desigualmente, ca era muy fermosa e no había más de quince años, e era muy sabida por su edad. E ella entendió bien que Merlín la amaba de corazón e fué muy espantada, ca hubo temor de ser escarnida por su encantamento, o que dormería con ella por sueño; mas desto no había él voluntad, ca no había cosa en el mundo por que él pesar le ficiese. E así estuvo la doncella en la corte cuatro meses. E Merlín la vía cada día, como aquel que la amaba mucho de corazón. E cuando ella lo vió que rescebía por ella grand pena, dixo:

—Yo no os amaré en ninguna manera, si me vos no prometéis que me enseñarés de los encantamentos que sabéis los que yo quisiere.

Merlín comenzó de reir e dixo:

—No hay cosa en el mundo que yo sepa que de buen grado no os lo enseñe, que no hay cosa que yo tanto ame como a vos.

—E pues me tanto amáis, dixo ella, quiero que me prometáis que

contra mí no faréis cosa por encantamento, por vía alguna que vos creáis que me averná pesar ni saña.

E él lo prometió así. E desde allí se acompañó la doncella con Merlín, no en tal manera que él hobiese cosa en ella, mas entendía que ella lo amaba infinito e que habría della su virginidad, ca bien sabía él que aún ella era virgen. E comenzóle de enseñar tanta de nigromancía e de encantamentos que supo tanto e en algo más que el mesmo Merlín. E en aquella sazón avino que el rey de Urberlanda, que comarcaba con Bretaña la pequeña, envió al rey Artur sus letras en que decía:

«Rey Artur: Yo vos ruego por cortesía que me enviéis a Niviana con estos mis caballeros que vos envío, e gradézcoos mucho cuanto bien e honra le fecistes».

E cuando el rey vió estas letras fué a la doncella e díxole:

—Vuestro padre envía por vos, ¿querés ir o quedar?

—Señor, díxo ella, quiero ir, pues por mí envía.

—Mucho decís bien, díxo el rey.

—Si él no fuese mi padre, díxo ella, más me querría quedar aquí que no de ir, ca mucho me contenta vuestra corte. Cierto, señor, si yo quisiese quedar fuera de casa de mi padre, non hay logar en el mundo do más de grado quedase que aquí en vuestra corte. Cierto, mucho hay grande razón porque lo debo facer; mas pues que mi señor, mi padre, quiere que me vaya para él, irme he por cumplir su voluntad.

—Esto es lo mejor, díxo el rey. E por eso os amo más.

E pasados dos o tres días Niviana se partió de la corte del rey Artur para se ir a su tierra, de lo cual pesó mucho a la reina e a las damas, ca mucho se facía amar de todas. E aquella noche vino Merlín a ella e díxole:

—Señora, ¿querés os ir?

—Sí, díxo ella, ¿e vos qué faréis?, ¿querés ir comigo?

Esto decía ella porque en ninguna manera no se querría ir con ella.

—Cierto, díxo él, sin mí no os podéis ir, que yo no vaya con vos a vuestra tierra; e ido allá, si querrés que con vos quede, quedaré. E si no, tornarme he, que no hay cosa en el mundo que os pluguiese que yo recelase de la facer.

E cuando ella oyó que quería ir con ella hubo gran pesar, ca no

desamaba cosa en el mundo tanto como a él; mas no osaba mostrarlo. Antes fizo semblante que le placía, e gradescióle mucho porque le dixo que iría con ella. E en la mañana, en tanto que la doncella oyó misa, cabalgó, e Merlín con ella; e non se despidió Merlín del rey, ca bien sabía que lo no dexaría ír.



Capítulo XXXVI

De cómo Merlín e la Doncella del Lago se partieron de la corte para ir a casa de su padre, el Rey de Urberlanda

Cuando se partieron de Camalot anduvieron tanto por sus jornadas que llegaron al mar, e entraron en una nave; e dióles Dios tal tiempo tan próspero que en pocos días entraron en la pequeña Bretaña, e pasaron por la tierra del rey Van de Venuit; e si non fuera Merlín con ellos hobieran grand riesgo, ca entonces era la guerra tan grande entre el rey Van de Venuit e el rey Claudes de la Desierta, que ninguno no osaba por ahí pasar seguro. E en aquel día fueron aposentarse en un castillo del rey Van de Venuit, que estaba en una peña alta e maravillosa; e era aquel castillo uno de los más fuertes que hombre supiese en toda la tierra, e llamábanlo Table; e el rey Van de Venuit no era entonces en aquel castillo, antes era en otro lugar, cerca de allí, do mantenía la tierra contra Claudes. Mas la reina su mujer, que llamaban Elena, era ahí. E ésta era una de las más fermosas mujeres que había en la pequeña Bretaña, e la mejor dueña a Dios e al mundo. E entre ella e su marido no había más de un fijo de un año; mas de su edad era la más fermosa criatura del mundo, e llamábanle los de casa Lanzarote, mas había nombre de bautismo Galaz. E la reina Elena tanto que conoció la doncella de Urberlanda, plúgole mucho con ella e rescibióla muy bien. Esta Urberlanda, donde os yo fablo, es el reino de Urberlanda que está entre el reino de Morgales e de Gorra, ca esta Urberlanda es la pequeña Bretaña e la otra es la grande.

Mucho plugo a la reina Elena, ansí como vos ya dixe; e comió la doncella con ella e fízole grand fiesta, e después que comieron fizo traer

su fijo que lo viese la doncella. E cuando la doncella lo vió católo bien e dixo:

—Cierto, fermosa criatura eres; si tú puedes vivir en edat de veinte años, tú serás el que no habrás par entre todos los otros.

E desta palabra se rió Merlín e todos los otros. E llegóse Merlín a la doncella e díxole:

—El vivirá más de cincuenta años, mas en ningún tiempo no será tan loado de beldad como de caballería; e bien podrés creer que antes dél nin después no será tal caballero como él.

E ella dixo:

—Bendito sea Dios que me dexó haber tal criatura.

E besólo más de cient veces. E la que lo criaba tomólo e levólo para su cámara. E la reina dixo a la doncella:

—Doncella, mucho nos sería menester que este mi fijo fuese mayor que es, que siempre habemos guerra con un nuestro vecino.

Dixo la doncella:

—¿Cómo ha nombre?

Dixo la reina:

—Claudes de la Desierta, e es el más mal hombre del mundo; e Dios me dé dél tal venganza que mi corazón contento sea. E nunca tanto desamé a hombre como a él.

—Dueña, dixo Merlín, aún lo más desamarás; pero verná tiempo antes que muera Lanzarote que Claudes no habrá un palmo de heredad en esta tierra, antes se partirá pobremente vencido del campo; e fuirá a otra tierra.

E dixo la reina:

—Si aquel día yo viese sería contenta, que no hay cosa que tanto desamo, ca me torna pobre.

—No os desconfortés, dueña, dixo Merlín, ca todo así será como yo vos lo digo.

—Dios lo faga así, dixo ella, que así sería yo alegre.

Así fabló Merlín de Claudes; e después así avino todo, e la reina nunca preguntó quién era, que jamás no creía que Merlín viniese aquella tierra.

E a la mañana, cuanto la doncella oyó misa, cabalgó e partióse del Temble, e su compaña con ella. E anduvieron tanto que llegaron a una dehesa pequeña, que era la más fermosa de su grandez que

había en Francia e en Bretaña, e llamábanla Dehesa del Valle, porque la mayor parte della está en un valle. E cuando llegaron a ella, dixo Merlín:

—¿E queréis vos, señora, ver el lago de Diana de que vos muchas veces oístes fablar?

—Sí, dixo ella, mucho me placerá e cosa no podría ser de Diana que yo no viese de grado, porque amó en su vida el saber del monte e de la caza, así como yo.

—Vayamos, dixo Merlín, e yo os levaré.

Estonces se fueron por un valle, tanto que llegaron al lago de Diana, e era grande e bien alto. E dixo Merlín:

—Veis aquí el lago de Diana.

Estonces pasaron adelante tanto que vieron un padrón, e cabo el padrón había un monumento de mármol.

—Doncella, dixo Merlín, en este monumento yace Faunos, el amigo de Diana, que la amaba de todo amor, e ella le fué tan villana que le fizo morir por la mayor deslealtad del mundo. E tal galardón le dió del grant amor que le había.

—¿Es verdad, dixo la doncella, que así mató Diana a su amigo?

—Verdad es, dixo él, sin falla.

—Contat cómo fué, dixo ella, que lo quiero saber.

—De grado, dixo él, os lo diré. En el tiempo de Virgilio, un tiempo ante que Jesucristo viniese a la tierra, Diana amó sobre todas las cosas la caza del monte. E después que anduvo cazando por todas las tierras e montañas de Francia e de Bretaña, no falló ningún lugar con que tanto le pluguiese como con éste, e quedó aquí e fizo sobre este lago sus casas; e de día iba a caza e de noche tornábase aquí. E desta manera vivió en esto grand tiempo, que no facía sino cazar e tomar venados; tanto que un fijo de un rey que tenía esta tierra, que había nombre Faunes, la amó por la grand beldat que en ella vió, e porque era tan buena e tan viva e ligera e sofridera de afán que ningún hombre no podría tanto trabajo sofrir de caza como ella. E él non era aún caballero, mas niño fermoso e despierto, e ella amólo tanto que le prometió su amor por tal pleito: que se partiese de su padre e que otra compañía no quisiese sino la suya. E él gelo prometió e quedó con ella; e ella, por amor dél e porque con este lugar le placía, fizo sobre este lago su morada muy rica e muy fermosa. E así fué

Faunes como perdido e dexó a su padre e a sus amigos e a todas las otras compañas por amor de Diana. E él vivió con ella bien dos años, e amó ella otro caballero que la falló así cazando como Faunes; e aquel caballero llamaban Félix e era de baxo linaje e pobre, e por bondad de armas fué caballero. E sabía bien que Faunes era amigo de Diana, e dixole que si lo ahí fallase que le faría escarnio. Estonces dixo Félix a Diana:

—¿Vos quereisme bien así como decís?

—Verdad es, dixo Diana, e más vos amo que a hombre que fuese en el mundo.

—Désto, dixo él, no me puede bien venir, ca si vos yo amase mucho no osaría venir a vos, ca Faunes es tan poderoso, e tanto que lo supiese faría destruir a mí e a mi linaje.

—Désto, dixo ella, no temáis ni dexés por ende de venir.

—Cierto, dixo él, yo no verné a vos si os no partís dél.

—Yo no podré, dixo ella, quitarme dél mientra él fuere vivo e sano, ca me quiere tan grand bien que no ha cosa en el mundo por que se de mí partiese.

—E cierto, dixo Félix, a quitar os conviene dél, si no yo so quito de vos.

E Diana amaba a Félix tanto que faría cualquier cosa por su amor. E pensó que faría morir a Faunes por alguna manera, o por ponzoña o por otra vía. E con este concierto no se fabló más e dióle cuenta del edeficio que allí estaba, e comenzó a decir:

—Este monumento que aquí veis estaba entonces aquí como agora está, e era lleno de agua de su propiedad de la piedra, e encima había una campana. Entonces había en esta tierra un encantador que llamaban Damefori, que encantaba esta agua, que todos los llagados que della bebiesen eran sanos e guaridos. E después désto avino un día que Faunes era llagado de una llaga que un puerco le diera. E Diana, que no pensaba en otro sino en su mal e en su confusión, tanto que supo que era llagado fizo sacar el agua del monumento por que no fallase ahí el agua con que guareciese. E cuando él llegó y no falló del agua, hubo grand pesar e dixo a Diana:

—¿Qué faré que soy muy mal llagado?

—Non hayáis miedo, dixo ella, que yo os remediaré bien. Despojaos e tendedvos en este monumento, e cobrirvos he desta piedra e

echarvos he dentro yerbas por un forado que tiene la piedra; e las piedras tienen tan grand virtud que luego serés guarido, tanto que sufráis un poco de la calentura de lo en que fueren cocidas las yerbas.

E él, que no creía que cosa de su mal le quisiese, echóse en el monumento desnudo, e la piedra fué luego puesta sobre él, que era tan pesada que él no podía salir si gela no alzasen. E tanto que él fué dentro, Diana, que pensaba en todo su mal, fizo derretir mucho plomo e echólo en aquel forado por el monumento, e fué luego muerto. E luego dixo ella a Félix:

—Quita soy de Faunes, que vos tanto dubdábades.

E contóle cómo. E cuando Félix oyó la traición que Diana ficiera, dixo:

—Cierto, todo el mundo os debría desamar e ninguno no os debría amar ni preciaros, e ni yo no faré.

Entonces tomó a Diana de los cabellos e sacó el espada, e cortóle la cabeza e después echó el cuerpo della e la cabeza en el lago. E porque Diana fué echada allí e porque tan de grado vivía allí, llaman este lago e llamarán cuanto el mundo durare el lago de Diana.

—Agora vos conté, dixo Merlín, cómo Diana mató a su amigo e cómo el lago fué llamado el lago de Diana.

—Cierto, Merlín, dixo la doncella, vos me lo contastes todo muy bien. Mas decidme, ¿qué fueron de las casas que aquí habían fechas?

—El padre de Faunes las destruyó, dixo Merlín, luego que supo que su fijo era allí muerto.

—Mal fizo, dixo ella, que a maravilla eran fechas en lugar tan bueno, e en él era grand placer, que ya, Dios no me ayude, si me partiere de aquí fasta que haya aquí fechas tan buenas casas como nunca aquí fueron, si por hombe pueden ser fechas, en que yo more mientra viviere. E yo vos ruego Merlín, por el amor que me habéis, que vos trabajés ende.

E él dixo que lo faría, pues gelo rogaba. E así comenzó Merlín por esta razón facer las casas cerca del lago de Diana. E la doncella dixo aquellos que con ella venían:

—Señores, si quisierdes comigo quedar, placerme ha mucho, dígooslo porque quiero aquí quedar en días de mi vida, en tal manera que cada día iré a caza e tornaré aquí.

E aquellos que allí estaban que esto oían eran sus parientes, e respondieron:

—Sí vos place de quedar aquí más que de ír con vuestro padre, nos quedaremos con vos, que sin vos no osaremos ír a vuestro padre.

E ella díxo que le placía quedar allí.

—E yo os dígo, díxo ella, que yo he tanto de oro e plata que Merlín me dió, cuanta podemos en nuestra vída despender.

Estonces fué Merlín buscar por toda la tíerra pedreros e carpenteros e fizo facer cabo del padrón casas e palacíos tan fermosos e tan rícos, que en toda la pequeña Bretaña no los había tales de rey ní de príncipe. E después que esta obra fué complída, Merlín díxo a la doncella:

—Agora vos no vale cosa esta morada, sí la no fago tal que la no vea nínguno, salvo los que dentro moraren.

Estonces comenzó a facer su encantamento, e cerró tan maravíllosamente las casas de todas partes que no parecía nínguna cosa, síno agua; e así que quíen fuese alderrededor por de fuera, ya tanto no sabría mírar que víese síno agua del lago. E después que hobo fecho esta maestría díxo a la Doncella:

—Agora es vuestra casa bíen ataviada, e sabed que nínguno no la puede ver sí no fuere de aquí morador. E sí alguno de vuestra compaña por invídía o por desamor la quísieren enseñar a otre, caerá luego en el lago e morírá.

—Por Díos, díxo la doncella, mucho es fermoso e maravílloso este edíficío, e nunca oí fablar de tan ríca cobertura.

Así quedó Merlín con la doncella, e amábala de tan grand amor que le había, que no había cosa en el mundo que tanto amase; e por el grand amor que le había no le osaba pedír cosa por le non ensañar. El pensaba todavía que se le llegara alguna manera de la haber a su voluntad; e enseñárale ya tanta de nígromancía e de encantamento, que ella sola sabía ya más que todos los que en aquel tíempo lo usaban, salvo Merlín. E nínguno no sabrá pensar cosa nín facer juego fermoso que ella no le ficíese por encantamento; pero con todo ello no había cosa en el mundo que tanto desamase como a Merlín, porque sabía bíen que contendía él por le levar su vírginídat; e sí le pudíera luego acometer la muerte por ponzoña, facerloía muy de grado; mas no osaba porque había pavor que gelo entendería él, porque era más

sabio hombre que otro; empero ella lo había ya así encantado por aquello que dél aprendido había, que facía ella dél todas las cosas que quisiese, e Merlín no sabía cosa. E un día andaba Merlín por la casa e falló un caballero durmiendo en medio del palacio, e era pariente de la doncella, e ella estaba ahí, e Merlín dixo:

—¡Ay Dios cómo es este caballero vicioso, más que fué el rey Artur!

—¿E cómo le fué?, dixo la doncella; por Dios decidmelo.

—El hobo hoy, dixo Merlín, tan grand pavor de muerte que no creyó escapar ni escapará, si no fuera por ardimento de Quía, su mayordomo, que a dos golpes mató dos reyes; e por esto fué libre el rey Artur e fueron vencidos sus enemigos.

—Por buena fe, dixo la doncella, si vos amásedes tanto al rey Artur como él ama a vos, no lo dexaríades caer en tal peligro, antes viniérades siempre a su corte e nin vos partiérades de la corte donde él fuese.

—Cierto, dixo Merlín, yo le dexé por dos cosas: la una por amor de vos, que os amo tanto que en ninguna manera no podría sin vos allá vivir. E la otra, porque mis suertes me dicen que tan presto que ahí fuere, luego me matarán por traición.

—¿Cómo, dixo ella, e no vos podés guardar?

—No, dixo él, que so ya encantado, que no sé quién me ordena esta muerte.

—Vos soliades saber, dixo ella, tan grant cosa de las cosas que habían de venir, e ¿agora sois tornado en esto que perdistes la sabiduría?

—E aún, dixo él, yo sé grand parte de las cosas que atañen a mi vida e a mi muerte. Mas de las cosas que tañen para me guardar soy tan tollido por encantamento, que no sé darme consejo, ca los encantamentos que son fechos non los podía yo desfacer si non pierdo mi alma. Cierto, antes quiero morir por cualquier día que muera, que no perder el alma.

Destas nuevas fué la Doncella del Lago maravillada, pero fué alegre, ca no entendía tanto en ninguna cosa como en la muerte de Merlín. E Merlín no podía ya saber cosa de lo que ella facía e decía, e bien se guardaba ya dél por nigromancia.

E non tardó mucho después desto que Merlín estaba un día a la mesa e la doncella cabo él, e dixole:

—Ay Doncella del Lago, si vos amásedes al rey Artur e supiésedes lo que en su daño ordenan ¿no os placería?

—Señor, dixo ella, bien puede ser, e ruégoos que me digáis qué es.

Dixo él:

—Que Morganía, su hermana, en quien se él mucho fía tomó su espada con la vaina, e dióle otra contrafecha que le parece, e que le no vale cosa. E él se ha mañana de combatir con un caballero, e así es en peligro de muerte, ca la su espada le fallescerá cuando la más hobiere menester. E el otro terná la mejor espada de caballero que en el mundo se puede haber, con una tal vaina que hombre que la traya no perderá gota de sangre.

—Por Dios, dixo la doncella, mal andanza hay aquí e peligrosa hora, e querría que fuésemos vos e yo do la batalla ha de ser, ca cierto si el rey Artur en esta batalla es muerto, será el mayor dampno que verná en nuestro tiempo.

—E creed que será, dixo Merlín, muerto si Nuestro Señor dél no ha piedad. E esto será por un pecado que yo sé que él fizo, después que Nuestro Señor le puso en la alteza en que está.

E ella le preguntó qué fuera. E él dixo:

—Esto no vos puedo yo decir, que no cumple a mí nin a vos, ca Aquel atañe que de los grandes pecados toma entera venganza.

—Vos decís verdad, dixo ella, e era desvarío lo que yo demandaba. Mas decidme si podríades en alguna manera estorbar esta batalla, que hubiese tanto plazo que pudiésemos ir primero de aquí a la Gran Bretaña.

—Sí, dixo él.

—¿E en cuántas jornadas podríamos ir?

—En doce, dixo él,

—Ruégoos, dixo ella, que fagáis alongar el plazo e nos andemos en folgar fasta que lleguemos allá, e yo creo que el rey Artur no perderá cosa.

—Cierto, doncella, dixo Merlín, no hay cosa que más de grado ficiese que esta de ir a la Grand Bretaña, si me no temiese de muerte por traición.

—Non temáis, dixo ella, que yo vos guardaré ansí como guardaría a mi cuerpo, ca vos amo más que a hombre del mundo que sea, e tengo

mucha razón, ca vos me enseñastes cuanto sé e no tengo bien si no por vos.

—Doncella, dixo él, ¿pues pláceos que vamos a la Gran Bretaña?

—Sí, dixo ella, ruégovoslo.

—Yo iré, dixo él, pues os place, pero bien sé que fago desvarío.

Entonces mandó la doncella a algunos de los suyos que quedasen en su casa, e otros que fuesen con ella, e así lo ficieron.



Capítulo XXXVII

De cómo Merlín y la Doncella del Lago partieron de la corte e fueron a la Grand Bretaña, e lo que les en el camino sucedió

E a la mañana partió Merlín e la doncella e dos caballeros e cuatro escuderos con ellos; e los caballeros eran parientes de la doncella e sabían ya bien que no había cosa en el mundo que ella tanto desamase como a Merlín. E había fasta llegar a la mar cuatro jornadas, e anduviéronlas en breve espacio. E cuando llegaron a la mar entraron en una nave, e tovieron buen tiempo è pasaron en la Grand Bretaña. E cuando salieron de la nave subieron en sus caballos. Merlín dixo:

—Vayamos contra el reino de Gorra, que allí podemos fallar lo que buscamos.

Uno de los caballeros dixo luego:

—Si fuéremos contra Gorra, converná que pasemos contra la Grand Bretaña por la Montaña Peligrosa.

—Verdad es, dixo Merlín, ca por ahí es la derecha carrera.

Todo aquel día anduvieron en paz, que non fallaron cosa que hombre deba poner en el libro. E otro día de mañana partiéronse de un castillo e anduvieron fasta hora de tercia, e llegaron a un llano fermoso e grande, e no había en él muchos árboles, sino dos olmos grandes e muy fermosos por maravilla. E aquellos dos árboles eran en medio del camino. E había una cruz entre ambos e había en derredor de la cruz bien cient monumentos, e cabe la cruz había dos cadiras tan fermosas e ricas como si un emperador hobiese de sentarse en ellas. E había sobre cada una un arco de alabastro, ansí como bóveda, por tal que la lluvia nin el sol no podría dañar. E en cada una cadira un hombre bueno estaba sentado con su arpa en la mano, que tañía cuando quería. E tenían en derredor de sí tantos otros instrumentos que era maravilla.

E cuando Merlín llegó cerca dél, estuvo quedo e dixo a los hombres que con él iban:

—¿Veis aquellos hombres que están en aquellas cadiras con sus arpas?

—Sí, dixeron ellos.

—Grand tiempo ha que no vistes tal maravilla. Sabed que aquel son de aquellas arpas es de tal virtud, que ningún hombre ni ninguna mujer, sinon aquellos que las tañen, no las podrían oír, si no son encantados tan maravillosamente que luego pierdan el poder que tienen de todos sus miembros; de manera que luego caen como muertos e están en tierra mientra ellos quieren.

Cuando ellos esto oyeron fueron muy espantados en oír tan grand maravilla como Merlín decía; mas algunos dellos decían entre sí que no lo podían creer ser así como decía. Esto acusaba el mal querer que ellos con Merlín tenían, a causa de la doncella que con Merlín iba, porque era parienta de ellos. Mas Merlín, que bien los entendía, dixo:

—Aun vos quiero decir que por este encantamento avino mucho mal, que si alguno pasa por aquí e lieva su mujer o su amiga, si es fermosa yacen con ella los encantadores ante aquellos que las traen, e después matan aquellos que las quieren fablar. E desta manera ha grand tiempo que usaron estos entantadores, e murieron ya por esto muchos hombres buenos, e fueron muchas buenas dueñas e doncellas escarnidas. Mas si yo sé algo de encantamento jamás hombre bueno ni dueña ni doncella no recibirá dellos pesar.

Entonces atapó sus orejas lo mejor que pudo por no oír el son de las arpas, e fizo así como face una sierpe que ha en Egipto que ha nombre espas, que mete en la una oreja el pico de la cola e atápala; e mete otrosí la otra oreja en el polvo, por no oír la conjuración del encantador. Así fizo Merlín cuando llegó a los encantadores, ca se timió de ser encantado; e fué tan bien adelante que sus encantamentos no le pudieron dañar, mas a la doncella e a los otros fizo tan grand mal que cayeron en tierra muertos, e estuvieron amortecidos grand pieza. E cuando Merlín vió así yacer a su doncella non fué pequeña la saña que hubo, e dixo:

—Cierto, amigos, yo os vengaré en manera tan criminosa que siempre fablarán los que después de nos vernán, e por vos ganarán todos aquellos que por aquí pasaren e fueren encantados de cualquier

encantamento. Entonces fizo Merlín sus encantamentos tales cuales supo que podían valer a tal cosa. E fuese contra los encantadores, e tanto que a ellos llegó fueron tales que perdieron el saber e el poder de los miembros, ansí que un niño los pudiera matar, si tuviese tanta fuerza. E ellos no podían cosa saber en que miraban a Merlín, e cada uno no tenía su arte en nada. E cuando Merlín los vió tales díxoles:

—¡Ay hombres malos e descomulgados, quien esto ficiera tiempo ha grand limosna hobiera fecho, ca mucho habedes fecho males e traiciones después que venistes en esta tierra, mas desde agora quedará vuestra maldat e traiciones!

Entonces tornó a la doncella e a los que con ella eran, e tanto fizo que los desencantó e tornaron en su poder así como de antes eran, e preguntóles cómo les fuera.

—Señor, dixeron ellos, nos hobimos grand miedo e toda cuita que corazón de hombre no podría pensar, ca nos hobimos entre nos conoscidamente los príncipes e sirvientes del infierno; e nos ligaron e apretaron tan de recio que no habíamos ningún poder de facer cosa, antes creíamos de ser muertos en cuerpos e almas.

—Vos no os acuités, dixo Merlín, que cuando me éstos escaparen de la mano, tales quedan que jamás cristiano no rescibirá dampno dellos.

Entonces fizo facer dos cuevas grandes, la una del un cabo del árbol e la otra del otro cabo; e después que fueron fechas tomó el uno de los encantadores, ansí como estaba en su cadira, e metiólo en una de las cuevas, e el otro en la otra; e tomó mucha sufre e acendiólo, que del fedor e de la grand calor fueron luego muertos los encantadores.

Entonces preguntó Merlín aquellos que con él estaban:

—¿Qué vos paresce, señores, qué venganza he tomado destos encantadores?

Dixeron ellos:

—Es grande por Dios, e creemos sin falta que jamás no oirán hombres fablar desta venganza que os no bendigan por ello.

—Pero, dixo Merlín, creed, señores, que según el daño han fecho a las gentes, aún non me tengo por contento en esto les facer, si aquesta venganza que fago no fuere bien conocida, tal que después de mi muerte la vean los que después de mí vinieren.

Entonces fué tomar cuatro capas de las que estaban sobre los monumentos de los que allí mataron, e puso dos sobre cada una de las

cuevas, de manera que los que por allí pasasen pudiesen bien ver el fuego, que era en cada una de las cuevas. Entonces dixo a los que con él estaban:

—Este fuego durará tanto cuanto durare el reinado del rey Artur, e aquel día que él muriere, morrá el fuego. Otra maravilla averná mayor: ca los cuerpos de los encantadores se tornarán así como agora son, que no arderán ni perescerán fasta que el rey Artur sea muerto. E esto fago yo, porque todos los que después de mí vinieren, sepan que yo fué el que más entendió de nigromancia de todos los del reino de Londres. E cierto, si yo creyese luengamente vivir no me entremetería de tal cosa, mas yo sé bien que he presto de morir; e por ende fice ésto, porque después de mi muerte sea testimonio de mi saber.

—Cierto, dixeron ellos, bien se cree, por esto e por otras cosas que habés fecho mostrar, que vos sois el más sabido hombre sobre todos los otros. De tan grand maravilla nunca oyó hombre fablar.

Entonces se partieron de allí e entraron en su camino contra la Floresta Peligrosa, e andudieron por sus jornadas fasta llegar a la pequeña Bretaña.

Cuando Merlín se partió de la corte con la Doncella del Lago, quedó el rey Artur en Camalot cinco días en gran alegría, e pasados los cinco días fuese a Cardoil, una cibdat muy fermosa e muy rica. E un día, seyendo el rey con sus ricoshombres, llegáronle nuevas que el rey de Irlanda e el rey del Valle e el rey de Salebrén e el rey de la Luenga Insula e el rey de la Marcha aportaron en su tierra con grand gente a maravilla, e robábanle la tierra e quemáranle las villas, e tomáranle tres castillos o cuatro contra Sereloyes. Cuando el rey Artur oyó estas nuevas fué muy sañudo e dixo que por su mal vinieran, e atavióse de ir contra ellos. Entonces envió por todos sus vasallos, que fuesen en pos dél fasta el reino de Norgales, que allí creía fallar sus enemigos. E después que hubo enviado sus letras a cada uno, partióse de Cardoil con aquella gente que pudo haber, e los ricoshombres que con él eran dixéronle:

—Señor, vos debiades atender fasta que vuestros ricoshombres viniesen e los otros por que enviastes; ca cierto si vos con tan poca gente venís contra vuestros enemigos, no los podrés sufrir, ca ellos han grand gente.

E él respondió:

—¿Cómo querés que vaya así tardando, e mis enemigos robándome la tierra e quemándola e matándome mis hombres? Cierto, mal guardaría yo el pueblo que Dios metió en mi mano, si les no empediese los robadores e los malos, e verdaderamente que jamás no habré folganza fasta que vaya a ellos. E si yo hobiese la meitad menos de gente que he, yo me iría contra ellos, ca en otra manera no mostraría que debía ser su señor, si los no sacase a todo mi poder de señorío de otras gentes.

Esto dixo el rey a los que decían que quedase. E él amaba a la reina tanto que non podía ir sin ella a ningún lugar, e díxole:

—Señora reina, ataviadvos de ir comigo e levat convusco todas vuestras doncellas, cuales vos quisierdes que vayan con vos.

Cuando esto oyó la reina dixo ella:

—Señor, en esto vuestra voluntad sea complida.

E otro día de mañana partióse el rey de Cardoil con la gente que pudo, e su mujer con él. E cabalgaron contra el reino de Norgales, ca allí sabían que fallarían sus enemigos. E él yendo por la carrera llegó la gente por toda parte, e sus hombres se cuitaban de llegar a la batalla con tiempo. E el rey llegó al reino de Norgales. E sus enemigos, desque supieron que venía, tomaron consejo qué podían facer, ca mucho se temían de se ayuntar con él en el campo, ca sabían que era buen caballero de armas e ardit, e que sus hombres eran más sufridores de armas e más dispuestos que otros hombres. E un caballero que era hermano de uno de los reyes dixo:

—Yo vos diré cómo podremos desbaratar la gente e al rey muy ligeramente, en manera que no perdáis mucha gente; e podrés esto haber fecho mañana antes de hora de prima.

Ellos respondieron:

—Si a nos vos esto enseñáis, nunca mejor consejo fué dado; e agora decidnos cómo podrá ser.

—De grado, dixo él. Verdad es, dixo él, que el rey Artur posa aquí sobre la ribera Dombre, a la entrada de la floresta que llaman Marsola, e allí quiere el rey folgar hoy y mañana, por atender al rey Pelinor, que le ha de traer muy grand gente de su tierra; e él bien creí que nos no sabemos nada de su venida; e por ende, sería bien que nos cabalguemos tanto que fuere noche e llevemos la meitad de nuestra

gente, e la otra meitad quede aquí; así andaremos toda la noche, e ante de la luz seremos con él; e si nos pudiéremos entrar entre las tiendas antes que los fallemos armados todos, los desbarataremos. E este es mi consejo; agora veamos qué dirés vosotros.

—Por Dios, dixeron ellos, este es buen consejo; e no hay cosa que mejor podamos facer si fuéremos cuerdos.

E en este consejo se otorgaron, e escogeron entre sí cuáles irían e cuáles quedarían; e mandaron aquellos que habían de ir que se ataviasen. E después que cenaron en la hueste los cinco reyes cabalgaron e ficieron tomar sus armas e sus escudos, e levaron consigo aquellos que entendieron y en quien más se fiaban; e en tal manera andudieron toda la noche que nunca folgaron. E cuando la luz pareció, el rey y la reina e toda la gente se levantaron; e Galván e Quía el mayordomo e Giflete, el fijo de Bron, fueron a las tiendas del rey desarmados e querían oír misa. E en cuanto el rey les decía que sería bien que tomasen sus armas, las voces fueron muy grandes por toda la hueste, e decían: ¡Armas, armas!; ca ya los cinco reyes con su hueste eran entre ellos, e comenzáronlos de matar e de llagar, ca los fallaron desarmados, como hombres que se no recelaban de lo que les avino.



Capítulo XXXVIII

De cómo el rey Artur e los suyos hubieron su batalla con los cinco reyes, e los mataron e desbarataron sus gentes

El rey Artur, cuando oyó las voces e vió la multitud de gente armada que venía, pidió sus armas e armóse lo más aína que pudo, ca vió que le era mucho menester, e los otros que estaban con él otrosí; e antes que fuesen armados llegó un caballero mal llagado que dixo al rey:

—Cabalgat, señor, muy presto e poned a vos e a vuestra mujer en salvo, ca si un poco tardáis seréis muertos e no habrés poder de os defender, ca vuestros hombres todos son muertos. E si vos pasardes aquella agua non habréis qué temer, ca hoy o de mañana será aquí con vos el rey Pelinor.

E el rey dixo a la reina:

—Mi señora, acabalgad luego e pasad aquella agua, e yo iré con vos fasta allí, que cierto no querría que cayésedes en poder suyo.

Entonces cabalgó la reina e fuese contra el río lo más breve que pudo; e el rey e Galván e Quía fueron con ella e Giflete, tan bien armados que les no fallescía cosa; e cuando llegaron al río falláronlo muy recio y muy alto. E cuando el rey esto vió hubo gran pesar, e dixo a la reina:

—¿Qué faremos de vos, que si os metemos en esta agua sois muerta, e si quedáis, vuestros enemigos os prenderán e vos matarán, ca no veo de ninguna parte ningún remedio?

Dixo la reina:

—No me ayude Dios, si nunca mis enemigos me tienen en su poder; e ante me yo quiero aventurar en el agua morir o vivir, que no que me ellos hayan a sus manos.

E en cuanto la reina esto decía, dixo Quía al rey:

—Señor, vedes aquí los reyes do vienen que todo esto vos buscaron; yo los conozco en sus armas.

E Giflete dixo:

—De tornar a ellos sería gran desvarío, e ellos vienen con poder grande, mas pasemos la reina el río, e si fueren en pos de nos poderlos hemos ligeramente matar ante que pasen.

—No sé, dixo Quía, qué vos decís, mas yo os digo en verdad que no pasaré yo allende fasta que juste con uno.

—Quía, dixo Galván, en justarnos con ellos sería nuestro daño, ca son ellos cinco e nos somos cuatro.

—No hayáis recelo, dixo, Quía, que yo mataré los dos e cada uno de vos mate el suyo.

—Mala ventura haya, dixo el rey, por quien quedare.

Entonces se dexó ir Quía ante todos al rey de La Marcha, que falló primero, e felióle tan reciamente de la lanza, que el arnés non le aprovechó que le no metiese el fierro por el cuerpo, e dió con el muerto en tierra. E Galván, que iba en pos dél, dexóse ir al rey de Irlanda e firiólo tan reciamente, que le falsó el escudo e el arnés, e metióle el fierro por el cuerpo con el fasta, e derribólo en tierra del caballo, muerto. E Giflete fizo otrosí al rey de Valle lo mesmo. E el rey Artur al rey Serolís; e Quía, que ficiera el primero golpe, cuando vió su lanza quebrada metió mano a su espada que buena e bien tajadora era, e ferió al rey de la Insula tan bravamente, que le fizo volar luego la cabeza con el yelmo más lueñe que una lanza, e el cuerpo cayó en tierra. E cuando los otros tres vieron este golpe, dixeron:

—Por Dios, Quía, vos mantovistes lo que prometistes, ca vos matastes los dos, así como cada uno de nos mató el suyo. Ahora será ya tiempo que pasemos el agua, ca véis aquí toda la hueste de nuestros enemigos.

E ellos que miraron contra el río vieron la reina que era aliende, y ellos quisieron pasar e la reina mostróles el vado, e ellos pasaron allende. Los de la hueste quisieron pasar en pos dellos e afogáronse más de doscientos dellos. Cuando el rey Artur los vió así pasar e morir, preguntó a la reina cómo fallara aquel vado, e ella dixo.

—A grand dicha lo fallé.

—Quiero, dixo el rey, que desde hoy más haya nombre este vado el Vado de la Reina.

E así fué, que nunca después perdió aquel nombre. E cuando los caballeros de la otra hueste vieron sus señores muertos, estovieron sobre ellos, e ficieron el mayor llanto del mundo, e desarmáronse todos, que bien crieron que estaban ya seguros.

E cuando los hombres del rey Artur que escaparon dellos fuyendo por las matas, dellos armados, e dellos desarmados, vieron el lloro que ellos facían, creyeron que algún rey de la hueste era muerto; e ellos pensando en ésto, llegó un caballero del reino de Londres que les dixo:

—Señores, tráyovos nuevas buenas, que los cinco reyes que traxieron esta hueste aquí son muertos, e aquellos que aquel duelo facen son desarmados; ca bien crein que con la gran cuita que hobieron los nuestros, no osará ninguno ir contra ellos, que se tienen por dicha que son en salvo. E agora si quisierdes ganar honra e prez para en días de vuestra vida, id a ellos, así armados como estáis, e bien vos digo que los fallarés tan cansados que se no podrán defender, e farés dellos lo que quisierdes.

E cuando ellos esto oyeron fueron muy alegres, e tomaron sus armas e sus caballos e dexaron correr los caballos contra sus enemigos; e comenzáronlos a matar e llagar, ca los fallaron a pie e desarmados; e las voces fueron grandes e mayores que las de antes, ca los otros comenzaron a fuir cuanto podían, ca se veían matar e llagar, e los hombres del rey los alcanzaban e los derribaban. E cuando el rey vió que sus hombres ferían así en sus enemigos, dixo a los otros que con él estaban:

—¡Agora a ellos, ca nuestra gente es cobrada!

Entonces tornaron por do estaban los suyos, e fallaron los enemigos desbaratados e la mayor parte muertos, ca los suyos no atendían si no cometíanlos. E ficieron tanto que habían el campo ganado ante que el rey Artur llegase, así que no había ya ningún contraste. E cuando ellos vieron al rey Artur fueron a él e dixéronle:

—Rey Artur, agora a Dios gracias demos; ca nosotros con la su mercet habemos nuestros enemigos vencido, que no quedó la cuarta parte de vivos; e déstos la mayor parte llagados.

E cuando el rey esto oyó apeóse e quitó su yelmo e tendió sus manos contra el cielo, e dixo:

—¡Padre de los cielos, bendito seas Tú que ansí me ensalzas sobre mis enemigos; e no por mi bondad ni por mi caballería, mas por la tu ayuda e por el tu acorro!

Entonces mandó catar cuántos había perdido de los suyos, e falló que eran quinientos de caballo e de pié. E en cuanto los andaban catando llegó un caballero del rey Pelinor, que le dixo:

—Señor, el rey Pelinor vos saluda, que es a tres leguas de aquí, e trae grant gente.

—Bien sea él venido, dixo el rey Artur, e nos habemos vencido nuestros enemigos por la más fermosa aventura que nunca avino a cristianos.

E dixole en cómo fuera. E el mensajero se tornó al rey Pelinor e dixole las nuevas como las oyó del rey Artur; e fué él muy ledo e dixo que bendito fuese Dios, que tan bien obrara por él.

Ansí fueron desbaratados los de Irlanda e los de lueñes tierras, que venieran sobre el rey Artur, que se no guardaban, ca ellos venieron a furto. E después que esta batalla fué vencida, como ya es dicho, partióse desde un hombre, e fuese a la otra meitad de la hueste, que quedó de la otra parte de la montaña, que atendían mandado cuándo llegaría que fuesen a la batalla. E cuando el hombre llegó a ellos dixoles:

—Mandad presto ir para el mar, e acogedvos a las naves.

—¿E qué nuevas son éstas, dixeron, que traes?

—Las peores que podría traer, dixo él, ca los nuestros cinco reyes son muertos; e cuantos anoche de aquí se partieron son todos muertos, que no quedó vivo ninguno; e si algunos, son pocos e llagados; agora pensad de guarescer mientra hobierdes lugar, ca si nos aquí fallan nunca ninguno de nos escapará, que a maravilla son muchos, e por eso vos vine a decir estas nuevas, ca no querría que vos fallasen aquí.

E cuando ellos estas nuevas oyeron, hobieron gran pesar e movieron contra el mar, e por do iban facían cuanto mal podían por la tierra; tanto que entraron en el mar e alongáronse de la ribera lo más que pudieron, ca mucho dubdaban la tierra. E ansí obró Nuestro Señor por los de Londres que eran ya como perdidos, e acorriólos El en tal guisa que mataron sus enemigos. E el rey Artur fizo facer en aquel campo do la batalla fué una abadía fermosa e rica, en obra de caballería, honrando la caballería; e después que fué fecha e abondada

de cuanto había menester, e los frailes allí metidos púsole nombre que nunca después perdió: la Fermosa Aventura.

E él partióse de aquella tierra e tornóse a Camalot por folgar, que aquella era la cibdad con que le más placía de facer estada que en cuantas él había. Morgaína era todavía en la corte con la reina Ginebra, e Iván, su fijo, era grant caballero novel, mas no amaba cosa a Morgaína, su madre, porque veía que no preciaba ella al rey Abrián su padre. E verdad era, que ella no desamaba en el mundo cosa tanto como al rey Abrián, su marido, e al rey Artur su hermano; e no amaba cosa tanto como a un caballero que había nombre Acalón. E era aquel caballero natural de Gaula, que agora llaman Francia. E el caballero la amaba tanto que era maravilla, así que ellos se amaban tanto cuanto dos se podían amar.

E cuando el rey Artur fué en Camalot falló ocho caballeros menos de la Tabla Redonda, que murieran en la batalla, e consejóse con el rey Pelinor qué faría.

—Señor, dixo él, buscar se deben ocho caballeros de los mejores que aquí fallardes. E aun vos digo que los podés aqui fallar tan buenos e mejores que aquéllos.

—Vos los conocerés mejor que yo, dixo el rey Artur, ca andáis vos con ellos allá fuera a las aventuras. Por ende vos ruego que me digáis cuáles son los que entendéis que serán para allí; e mándooslo por el juramento en que me soís tenudo.

—Yo os lo diré, dixo el rey Pelinor, en manera que no seré prosacado; e vos meterlos heís en la Tabla Redonda, si os paresciere que es lo mejor. E de los ocho que vos diré son los cuatro ya hombres, e los cuatro mancebos. E déstos será el uno Galván, vuestro sobrino, que no hay en vuestra corte mejor caballero mancebo que él; e el otro ha nombre Giflete, fijo de Ebrón, que es un buen caballero; e el tercero ha nombre Quía, vuestro mayordomo, que es buen caballero, que cierto bien meresce la Tabla Redonda e sentarse en cualquier de las sillas, por dos golpes que fizo de los dos reyes que mató, ca nunca mancebo tan altamente comenzó.

—Verdaderamente, dixo el rey Artur, bien meresce la silla de la Tabla, aunque más no ficiese.

E el cuarto de los mancebos vos diré de dos, dixo el rey Pelinor, e vos tomad cual quisierdes. El uno es Bandemagus, buen caballero e

fermoso, e el otro es Tor mi fijo, el cual no loaría yo porque es mi fijo, bien mas saben los que aquí son si caballería es bien complida en él. Agora poned a cualquierdes, que cierto ambos lo valen bien.

E el rey dixo que pornía allí a Tor, ca le parescía que había mejor comienzo que Bandemagus.

—E los otros cuatro me decid, dixo el rey Artur.

—Yo vos lo diré, dixo el rey Pelinor. Es el primero el rey Urián, e el segundo el rey Lot, e el tercero Borín de Rinel, e el cuarto Galegragames el Rubio; aquellos cuatro son para allí, que son buenos mancebos e buenos caballeros ya de edad.

E el rey Artur lo acetó todo. E en la mañana fueron metidos todos ocho en la Tabla Redonda. E después que se posaron fallaron sus nombres escriptos en las sillas, no que ningún hombre los escribiese, mas por gracia divina, que era guiador deste fecho. E los nombres de los otros que fueran antes fueron luego tirados, tan presto que los caballeros fueron muertos.

E cuando Bandemagus vió que Tor, que era más mancebo que él, era asentado en la Tabla Redonda con los otros hombres buenos que eran nombrados de bondad sobre todos, comenzó de denostar e maldecir al altar, e a decir mal de sí mesmo, e estuvo el más triste hombre del mundo aquel día, que no se sabía poner remedio. E otro día de mañana oyó misa e llamó uno de sus escuderos, e díxole:

—Yo me quiero ir de aquí e folgarme he por la montaña, e tú toma mi caballo de diestro e mis armas e liévalas de aquí, porque lo no entiendan.

—Señor, dixo él, ¿adónde queréis ir que mejor estéis quee stáis en la corte?

—No te pene, dixo Bandemagus, ca luego tornaré.

—Pues idvos, dixo el escudero, que luego seré con vos.

Bandemagus, saliendo de la cibdad, fuese derechamente a la floresta e escondióse entre los árboles, porque si alguno saliese de la corte e por allí pasase que lo no fallase. E estando ansi vió su escudero venir e fué contra él. E el escudero decendió e armó a su señor, e después que lo hubo armado, fincó los hinojos ante él, e díxole:

—Señor, por Dios, dadme un don.

—Yo te lo do, dixo Bandemagus.

—Señor, que me dexes ir con vos en esta carrera, porque no váis

solo. E de otra parte yo sé bien que no habéis gana de volver tan aína a esta tierra; porque os sería mal e peligro de os ir solo e sin escudero.

—Pues ansí es, dixo él, ven, amigo.

E el escudero subió luego en su rocín; e tomó Bandemagus su caballo, e cabalgó en él todo armado, si no de escudo e de lanza que lo levaba el escudero. Entonces se metieron en un camino e llegaron cerca de una cruz que era fecha de nuevo. E cuando Bandemagus vió la cruz descendió del caballo e fincó los hinojos ante ella e fizo oración; e después que la hubo fecho juró sobre la cruz ante su escudero, que jamás non tornaría a la corte del rey Artur fasta que hobiese conquistado en batalla uno por otro a uno de los caballeros de la Tabla Redonda, porque todos dixesen que bien valía para él tan alta silla como aquella.

E fecho este juramento levantóse e subió en su caballo. Su escudero cuando esto vió dixo:

—Señor, agora veo yo bien que no comenzastes esta carrera por escarnio, e que no queréis tornar acá tan presto. E porque hecistes tan crescido pesar al rey Urián vuestro tío, ca cierto él vos ama tanto, que él morirá con pesar de vuestra partida, que bien creerá que vos ha perdido.

—Esto no te pena, dixo Bandemagus, ca antes querría nunca entrar en la corte, que no dexar de facer alguna caballería, tal que fablen de mí caballería acerca e a lueñe, así que buenas nuevas puedan venir a mi tío.

—Dios os dé tal poder, dixo el escudero.

Entonces se metió Bandemagus al camino con su escudero, e fuese segund que la aventura le guió.

Capítulo XXXIX

Cómo después que hubo salido Bandemagus de la corte muy despechado, porque no le habían asentado en una de las sillas de la Tabla Redonda, el rey Artur e otros grandes se juntaron en su sala, e fablaron en su ida e lo que sobre ello harían

Hobieron gran pesar todos los de la corte cuando supieron que Bandemagus se partiera de la corte. E el rey fué muy más triste, porque lo amaba e presciaba mucho; e muchas veces dixo en secreto que si Bandemagus luengamente viviese, que sería uno de los buenos hombres de Londres. E luego estuvo en la razón, porque se fué de la corte. E dixo al rey Pelinor:

—Nos perdimos a Bandemagus, porque le non dimos la silla de la Tabla Redonda.

—Mucho me pesa, dixo el rey Pelinor, e más querría agora que Bandemagus fuese en la silla que mi fijo Tor; ca, si me Dios ayude, mejor lo meresce que tales veinte que aquí conozco.

E esto dixo el rey Pelinor de Bandemagus, porque lo presciaba mucho. E otros que allí se fallaron dixeron otras cosas cada uno como les parescía, según le tenía la afición. E después de mucho hablado por cada uno de los que allí estaban, e visto por el rey Artur lo que cada uno decía e que ya no levaba remedio poner en la silla de la Tabla a Bandemagus, dixo a todos que no se hablase más en aquéllo, pues por entonces no llevaban remedio fasta que otro tiempo viniese. E así se partieron todos de este negocio.

E al tercer día después désto se movió el rey para ir a caza en la floresta de Camalot, con cazadores a caballo e a pie. E después que

entraron en la floresta, fallaron una grand manada de ciervos, e echaron los canes en tal guisa, que se comenzó la caza. E el rey Artur andaba en un buen caballo, e el rey Urián otrosí, e Acalón de Gaula, el amigo de Morgaina, otrosí; e aquellos tres comenzaron la caza, ca porque todos los otros no andaban tanbien en cabalgados que dexaron todos sus compañeros atrás. E entre todos los ciervos había uno que era grande e fuerte e ligero, e nunca se cansó hasta que corrió bien diez leguas. Estonces fueron los caballeros tan cansados que no hubo ahí tal que no fuese a pie, sino estos tres que mantovieron la caza fasta hora de de nona; e después de hora de nona los caballos fueron muertos. E el rey Artur, cuando se vió a pie cató tras sí, por ver si vería alguno de su compaña, e no vió si no al rey Urián e a Acalón, que estaban a pie como él. E dixo:

—Amigos, ¿qué faremos?, ¿paréceos que quedaremos aquí?

Dixo el rey Urián:

—Vayamos adelante, que aquí cerca va una agua grande, e como el ciervo va cansado con la grand calentura e set, beberá della tanto que morrá e cobrarlo hemos muerto.

Dixo el rey Artur:

—Decidme, ¿paréceos si nuestros hombres son cerca de nos?

—No, señor, dixo Acalón, ante son bien lueñe, ca no andaban tan bien encabalgados como nos; e sé bien que sus caballos quedan cansados mucho e por esto no nos alcanzarán hoy, ca la noche se llega.

Dixo el rey Artur:

—Si la noche se llega írnos hemos a un mi castillo que es aquí cerca dos leguas.

Entonces dexaron de fablar en ello, e fuéronse a pié e llegaron al agua; e así como llegaron fallaron el ciervo en la ribera, que había bebido tanta de agua que se no pudiera tener, e un galgo cabo él que lo tenía de la garganta, ca ninguno de los otros canes no pudo allí llegar.

E el rey llegó al ciervo e matólo, e tomó un cuerno que levaba e tañó en manera que lo oyesen los canes e se llegasen a él, mas ellos eran lueñe que lo non oyeron, e ellos despedazaron el ciervo.

E cató el rey por la ribera ayuso e vió una barca cubierta de un paño de seda bermejo como de escarlata; e era así cubierta de todas partes, que no parescía ninguna cosa de la madera, sino en cuanto andaban los remos acerca del agua, e eran dos remos, porque la barca era bien

grande. Cuando el rey Artur vió la barca mostróla a los otros e díxoles:

—Vedes aquí una barca e yo no sé dónde se verná, ca mucho se acuitan en andar apriesa, e yo sé bien que algunas nuevas nos traen; Dios nos las dé buenas.

E ellos, esto diciendo, aportó la barca a par dellos. E el rey fué al borne della por ver qué estaban dentro; e cuando fué a la entrada falló ahí un paño de seda colgado, porque no pudiese ver si dentro no entrase. E él llamó luego a sus grandes e díxoles:

—Venid e entremos dentro e veremos qué hay en la barca, ca lo non quiero ver sin vos.

Ellos dexaron cuanto facían e vinieron a la barca, e entraron dentro e parescióles más que ante que la vieron tan fermosa e tan ricamente ataviada de paños de oro e seda, que bien les paresció que nunca vieron cosa más fermosa ni más rica. E ellos mirando esto, doce doncellas vinieron ante el rey e fincaron los finojos e dixéronle:

—Señor rey Artur, vos seáis bien venido; agora no queremos más nos de toda la riqueza del mundo, pues que os tenemos, ca hoy supimos que os no parteríades de aquí, ca es tan tarde que no podrés ir a posada ninguna con tiempo, e nos os serviremos tan bien e ricamente como farían en lugar del mundo do os agora más desean; e nos os rogamos por la fé que debés a todos los caballeros, que nos lo otorgués.

El gelo otorgó, de lo cual fueron alegres e fueron a él e quitáronle los paños que vestía de caza e diéronle otros muy ricos. E otrosí ficieron al rey Urián e a Acalón; e comenzaron de traer candelas e poner por la barca de una parte e de otra, tanto que había ahí grant lumbre. E esto facían ellas porque la noche era muy escura. E cuando el rey folgó un poco venieron dos doncellas que le dieron agua a manos, e así mesmo a sus compañeros. E leváronlos a una mesa e asentáronlos ahí e diéronles a comer tan bien e ricamente, que el rey se maravilló dónde lo podían haber tan presto e a tal hora, que cierto ellos fueron tan bien servidos que no podían mejor; e folgaron allí mucho a su voluntad. Cuando hobieron comido estovieron grand hora en fablar de unas cosas e de otras, e hízose hora de echar. Las doncellas tomaron al rey e echáronlo en una cama que había en medio de la barca. E cierto que no podía haber más fermoso lecho en Camalot del que allí

hobo, e así ficieron los otros; e avínoles así que se durmieron luego, que andaban cansados del trabajo que levaron en ese día.

En la mañana, cuando despertaron, no hobo ahí tal que no fué espantado, ca se falló el uno sin el otro en tan extraño lugar que non hobo ahí tal dellos que la memoria no perdiese; así que a duro podrían conoscer a sí mesmos. E el rey Urián se falló en Camalot en su lecho con Morgaína, su mujer, e el rey Artur se falló en una cama negra e muy escura cabo un padrón. E allí donde se falló, fallóse con veinte caballeros e grandes fierros, e facían tan grand duelo como si hobiesen a morir en esa hora. E Acalón se falló en un prado lleno de árboles e muy vicioso, tan cerca de una fuente que no había entre él e el agua más de un palmo; e corría el agua de la fuente por un torno de plata, e caía en una grand peña de mármol, así que aquella agua iba por engenio a una torre alta, que cabo del padrón estaba.

E cuando Acalón despertó e se fallara cerca de la fuente, vestido de los paños que las doncellas le dieron, comenzóse a signar, tanto lo hubo a maravilla; e dixo:

—¡Santa María!, ¿qué puede esto ser, que anoche me eché cabe el rey mi señor e hora me fallo cabe esta fuente, vestido destos paños que me las doncellas dieron? ¡Ay Dios!, ¿dó es agora el rey Artur mi señor, e el rey Urián e yo adónde so traído e encantado, e mi señor otrosí? Traxéronnos las doncellas por su buen argumento e engañáronnos por sus buenas palabras; e más me pesa por mi señor que por mí, ca yo bien sé que así es engañado como yo.

E tal duelo facía Acalón, que atacaba a la fuente e a los árboles, e maldecía a la torre e cuanto veía en el mundo; e decía:

—¡Ay, Señor Dios, si vos obrásedes a mi voluntad, vos confondríades a todas las doncellas del mundo, así que hombre bueno no sería traído por ellas a escarnio! Cierto, yo creo, si soy delibre, que jamás no habrá traición en el mundo ni deslealtad.

Estonces fué tan sañudo e hobo tan grand pesar que no supo qué ficiese, e dixo que:

—Jamás no faría honra nin bien a doncella, ante le faría escarnio cada cuando que pudiese, ca nunca hombres fueron escarnidos como nos fuimos. E no creo que esto fué otro sino orden del diablo, que nos aparesció, que no era barca; e yo creo que ellas eran las servientas

del diablo, que nos servieron tan bien, ca todas las doncellas del mundo no nos pudieran tan bien servir como fuemos nos servidos.

Así se quexaba Acalón e estaba tan sañudo que no podía más. Estonces cató e vió venir ante sí un enano pequeño e grueso, e los cabellos negros e la boca grande, e la naríz pequeña e los pechos grandes. E cuando Acalón lo vió dixo:

—Verdaderamente los diablos me traxeron aquí.

E cuando el enano llegó a él salvólo, e dixole:

—Señor Acalón, bien seais venido; e la reina Morgaina por mí vos envía saludar, que mañana a hora de tercia vos converná combatir con aquel caballero donde vos ella dixo nuevas la postrimera vez que con vos fabló en poridad, e que por ende me creáis vos en las señas.

Entonces le dió la buena espada del rey Artur con su vaina, e él conocióla luego e fué más alegre que no ante, por las nuevas que oyó de aquella que tanto amaba. E abrazólo al enano, e díxole:

—Enano, bien seas tú venido, e ¿cuándo viste tú a la reina Morgaina?

—Señor, dixo él, non ha mucho.

—Enano, tú me dí si soy cerca de Camalot.

—Señor, dixo el enano, sois a dos jornadas dél.

—¿E cómo yo aquí vine, sábeslo tú?

—No, dixo el enano, si non sé que son de las aventuras de la Gran Bretaña e de los encantamentos desta tierra.

E él dixo:

—Yo bien sé e creo que fué encantado, ca aventura tan maravillosa yo ni hombre nunca oyó fablar como esta fué; mas díme, ¿sabes tú quién es aquel caballero con quien me tengo de combatir?

Dixo el enano:

—No, si no que es un caballero desta tierra que mora aquí cerca de un su castillo, ca nos fizo mucho mal fasta aquí. Mas desde agora adelante, si Dios quisiere, después que esta batalla hobiéredes vencido, no nos osará cosa decir con que nos pese, ni quitarnos nuestros derechos.

—¿E cuándo debe ser la batalla?, dixo Acalón.

—La batalla ha de ser de mañana, dixo el enano, después de hora de prima, en el prado que aquí hay.

—Yo querría, dixo Acalón, ser agora en el campo, pues no se puede excusar.

El, en esto fablando, vió venir caballeros e dueñas e doncellas contra él, e salváronlo e tomáronlo con muy grand alegría, e leváronlo para la torre e dixéronle:

—Señor, seáis bien venido, ca mucho deseamos vuestra venida; e si nos mucho os deseamos, con el ayuda de Dios os tenemos. E bendito sea Dios que os acá trixo, ca por vuestra venida valdremos más, así como nos creemos, ca nuestros enemigos habrán con nos paz, los que fasta aquí nos ficieron guerra, e nos tomaban nuestros derechos.

Así le acaesció a Acalón entonces, porque fué tan bienandante como quier que después le aveniese, porque cayó entre gente que les plugo mucho con él, e lo acogieron bien e le ficieron cuanta honra pudieron.

Mas del rey Artur no le avino así, ca era en una cámara negra e fonda, e había y grand gente que el no conocía, mas tanto veía e oía e facían grand duelo, diciendo:

—¡Ay muerte!, ¿por qué no te acuitas a venir a este lugar e sacarás de mezquindad e de lacería e dolor a estos cativos?

E cuando el rey Artur esto oyó fué muy espantado, que no supo qué decir, ca bien entendió que era traído por encantamento, e preguntó a los que cabo él estaban:

—¿Qué habéis, e por qué facés tal duelo?

E ellos le dixeron:

—¿Qué es ésto que nos preguntas?, ¿e no eres tú acá dentro en prisión, e sabes la cuita que sufrimos de noche e de día?

—Desta cuita no sé yo cosa, ca aún no la probé ni miré tanto en ello.

—Pues, ¿cuándo veniste aquí?, dixeron ellos.

E él dixo que no sabía cosa cómo allí viniera, ni dó era ni de cuál parte:

—Más bien creo que no soy lueñe de Camalot, ca esta mañana me partí dende para ir a caza.

E contóles todo cuanto le aveniera, e cómo las doncellas le acogieron bien en la barca e honorablemente.

—E cierto no creí que lo facían por traición, mas yo me tengo por encantado, pues que me metieron en presión de otre.

Cuando ellos oyeron contar esta aventura, dixeron:

—Cierto, aquí hay mala traición e fuerte. Malditas e confondidas sean ellas que vos aquí metieron; e si vos en otro lugar metieran,

é vuestra muerte no fuese tan llegada, ser vos hía grand conhorte. Mas metieron vos en tal lugar donde non podés escapar de muerte.

—Por Dios, dixo él, esta es la mayor deslealtad que nunca oí fablar, ca a muerte me trixeron e nunca gelo merescí. Mas decidme ¿dó somos e por qué somos presos?, e ¿cómo es e por qué no podemos salir?

—Esto os diremos bien, dixeron ellos, mas que nos digáis vuestro nombre.

—Mi nombre no podéis vos saber, mas dígoos que soy de la corte del rey Artur, asaz su privado. Mas decidme lo que vos yo digo.

El uno dellos respondió:

—Yo os lo diré. Sabed que nos somos a dos jornadas de Camalot, derechamente a la salida de la fortaleza, contra la tierra del duque de More. E somos aquí en una fortaleza muy fermosa e muy bien apuesta; e llaman a esta torre la torre de la Cieda. E un caballero que ha nombre Damas es della señor, e es el más bravo e el más follón que hay agora en esta tierra. E no es buen caballero, mas es traidor e face a los caballeros tomar los caballos que por aquí pasan, que andan a las aventuras; e después que los toma fácelos meter en prisiones. E él tiene un hermano que mora de aquí una legua, que es de los buenos caballeros que agora hombre sabe en esta tierra. E cada uno déstos ha su fortaleza, e ha su tierra desviada la una de la otra. Mas sobre todo ésto han cerca de aquí una quintana fermosa, muy rica, a la entrada desta floresta. E sobre esta quintana, agora ha un año, entró entre ellos grant desamor, ca el señor de aquí, porque es más rico e ha más hombres, la quiere haber; e su padre dice que gela dió en su vida. E el otro, porque se siente que es mejor caballero que éste, dice que la no habrá dél sinon por la espada uno por otro, o meter y otro por sí. E el de aquí dice que bien habría quien entrase por él, mas por aventura no será tan aína. E él otorgógelo cada cuando que le hallase, e dixo que le placía. Entonces se desafiaron criminalmente. En esto se otorgaron ambos ante muchos hombres buenos desta tierra, e tornáronse a sus fortalezas. E fué el uno tan sañudo contra el otro, que comenzaron su guerra, que nunca después fallesció. E el de aquí, porque se no sentía por tan buen caballero en armas como el otro su hermano, comenzó a rogar a los caballeros desta tierra que entrasen por el en el campo contra su hermano, mas nunca falló ninguno que

quisiese entrar. Entonces demandó consejo a un su vecino: qué es lo que faría en este caso. Él le respondió e dixo:

—En esto yo vos daré un buen consejo, si vos le querés tomar. Por aquí pasan todavía caballeros andantes de casa del rey Artur e de otros lugares; e aquéllos son buenos caballeros e usados en armas más que otros, e muy esforzados, ca en otra manera non osarían comenzar lo que cada día comienzan. E tantos como por aquí pasaren desde hoy más, facedlos tomar e meter en prisión. E yo vos digo que antes que tengáis veinte, fallarés ahí alguno que quiera por vos de grado facer la batalla con vuestro hermano.

Cuando él esto oyó hubo grand placer por ello. E bien así como el vecino gelo aconsejó, luego así lo fizo; e puso caballeros que prendiesen cuantos por allí pasasen. E ellos así lo ficieron, ca nunca después que aquí pasó caballero que lo no tomase. E yo que ésto vos cuento fué el primero, e éstos e muchos que murieron en la prisión; e nunca hubo tal que quisiese la batalla, antes quisieron aquí morir que salir ende por mantener el tuerto; ca tuerto sería de se ellos armar contra el otro por le quitar su derecho. Empero tal era y fué cuando ahí vimos ésto: que moríamos de fambre, que ya quisiéramos la batalla de grado, mas él non nos quiso y meter, porque vió que éramos flacos de la mala prisión, e menguados de nuestras fuerzas. Ya os cuento la verdad de la facienda por que somos aquí e facemos este grand duelo, como vos oís.

El rey dixo entonces:

—Si la prisión vos descohonorta, no me maravillo, que a mí enoja ya tanto desto que oyo e lo veo, que me paresce que estuve un año entero, e no sé cómo será el mi salir dende o el mi quedar; mas bien os digo que si me metiesen a escoger de me combatir o de quedar, que yo me combatiría antes con el mejor caballero del mundo, que non aquí quedar. E vos fuestes todos niños cuando os lo decían, que vos ante no metiésedes en aventura e en la merced de Nuestro Señor; ca cierto yo antes querría morir aina que morir aquí luengamente.

Así dixo el rey Artur, con grand pesar, porque se vió muerto e preso e en poder de otre onde no saldría a su voluntad. E esto sabía él bien, si no fuese tal cosa cual quisiese el señor del castillo. E de allí mucho fablaron entre sí e de muchas cosas. E él les contó toda su aventura, e dixo el rey:

—No me pesa de mí como de los otros, ca he miedo que sean tan mal embarazados o peor que yo e a grand tuerto, que lo nunca merecieron.

E ellos le preguntaron quién eran los otros, e él gelo dixo. E ellos dixeron que del rey Urían era grant dampno, que a maravilla era buen caballero e leal; mas que al otro no conocían ellos.

E en tales cosas fablando estuvo el rey Artur fasta hora de prima. E entonces vino a ellos una doncella que les dixo:

—¿Cómo os va?

E ellos respondieron:

—Muy mal, que nos mata esta prisión.

E ella fizo infinta que no conocía al rey Artur, mas conosciólo muy bien, que era una de las doncellas de Morgaina, e díxole:

—E vos, señor caballero, ¿cómo venistes aquí?

E él la conoció, e díxole:

—No sé, doncella, mas vos ¿cuándo llegastes aquí?

—Ya, señor, dixo ella, ¿qué es eso que decís, ca nunca yo de aquí partí, ni fué a otra parte, ante moro aquí como aquella que es fija del señor deste lugar?

E entendió que lo no conociera, e dixo:

—Doncella, no lo tengáis a mal, si vos esto preguntaba, ca cierto yo creí que os viera en la corte del rey Artur, e por eso vos fablaba tan osadamente.

—Mi señor, dixo ella, vos nunca me vistes ahí, ca yo nunca ahí fué; mas cierto que os quiero decir que vos non fecistes a cada uno su poder a su placer ni a su voluntad; ca si vos ficiérades a cada uno su voluntad, no fuérades agora aquí. E digoos que quien vos aquí metió no os había grand amor ni se podía mejor vengar de vos que meteros en esta prisión. E cierto vos sois cerca de vuestra muerte.

—¿De mi muerte?, dixo el rey.

—E así es verdad, dixo ella; sin falta en vuestra muerte sois, ca nunca vos de aquí saldrés, si no juráis de facer todo lo que os mandare el señor de la torre e lo que su voluntad fuere.

Cuando esto oyó el rey respondió:

—¿E cuál, dixo él, sería su voluntad?

—Yo os lo diré, dixo ella. Si vos hobiésedes corazón e ardimento de vos combatir por él con un caballero desta tierra que le face tuerto,

e si vos lo vencierdes, librarés a vos desta prisión e cuantos aquí son. Cierto, aunque más no ficiésedes de caballería en toda vuestra vida, por esto seríades habido por bueno a maravilla.

Cuando el rey Artur oyó estas nuevas, dixo:

—Decid, doncella, ¿si yo esta batalla tomase e la pudiese vencer, cómo sería seguro que libraría a mí e a mis compañeros desta prisión?

—Seguro serés, dixo ella, ca el señor de aquí vos lo jurará.

—Yo no quiero más, dixo él, sino que el señor de aquí me lo jure, ca de la batalla tomar contra un solo caballero yo soy contento.

E ella se fué luego al caballero señor de la torre, que le falló con otra grand compaña de gente, e dióle cuenta de lo que el caballero le decía. E el señor de la torre mandó que lo sacasen luego de la prisión, e sacáronlo ante él. E el rey, que estaba sañudo, tornó bermejo. E él era grande e membrudo e sano e bien complexionado en todo; e tan bien fecho en el cuerpo, que cuantos ahí estaban dixeron que sería grand dampno de tal hombre morir en prisión. E cuando el señor del castillo lo vió e lo cató, dixo en su corazón: que si éste no pudiese valer contra un hombre, que jamás no creería cosa que viese. E levantóse a él e dixole:

—Bien vengáis, señor caballero.

E el rey que no quería que ninguno lo conociese, humillósele e asentóse a sus pies. E aquél que le no conocía sufriógelo e dixole:

—Señor caballero, yo he aquí cerca un hermano que me face mucho mal; e yo he de haber batalla con él de un caballero por otro. E ficiéronme entender que vos querés esta batalla con él, si quitare de desta prisión a vos e a vuestros compañeros; de lo cual os fago seguros cuando esta batalla fuere vencida.

—Jurad, dixo el rey, que después de la batalla que nos quitarés a todos.

Entonces fizo el señor de la torre tal juramento, cual le él dixo.

—Agora os digo, dixo el rey, que saquéis de la prisión a estos otros, que yo entraré en la batalla cual hora vos quisierdes.

E el señor los mandó sacar fuera de la prisión por amor del que la batalla tomó a su cargo. E sacáronlos luego, e leváronlos al palacio flacos e muy magros, de la criminal prisión que tenían. Entonces dixo el señor de la torre al rey Artur:

—Amigo, mañana ha de ser vuestra batalla. Por Dios pensad de guardar vuestra honra e la mía.

El rey respondió:

—Bien pensaré más por mí que por vos, e en otra manera sería deshonra mía.

E el caballero cuanto más cataba al rey tanto más se esforzaba en su corazón, ca bien le parescía que nunca viera ninguno de mejor parecencia para cometer tan grant fecho como aquél.

Aquí dexa agora de fablar désto, e face mención de dónde esta batalla hubo comienzo.

Ya es dicho, ante de agora, cuánto Morgaína desamaba a su hermano el rey Artur sobre todos los hombres del mundo; no porque le nunca errase, mas porque es costumbre de los malos e de los desleales, que siempre desaman los buenos. E Morgaína sin falta desamaba al rey Artur, porque vía que valía más que todos los de su linaje. E si ella desamaba al rey Artur, que era su hermano, bien otrosí desamaba al rey Urián, que era su marido; que ella lo hobiera muerto, si tiempo fallara sin saberse. Mas amaba de corazón a Acalón, su enamorado. E jamás entendía en otro, si no en matar a su hermano e a su marido, que por fuerza o por encantamento, o que por ruego que entendía de facer a los altos hombres de la Grand Bretaña, que la hobiesen por señora. E ella había ordenado que entre aquellos dos caballeros hermanos, de quien arriba es dicho, hobiese discordia, e que no pudiesen haber paz si no por batalla. E ella conoscía aquellos dos hermanos. Por aquel conoscimiento veniera el uno dellos a ella, e díxole:

—Señora, yo no entiendo fallar quién por mí faga una batalla que tengo aplazada contra mi hermano; e vos, señora, me podríades bien ayudar si quisiésedes. E por Dios dadme en esto algún consejo.

—No os pene, dixo ella, que yo os porné en prisión en vuestro poder uno de los mejores caballeros de la Tabla Redonda.

E este caballero había nombre Damas, al cual no amaba ella tanto como al otro su hermano; e quería que ante perdiese éste que no el otro. E por ende le dió al rey Artur en prisión, porque creía que no era el rey Artur tan buen caballero en armas como él era.

E bien ansí como este Damas se vino a quexar a Morgaína, así vino a ella el otro su hermano, que ella más amaba. E él andaba llagado de una llaga que le ficiera un caballero, e no podía bien guarescer a su voluntat, e rogó a Morgaína lo mesmo que rogó el otro. E Morgaína le dixo:

—Non hayáis miedo, que yo os porné en breve un tal caballero en la mano, que bien fará vuestra facienda a vuestra honra; mas guardadvos que no digáis cosa a ninguno.

E dixo él que ante querría ser muerto que lo decir. E porque Morgaina amaba más a éste que non al otro su hermano, e por ende le dió Acalón, ca bien creía que era mejor caballero que el rey Artur. E ficiera ella esto tan encubiertamente, que Acalón no sabía con quien se había de combatir. E él tenía todo esfuerzo en la batalla por la buena espada Escalibor del rey Artur. Esto le facía estar más seguro, e más que era buen caballero en armas. E por Morgaina engañar al rey Artur en todas cosas, fizo facer una espada contrafecha a semejanza de la suya, que se tanto parescían que a duro podían determinar la una de la otra, según que arriba es dicho. E aquélla dió ella a la doncella para dar al rey Artur en el día de la batalla. Mas Escalibor, la su buena espada, envió ella por un su enano a Acalón, su amigo, con que matase al rey Artur su hermano. E así fué, ca la mala espada fallesciera al rey Artur, e si non fuera por la Doncella del Lago, según adelante se dirá, él fuera muerto. E por esta batalla se creyó Morgaina vengar de su hermano el rey Artur. E ésto era grant traición, ca ella fijo jurar a Acalón, su amigo, que non partiese del campo fasta que cortase la cabeza a aquel caballero, con quien se había a combatir, no le diciendo quién era el caballero, ca si él supiera que era aquél el rey, no lo jurara. Así había puesto Morgaina en obra la muerte de su hermano, que no esperaba sino que le cortase la cabeza escondidamente. E dixo a las dueñas e a las doncellas que ahí enviara, que cualquiera que le troxiese la cabeza del rey Artur, que la faría reina.

Aquí dexa de fablar désto, e dirá en su lugar lo que después sucedió, e torna la historia a hablar de Bandemagus e de la doncella.

Capítulo XL

De cómo Bandemagus iba con la doncella que tomó a Morlot e con un su escudero.

Después que Bandemagus tomó su doncella, que no respondió a Morlot a ninguna cosa de lo que le decía, ante se fué con ella por la montaña, que era muy espesa, e iba muy alegre porque su doncella había cobrado. E andovieron todo ese día fasta hora de viésperas sin comer ni beber; e llegaron a un valle extraño e muy fondo e enojoso de andar, ca de una parte e de otra era todo peña viva; e era todo el camino empedrado e lleno de grandes peñas. E entraron en el fondo del valle e vieron andar caballos paciendo, e yendo más adelante vieron dos chozas de nuevo, e aquellas chozas fueron de la compaña de Merlín e de la Doncella del Lago, que estovieron allí. E entraron en una cueva que era en aquel valle. Esta Doncella del Lago encerró ahí un monumento de extraña manera fecho, ca era de mármol bermejo e a Merlín metiólo dentro, en manera que con los encantamentos que le mostró no pudo dende salir fasta que murió allí; e la manera cómo fué cuenta aquí el autor.

Verdad es que Merlín fué fijo del diablo, e bien se otorgó en todas las historias, e asimesmo que él fué el más sabio hombre del mundo e que más supo de las cosas que eran por venir, si no Dios. E ningún hombre non sabe quién fablase tan maravillosamente de las cosas pasadas e de las que eran por venir. E príncipes no fueron en su tiempo, ni otra cosa, que lo él no supiese ante que viniese, e otrosí cuál fin habrían. Mas sin falta por el grand saber que había, fabló tan escuramente que no podía hombre entender lo que decía, porque dixo en el libro del Sancto Greal que sus profecías no serían sabidas fasta que fuesen pasadas. E tanto dixo de las cosas que habían de venir, que fué llamado profeta de los ingleses, e aún agora ansí lo

llaman, que mucho supo de sí e de otre. E otrosí de su muerte dixo que mujer lo mataría; e él guaresció de muerte a muchos buenos hombres, e a sí mesmo no pudo guarescer, e él así lo dixo. E ésto acaece en muchos lugares, que los que son maestros e sabios e dan consejo e profetizan a otros, e a sí no pueden dar consejo ni profetizar lo que les aprovecha a su muerte. E así acaesció a Merlín, que profetizó a todo el mundo e era el más sabio e a si mesmo no pudo aconsejar ni profetizar, ca él amó por su pecado a la Doncells del Lago, que era en aquel tiempo una de las más fermosas mujeres del mundo; e otrosí era muy rica e había grant tierra, e era natural de la pequeña Bretaña; de bautismo había nombre Viviana. E ésta crió muchos hombres buenos e muchas dueñas e fizo mucho bien.

E cuando ella vió que la Merlín amaba por su deshonra, comenzó aprender dél todos los encantamentos que sabía, e faciale grand infinta que lo amaba mucho lo que ella amaba poco. E cierto que él fizo tanto que aprendió dél tanta sciencia que sabía más que hombre ni que mujer que fuese en aquel tiempo, salvo Merlín que sabía más; sabía profetizar lo que Merlín non sabía mostrar a otre. E él la amaba de todo su corazón; e ella lo desamaba en cuanto podía, que nunca mujer desamó tanto a hombre, e bien lo mostró en la fin; pero tanto le mostró ella de amor que él creía que lo amaba mucho. E así anduvieron un grand tiempo, ella aprendiendo todavía dél, fasta que llegó aquel valle donde Bandemagus llegó después a las chozas que ellos ficieron. E un día que llegaron allí la Doncella del Lago dixo a Merlín:

—¿Parésceos este lugar bien extraño?

—Sí, dixo Merlín, pero no es tan extraño que en él non vos amuestre la más rica cámara e más fermosa que nunca vistes.

—¡Ay Dios!, dixo la doncella, ¿quién podría facer en tan extraño lugar tan fermosa cámara como vos decís?

—Cierto, dixo Merlín, yo os lo diré cómo fué aquí fecho. En esta tierra hubo un rey poderoso que había un fijo grant caballero e fermoso, e era de edad de quince años. E en aquel tiempo había en esta tierra un caballero pobre, que había una fija muy fermosa. E amábala tanto aquel fijo del rey que quiso casar con ella e tomarla por mujer. E cuando lo supo el rey fué muy sañudo e dixo al fijo:

—¡Oh malo, loco!, ¿así quieres deshonrar e abaxar nuestro linaje?

Cierto, si te no partes desta locura, yo te faré tal escarmiento que nunca seas de ver al mundo, ca ella no es para ser tu mujer, cual tú debes haber. E no hay cosa en el mundo por que yo quisiese que lo fecieses, ca me sería a mí grand vergüenza e a tí mengua; e porque sólo en ello pensaste la faré matar.

El fijo fué dello tan espantado que no supo darle consejo. E por la gran saña que veía en su padre pensó de guardar más la doncella, que creyó que la perdería. E pensó de esconderse con ella; e tomó cuanto haber pudo, que les paresció que bastaría para espender grand tiempo él e ella, e a dos escuderos e una doncella de que fiaba mucho, e sus caballos e sus canes. E veniéronse aquí, porque sabía él que aquí adelante había una grand peña que decían Alpía. E en esta peña ninguno no entraba si no por ventura; e no andaban ahí sino bestias fieras; e dixo en su corazón que allí se escondería con su doncella. E así como lo pensó lo fizo, e tomó maestros para facer casas lo más encubiertamente que pudo; e fizo facer una cámara en aquella cueva tan rica e tan fermosa, que no la hay tal en el reino de Londres; e fué toda fecha a picos e a escoplos de fierro en la peña viva. E después fízola pintar con oro y azul e otras pinturas tan apuestamente, que es muy sabrosa cosa de ver. Después que aquel infante hubo fecho su cámara, metió dentro su doncella e dixo que nunca se partería de allí mientra su padre viviese, e que ante querría perder cuanto había que aquella doncella. E dixo que jamás no se partería de allí.

E vivieron en aquella cueva tres años, que no salieron de aquella montaña; ansí que por la grand morada que allí fizo, saliendo a las veces a monte, que los vieron algunos e dixéronlo a su padre. E cuando lo supo su padre llamó a tres de sus caballeros, de que fiaba mucho, e fuélo buscar aquella montaña, e dixo aquellos tres caballeros que se no partería de allí fasta que lo fallase. E grand tiempo lo andovieron buscando, que no pudieron dél saber nada; e désto non sabía el fijo parte. E andaba un día a caza con sus canes e con sus escuderos, e por ventura dixo el rey un día aquellos caballeros que fuesen cada uno por su parte, ca más aína lo podrían fallar que todos ayuntados. E dixo que a la noche fuesen todos a un su castillo que había nombre Rochandera, porque está encima de una fuerte peña. E los caballeros ficiéronlo así como el rey les mandó E el rey se fué solo e atravesó la montaña. El así andando falló

un sagüeso en un valle que andaba tras un ciervo que levantara su fijo, e el rey llamólo; e el can, que lo conocía de crianza, que él lo había criado, fué a él faciendo su alegría. E el rey por el can que vió entendió que su fijo no era muy lueñe de allí, e que lo podía fallar por do el can fuese. Entonces lo dexó ir, e el can, porque conocía al rey, tovo que era libre de su caza e dexóla, e fué por el camino derecho para la posada del infante, e el rey en pos dél.

El infante no era allí cuando su padre llegó, ante andaba a caza como vos ya dixe. E cuando el rey vió la morada de la cueva, e la vió tan fermosa e tan rica, luego entendió que su fijo moraba allí con su amiga. E apeóse e ató su caballo a un árbol e paróse a la puerta con su espada ceñida, ca otras armas non tenía. E vió una doncella que salía fuera por el roído del caballo, creyendo que era el infante su señor. E cuando vió el rey la doncella, conocióla e ella a él. E en que vió que no era su señor, tornóse a su cámara mucho espantada. El rey estaba contra ella muy sañudo con pesar, porque creía que por ella su fijo había perdido. E él entró dentro, e non falló sino aquella doncella amiga de su fijo, e la otra doncella que estaba con ella. E el rey preguntó quién estaba dentro. E ellas fueron mucho espantadas e dixeron:

—Señor, no hay acá otro, sino nos.

E el rey dixo:

—¿Dó es el fijo del rey, que aquí mora?

E ellas dixeron:

—De mañana salió a caza.

Entonces se tornó el rey contra aquella doncella, e dixole:

—Mucho mal e mucho pesar me habéis fecho de mi fijo que me tirastes.

Entonces metió mano a la espada, e dióle tal golpe a la doncella que le cortó la cabeza, ca bien creyó que si ella fuese muerta que cobraría a su fijo.

Muerta la doncella, el rey dexó su espada con que la mató e tomó otra que él hubo dado a su fijo. Esto fizo él porque su fijo conociese quién la había muerto. E después salió de la cámara e cabalgó e anduvo tanto que llegó a su castillo, e se ayuntó con sus caballeros a la noche. E después que allí fueron todos, contóles todo como le acaesciera, e dixoles:

—Tornemos allá mañana e conhortaremos a mi fijo. E a ésto se

acordaron todos. Pero algunos de los que allí estaban le dixeron que mal ficiera en matar la doncella, e que no fuera fecho de rey, más de caballero bravo e desleal. E fué mucho retraído, porque tal villanía había cometido.

Dice la historia que después désto, contra hora de viésperas que llegó el infante de la caza a su posada; e tanto que el caballo vió la posada comenzó a relinchar; e la dueña había tal costumbre que, cuando veía el caballo relinchar, luego salía a rescebir a su amigo. E cuando él llegó e la no vió, maravillóse. E sabed que cuando el rey la mató e se fué, fueron todas las otras doncellas cada una a su parte del monte como locas, e con grand espanto. E cuando el Infante llegó e falló a su amiga muerta, que amaba más que a sí, dió una grand voz e cayó en tierra, e estovo una grand pieza amortescido. E cuando los escuderos entraron e vieron a su señor así yacer e a su amiga muerta, fueron muy espantados e ficieron muy grant duelo, e dieron muy grandes voces. E el infante acordó e dixo:

—¡Ay Dios!, ¿quién me fizo tanto mal, que me así mató mi amiga? Amigos, ¿sabés quién me fizo ésto?

E los escuderos dixeron llorando:

—Señor, no sabemos ende cosa; ¿e quién fué tan malo que mató esta dueña e que tal atrevimiento fizo?

E el infante decía:

—¿Quién fué éste que tal cosa fizo, e vino aquí por me facer perder el corazón e el alma e cuanto había?

Después que el Infante esto dixo, tomó la espada con que mataran la dueña e dixo contra los escuderos:

—Amigos, vos me servistes bien e lealmente tiempo ha; e mi padre pensó por me matar esta dueña me cobraría, e por la su muerte me perdió. E conviene que con esta espada que ella por mi murió, que con esta mesma muera yo por ella. E decit a mi padre, cuando viniere, que le pido por merced que mande facer un monumento noble en aquella cámara donde yo e esta doncella muchas veces hobimos placer. E que nos faga a amos meter en él, e que faga a vosotros bien e merced, en galardón de cuanto bien me había de facer.

Después que ésto e otras cosas dixo, tomó el espada por el arriaz e terióse con ella por los pechos, en manera que paresció la punta por las espaldas. Después que este golpe fizo, comenzó a dar en tierra con

los pies e con las manos, e dió una gran voz con cuita de muerte; e a poca de hora salióle el ánima del cuerpo.

E cuando los escuderos esto vieron, hobieron mayor pesar que de ante habían, e toda la noche ficieron gran duelo. E otro día de mañana llegó el rey por conhortar a su fijo e levarlo de allí. E cuando lo falló muerto e dixeron los escuderos cómo se matara, dixo:

—Yo maté a mi fijo e a mí con mis propias manos, e agora soy mezquino e cativo.

E ansí fizo su duelo muy grande. E los escuderos le contaron al rey todas las cosas que el Infante dixo, e que rogasen a su padre que lo enterrasen con aquella su amiga en aquella su cámara, e que en su sepultura pusiesen escritas letras que dixesen así:

Bien como cisne que llora
su muerte cuando consiste,
que la dice e la memora
con aquel gemido triste;
así mi mal lloraré
con un sospiro profundo,
la vida que dexaré
de aqueste cativo mundo.

Lloraré mis tristes males,
lloraré mis grandes penas,
fatigas tan desiguales
que sobran a las ajenas;
lloraré la fin venida
de aquesta que muerta veo,
pues que la fin de su vida
dió morir a mi deseo.

E que les ficiese merced a ellos por cuanto servicio le ficieran.

El rey dixo que cumpliría todo cuanto su fijo había mandado. E así lo fizo, e enterrólos en aquella cámara en un monumento de piedra bermejo, muy ricamente obrado con oro e plata e con piedras preciosas; e fizo escribir alrededor del monumento las letras que su

fijo mandó. E cuando esto hubo el rey fecho, fuése dende e nunca ahí más tornó.

La Doncella del Lago dixo:

—Esta cámara quiero ír a ver, que decís que es tan bien fecha e en tan extraño lugar.

E ésto era ya tarde, al sereno de la noche. E fizo Merlín encender muchas candelas, e fuése con la doncella a la cueva, e caballeros e escuderos e doncellas con ellos. E dexaron la otra compaña en la posada do tenían el fardaje. E cuando llegaron a la cueva fallaron una puerta de fierro que parecía que había muchos años que no fuera abierta; e abriéronla e entraron dentro e fallaron aquel lugar tan rico e fermoso que no ha hombre que lo contar pudiese. E fueron a la cámara e fallaron otra puerta de fierro, e abriéronla e entraron dentro, e fallaron ahí aquel monumento cubierto de cobertura de seda colorada.

Después que la Doncella del Lago cató la cámara toda, e los cuerpos de los dos amadores que yacían dentro muertos, dixo en su corazón que, pues aquella cámara era en tan extraño e apartado lugar, que creía que nunca ahí hombre vernía, que era bien que quedase allí Merlín para siempre. E dixo a Merlín:

—Cierto, muy alegre e sabrosa vida facen los dos amadores que se bien quieren en tal logar; e maravillosamente se amaron estos que dexaron el mundo por haber placer de sus amores.

Merlín dixo:

—Cierto, señora, como éstos dexaron el mundo con sus amores, así lo dexé yo por vuestro amor, que bien sabéis cómo yo era señor de la Grant Bretaña e de la Pequeña, e del rey Artur e de su facienda toda; e cuánta honra me facían todas las gentes, e creían cuanto yo decía e guiábanse por consejo mío: e todo lo dexé por vuestro amor.

E la doncella le dixo:

—Merlín, esto sé yo muy bien; así faré yo por vos. E cierto de aquella tan gloriosa vida que aquellos dos amadores hobieron, he yo gran envidia, e quiero que folguemos esta noche aquí, e hayamos placer.

E Merlín dixo:

—Señora, fagamos como quisierdes.

Entonces mandó ella venir sus gentes, e mandó que le traxiesen allí

su cama e bien de cenar; e Merlín mandó traer la suya. E a poca de hora tornó Merlín muy triste e a facer mal contenente. E la doncella le dixo qué había; e él le dixo:

—Cierto, señora, que todo el cuerpo me duele e todos mis miembros me triemen, e falléceme la fuerza e el corazón; e tomo tan gran espanto que no sé qué puede ser de mí.

E la doncella le dixo:

—Merlín, no hayáis miedo e esforzadvos, que a los otros solíades vos esforzar. ¿Cómo os desmayáis?

Merlín no respondió cosa después que esto dixo. Cenaron e fuese Merlín acostar e durmióse luego, como aquel que había sueño mortal.

Después que la doncella lo vió dormido fizo sobre él su encantamento, que le él mesmo enseñó, e encantólo tan fuerte que no sentía cosa que le ficiesen. E llamó aquellos de su compaña e de quien se más fiaba, e dixoles:

—Tomad a Merlín e traetlo por esta casa por los cabellos e por los brazos, e veré si acordará.

E ellos lo ficieron, mas por mal que le ficieron nunca pudo acordar. E después que esto hubo fecho dixo aquellos que lo arrastraban por la casa:

—Amigos, ¿qué os paresce de mi saber, que es bien encantado éste que solía a los otros encantar?

—Cierto, sí, dixeron ellos.

—Amigos, dixo ella, este hombre sabed que es fijo del diablo e sus obras facía; e andaba en pos de mí por me facer escarnio e deshonra, si pudiese, ca él creía de mí haber la mi virginidad, la que yo he ofrecido a Dios. E nunca otro la habrá si non Él, como Señor que todas las cosas e a mí fizo. E bien escapé del fijo del diablo sin me deshonrar, si pudiera; mas Dios me libró dél, que sabía mi intención e la suya. E pues que él me quería escarnescer, mejor es que escarnesca yo dél. Cierto por mal suyo me cuidó deshonrar, ca yo le acortaré su vida por lo que él contra mí pensaba facer.

E mandó luego tomarlo a aquellos sus hombres, e metiéronlo dentro en aquel monumento que estaba abierto; e fízolo cerrar así como ante estaba; e fizo encima del monumento su encantamento con letras e carátulas que le él mesmo enseñara, tan fuertes que jamás no verná tan recio hombre que pueda abrir ni alzar la cobertura del monumento,

ni sobre él tirarla. Ni fué alzada fasta que llegó y después Tristán el Buen Caballero, que la alzó. E este encantamento fizo ella en tal manera: que él yacía sobre los dos amadores. E puso sobre el monumento una campana, por tal vía, que de ninguno pudiese ser alzada fasta que viniese aquél que había de amar más lealmente que todos los que amaron. E cuando viniese el Amador de los Amadores, e viese aquel monumento e las letras que en él estaban e el nombre de Merlín, desfacerse bía el encantamento, porque había él de alzar la campana para ver los huesos de los amadores. Así fizo el encantamento como Merlín mostró; e así avino que duró después fasta que Tristán vino e estuvo ahí, como adelante oirés.

Desta manera fué Merlín metido en el monumento; e comoquiera que él fué muy sabio e grand profeta de las cosas que habían de venir, Dios, que es sabidor e poderoso en todas las cosas, no quiso que él esto supiese, ni que se desto pudiese guardar. E así fué soterrado vivo e engañado por mujer virgen, así como lo él profetizó; e así fué muerto por los encantamentos mesmos que él mostró a la Doncella del Lago, ca en otra manera ella ni otre no lo pudiera matar, sino Dios. E aquella noche durmió allí, e en la mañana cabalgó con sus gentes e fuese.

Al tercero día llegó allí Bandemagus e su doncella; e cuando vió las chozas e las ramas dixo a la Doncella:

—Doncella, aquí reposemos en estas chozas hoy, si falláremos a quien conozcamos, e si podremos saber quién las fizo en tan extraño lugar.

E entonces se fueron allá e no fallaron hombre ninguno ni mujer; e avínoles tan bien que en una de las chozas fallaron cuanto habían menester para sí e para sus caballos; la cual provisión la compaña de la Doncella del Lago dexaron, porque la no podieron levar. E ellos fueron alegres desta aventura, ca lo habían menester; e dixeron que pues les aviniera tal aventura, que querían folgar allí aquella noche. E otro día de mañana Bandemagus se levantó así armado como estaba, que no se desarmó de noche; e la doncella dormía, ca era cansada de la jornada que ficiera.

E Bandemagus salió de la choza e miró si vería alguna iglesia do irían a oír misa, ca era en aquel tiempo costumbre de los caballeros andantes oír misa antes que entrasen al camino, si fuese en lugar do pudiesen fallar clérigo, e demás que los de la Tabla Redonda lo

habían de facer por mandado de la corte e porque era costumbre. E estando Bandemagus mirando si vería alguna iglesia, vió una carrera por do la Doncella del Lago e su compaña salieran de la cueva do Merlín quedó soterrado vivo. E él entró por aquella carrera fasta que entró en la cueva, e falló la puerta de fierro que dixe. Estonces entró e miró a todas partes, e dixo:

—¡Ay Santa María, qué cosa es ésta tan buena e tan fermosa!

E él ésto diciendo oyó una voz espantosa, como de hombre que yacía so tierra, e miró derredor de sí e no vió cosa, e fué espantado e dixo:

—No dexaré de saber qué cosa es esta voz.

E parescióle que en aquella cueva era do salía. E tomó la espada en la mano e abrióla e entró dentro, e vió aquella casa tan buena e dixo en su corazón que era paraíso aquella cámara; pero hobo miedo de ser encantado, porque veía tan fermosa cosa en tan extraño lugar; e cuando vió el monumento maravillóse, ca nunca viera otro tan fermoso e tan rico. E en la cámara había gran lumbre, ca de suso dél había tres finiestras muy buenas. E después que vió el monumento fué contra los pies dél, e vió en la campana e en el sepulcro letras. E visto lo que decían, estuvo pensando en quién podrían ser los dos amadores. A deshora oyó una grant voz que decía:

—¡Ay captivo!, ¿por qué nascí?

E desta voz fué él tan espantado que no hubo qué decir nin supo qué ficiese, ca bien vió que aquella voz salía del monumento; e quísose ir, pero dixo:

—Grand vergüenza me sería de estar en el lugar donde tal cosa oyese, si no supiese do sale esta voz e qué cosa es.

E él estaba todavía mucho espantado. Estonces escuchó e oyó fablar paso a aquél que yacía en el monumento, e decía así:

—Bandemagus, no hayas miedo de mí, ca no te verná por mí mal alguno.

E cuando esto oyó el caballero esforzóse más, e fabló más osadamente e dixo:

—¿Quién eres tú que me conosces e sabes mi nombre e tales ansías faces? ¿Eres muerto o vivo? Cierto, mucho me maravillo de tí; e por Dios, díme tu nombre e fazme saber de tu facienda e qué cosa eres.

E después désto salió del monumento una grand voz mucho dolorosa e muy espantosa de oír, e fabló más claramente e dixo:

—¡Ay Bandemagus, sabe que yo soy el más mal aventurado hombre del mundo!; e verdaderamente así es, porque yo mesmo fice que muriese tan crudamente, que yo me maté con mís propías manos, porque enseñé a la más mortal enemiga que en el mundo había con qué me pudiese matar.

E después que ésto dixo dió otro baladro muy doloroso. Estonces se signó Bandemagus e fabló más sín miedo, e dixo:

—¿Tú eres hombre, o cómo fuíste encerrado en este monumento?

E la voz le dixo:

—¡Ay Bandemagus!, confiando yo de una doncella en la cual nunca fallesció crueza e deslealtad e traición; a la cual yo fice mucho bíen e mucha ayuda, porque la más amaba que a otra cosa, me encerró aquí, que por su saber nín poder non pudiera ella facer cosa contra mí; mas yo le enseñé por que ella me ha dado tan cruda muerte.

E Bandemagus le dixo:

—Decidme, por Díos, ¿quién soís vos e cómo habéis nombre?

E la voz le dixo:

—Bandemagus, tú me viste ya muchas veces en grand honra e muy preciado; ca el mundo me tenía en parte por señor, e creían todo lo que yo decía, así como sí lo dixese uno de los apóstolos del Señor; e a tí no me quiero encubrír. Sabe que yo soy Merlín, el que tú mucho amabas en casa del rey Artur; e todos los que me veían me tenían por el más sabío del mundo; mas cierto yo fué el más sandío e el más alongado de saber que en el mundo nasció, ca yo mostré e enseñé a mí enemiga cómo ella me matase. E pues así fué yo el más sandío hombre del mundo, porque yo mostraba a los otros cómo se guardasen, e el mí mal no supe entender ní guardarme dél, ní quíso que mí pecado lo supiese. E cierto bíen podés decír al rey Artur, que en mí muerte perdió uno de los mejores amígos que en el mundo había. E cierto el reíno de Londres me fallará mucho menos cuando le será menester; ca sí yo aquel tíempo llegara no fuera destruído el reíno de Londres, como lo ha de ser.

Cuando Bandemagus esto oyó fué mucho espantado e dixo:

—¿Cómo? ¡Vos soís aquel muy sapientísimo Merlín que teníamos por profeta?

—Yo soy, dixo Merlín, mas yo no había tanto saber como vosotros creíades, que ya os dixe que yo mesmo me traxe a la muerte.

E Bandemagus le dixo:

—Merlín, vos no os desconfortéis, ca yo abriré el monumento e os tiraré de ahí, si os no tiene otra cosa; que si vos ahí muriésedes sería grand daño e cosa de mucho doler.

Entonces dixo Merlín:

—De balde os trabajarés, ca este monumento es cerrado por tal encantamento, tan fuerte e por tan fuertes palabras, que son de tal calidad que no hay hombre en el mundo que lo pudiese abrir. E por esto me conviene de morir, ca en el mundo non hay hombre mortal que me pueda dar vida. E esta campana que veis no se moverá por caballero que aquí venga, que es en tal manera encantada que no se podrá mover fasta que Tristán el buen caballero venga aquí, que me ha de sacar.

E Bandemagus le dixo:

—Decidme quién es aquel Tristán, e irlo he buscar por libraros desta muerte, si él fuere cerca de aquí.

E Merlín le dixo:

—Bandemagus, ¿e qué dices de Tristán, que es aún tan pequeño que aún trebeja con la teta de su ama, e no ha aún dos años complidos? E aquél verná aquí por ver mis huesos e mi sepultura, e por llorar mi muerte; e aquél abrirá este monumento, e fasta aquel tiempo que aquél venga no se abrirá. E aquél será tan buen caballero que su buena caballería e sus tan buenos fechos, e su fermosura e cortesía alegrará a todo el mundo. E creed esto sin falta, mas yo non lo veré; e pesa mucho e por bienaventurado me ternía, si pudiese ser que folgasen mis ojos en vista de tan buen caballero como él será; e todo hombre bueno debía desear de lo ver.

E Bandemagus dixo:

—¡Ay Merlín!, pues me decís que tan buen hombre será e tan buen caballero aquel Tristán, que por sus bondades e caballería será el mundo en alegría e placer, por Dios me mostrad, si os pluguiere, cómo lo conosceré yo cuando él fuere caballero.

Merlín dixo:

—Bandemagus, así como se conoce la luna entre las estrellas, que es mucho mayor e de mayor lumbre, así parescerá Tristán sobre todos los caballeros; mas verdaderamente que él habrá dos caballeros

en compañía; e el uno será poco mayor de días que él, e será su par; e el otro será un poco mejor que él; pero Tristán será flor de los caballeros en bondat e en toda caballería, e ninguno de los otros no serán tales como éstos. E éstos serán muy buenos en caballería, mas a todos pasará Tristán en bondad e fermosura.

Bandemagus le dixo:

—Pues vos, Merlín, me decís que estos tres serán tan buenos caballeros, que pasarán en toda bondad e caballería a todos los otros, e pues me decís el nombre del uno, decídme el nombre de los otros dos.

—No faré, dixo Merlín.

E después que esto dixo dió un gran baladro doloroso, que el cielo trespasó, tal que Bandemagus hubo dél gran cuita e sentimiento; e si lo pudiera acorrer de grado lo ficiera. E Merlín fizo dentro su duelo muy doloroso e esquivo a maravilla, que no hay corazón humano que no hubiese dello grand sentimiento; e Bandemagus le dixo:

—¡Ay Merlín, buen amigo!, decidme si os pluguiere: la Tabla Redonda que se fizo por vuestro consejo, ¿qué será della?

E Merlín dixo:

—Bandemagus, ella entrará en grand honra e en muy grand alegría e alteza, además, e será de tan grand poder, que habrán las gentes que fablar por siempre; e todos los buenos caballeros del mundo que se presciaren la vernán a ver; e el que ende fuere compañero se terná por bien andante. E cuando fuere en la mayor honra e en el mayor poder, entonces comenzará su vergüenza e verná su abaxamiento, e comenzarse han a perder todos los buenos hombres. En aquel tiempo se llamará el rey Artur rey tribulado, e luengo tiempo deseará su muerte. E aquel tiempo fallescerá la flor de la caballería de todo el mundo, e los reinos de Londres, que tú verás complidos de toda buena ventura sobre todos los otros reinos, tornarán en grand dolor e cuita; mas aquel tiempo no verás tú, ca aquel que no ha miedo ni vergüenza a ninguno enviará por tí.

E Bandemagus le dixo:

—Decidme, ¿qué decís del rey Artur?, ¿podrá reinar luengo tiempo?

—Sí, dixo Merlín, e será mucho menester al mundo de reinar mucho, e todos los reyes desta tierra valdrán muy poco sin él, ca él en su vida usará luengo tiempo de alegría. E avenirle han cosas extrañas; mas al fin su casa será fuente de lágrimas, e su término será en

el doloroso día en que los que quedaren de la Tabla Redonda farán fin. Aquel día será buen día de sangre e de tristeza e de mortal pesar; aquel día entrará saña e pesar e dolor; aquel día habrán a los ojos atados paños que no verán; aquel día será la ventura madrastra a todo el mundo, e todos en aquel tiempo serán lavados en sangre de hombres. Allí se matarán hermanos e parientes, e el padre al fijo e el fijo al padre, e no se habrán vergüenza ni se temerán el uno al otro; e allí non habrá sino cuita e dolor, después que el padre diere el golpe al fijo malo e mal fecho, de que morirá; e de aquel golpe morirá la flor de la caballería toda. E aquel día será día de grand duelo e pesar, que no lo podrá creer hombre ninguno. E el mundo todo debría rogar a Dios, que no fuese aquel día; e aquel día serán tinieblas e noche escura. E este día verná en las tierras por ocasión de la reina Ginebra, e por amor de la maldita sierpe que al rey aparesció en visión.

Después que Merlín esto e otras cosas muchas hubo dicho, callóse, e a cabo de una pieza tornó a facer su duelo muy fuerte. Después que hubo fecho el duelo, Bandemagus le dixo:

—Merlín, yo me tengo de combatir con Meliadús el Arreciado, ¿qué me decís?, ¿poderlo he vencer?

—No, dixo Merlín; ca es mayor e mejor caballero que vos e mucho más recio que vos. E creed que si os combatís con él en esta edad en que estáis, que os matará.

E Bandemagus dixo:

—Pues ¿qué faré que todavía me he a combatir con él, queriendo o no?

E Merlín dixo:

—Bandemagus, yo vos diré cómo fagáis, e si de otra manera lo facéis seréis muerto. Así como vos andáis demandando a Meliadús el Grande por lidiar con él, así lo anda buscando Morlot de Irlanda fasta que lo falle; e vos punad de haber compañía e amor con Morlot. E desque tomardes con él amistat faced por le buscar juntos, e dexad tomar con él la batalla a Morlot antes que la vos tomés. E sed cierto que Morlot ha de matar a Meliadús, e así será vuestra demanda acabada. Entonces vos podés tornar a la corte del rey Artur, sin vergüenza desta demanda cuando quisierdes, mas vuestra honra anda en esto catando deshonra. E por esto te aconsejo que lo así fagas, ca lo no puedes en otra manera facer sin recebir muerte.

Cuando estó oyó Bandemagus dixo que así lo faría. E Merlín dixo a Bandemagus:

—Si fueres a la corte del rey Artur, díle de mí parte que es preso su sobrino Galván, e no puede ser libre sino por su hermano Gariete; e mire cómo arme caballero a su hermano Gariete, si quiere que sea libre Galván.

E después que ésto hubo dicho Merlín, callóse; e a cabo de un pequeño espacio preguntó Bandemagus:

—¡Ay Merlín!, ¿quién fué aquélla que os ansí prendió e encerró aquí tan fuerte que vos no puede hombre dar remedio?

E Merlín le dixo:

—Una doncella que yo ví en tan mal día para mí, e ha nombre de baptismo Niviana e es natural de la Pequeña Bretaña, e llámanla la Doncella del Lago, que en punto malo nasció para mí e para muchos buenos a quien yo faré grand falta; e en fuerte hora ví su compañía.

E desque esta palabra dixo, callóse así que cosa que Bandemagus le preguntase no le respondió; e muchas veces le preguntó e no respondía, e así atendió fasta otro día. Entonces vino un grand tronido con relámpagos e piedra e agua, e escuridad tan grande que parescía noche escura. E Bandemagus cayó en tierra e perdió grant parte de su fuerza. Un poco después de hora de nona dió Merlín un grand baladro e un gemido tan espantoso, que Bandemagus hubo grand miedo; e a cabo de una pieza fabló no en voz de hombre, mas de diablo, e dixo:

—¡Ay mala criatura, e víl e fea e espantosa de ver e de oir, mal aventurado e de mal facer, que ya fuiste flor de verdad e ya fuiste en la bendita silla en la gloria celestial con toda alegría e con todo bien complido! Criatura maldita e de mala parte desconoscida e soberbia, que por tu orgullo quesiste ser en lugar de Dios, e por ende fuiste derribado con tu mezquina e cativa compaña; e tiróte del lugar de alegría e placer por tu culpa, e metióte en tiniebra e en cuita que te no fallecerá en ningund tiempo. E esto has tú por tu grant soberbia, que has ganado cosa maldita que me feciste contra razón; pues que tú vees que ansí me escarnece mi pecado, porque Dios de mí no quiere haber parte, ¿por qué no vienes tú por mí con tu grande e mala compaña de tus servientes? E fazme haber mala fin, ca yo soy tu carne; ven e tómame, que de tí vine por mala ventura e a tí me quiero tornar, que

yo soy tuyo de comienzo, que siempre fice tus obras; e yo no quiero ni amo sino a tí, e a tí ruego e a tí demando que me no dexes: ¡Ay infierno que siempre estás abierto para mí e para otros, alégrate que Merlín entrará en tí, e a tí me do derechamente!

E cuando Bandemagus esto oyó fué tan espantado, que no supo qué ficiese; e signóse muchas veces de las grandes maravillas que oía, e dixo entre sí:

—Desde hoy más me quiero ir de aquí.

E luego tornó de otro acuerdo e dixo:

—Por cierto no lo faré, antes quiere esperar en qué manera finará Merlín.

E él así estando ante el monumento vino un gran trueno e pedrisco, e tan grand roído espantoso e tan grand escuridad que no vió ni punto más que si fuese noche escura, aunque era un poco ante de nona. E oyó en la casa vuelta e alborozo tan grande como si estoviesen allí mil hombres, e que diese cada uno las mayores voces que pudiese. E había entre ellas muchas voces feas e espantosas, de las cuales Bandemagus hubo grand miedo, que no se pudo tener en los pies. E parescióle que le fallescía el corazón, e que toda la fuerza del cuerpo le menguaba; e cayó atordido en tierra e muy sin virtut, que creyó luego ser muerto. ¡Tánto hubo gran miedo! E él, así yaciendo en tierra, oyó un baladro tan grande como si mil hombres diesen voces todos a una, e entre todas había una voz tan grande que sonaba sobre todas las otras e parescía que lloraba al cielo, e decía aquella voz:

—¡Ay cativo, por qué nascí, pues mi fin con tan gran dolor la he! ¿Di, mezquino Merlín, e dónde vas a te perder? ¡Ay qué pérdida tan dolorosa!

Estas palabras e otras muy sentibles dixo. E sobre esto Merlín calló e murió con un muy doloroso baladro, que fué tan en alta voz que, según lo escribe el autor e otros muchos que desto fablaron, este baladro que entonces dió Merlín fué oido sobre todas las otras voces, que sonó a dos jornadas a todas partes. E hoy día están ahí los padrones que los hombres buenos de aquel tiempo ficieron poner; e están ahí porque sea sabido por do fué la voz oida, e fasta do llegó el sonido della. E las candelas que él fizo arder siempre de luengo tiempo sobre los tres reis que mató el rey Artur, cuando venció al hermano del rey Rión, fueron luego muertas; e otras muchas cosas

acaescieron aquel día que Merlín murió, que las tovieron por maravilla. Por esto lo llaman el Baladro de Merlín en romance, el cual será de grado oído de muchas gentes, en especial de aquellos caballeros que nunca ficieron villanía, sino proezas e grandes bondades de caballería, e cosas extrañas que ficieron los caballeros de la Tabla Redonda. Desto da cuenta por extenso la Historia del Santo Greal.

Bandemagus estuvo así atordecido del espanto que hubo en oír el baladro de Merlín e las grandes voces, como ya es dicho, e tanto estuvo atordecido como uno pudiera andar una jornada. E desque en su acuerdo tornó vió tanta multitud de diablos, que le paresció que toda la tierra cobrían; e salió de allí con grant espanto e con mucho dolor, porque no pudo remediar en cosa la muerte de Merlín. E así como hombre el más de los tristes fué a do había dexado su doncella, la cual desque le vió fué muy atribulada, porque le vió tan desfigurado que a gran pena le conocía; e preguntóle con infinitos ruegos que le dixese de qué venía ansí desfigurado, e do había estado tanto tiempo. Bandemagus, vistos los congoxosos ruegos que su doncella le facía, se esforzó a fablar, que tal venía que con toda pena podía ser entendido lo que decía; e lo mejor que pudo contó, punto por punto, a la doncella todo lo que había visto e oído. La doncella se maravilló de oír las cosas que Bandemagus decía, e rogóle que luego se fuesen de allí; lo cual Bandemagus fizo.

E fuese por la montaña a ver si podría fallar a Morlot o a Meliadús el Arreciado para acabar su aventura, como Merlín le había aconsejado. E tanto anduvo que falló a Morlot, e fizo con él su amistad, e enviaron la doncella honorablemente a su tierra. E fueron buscar a Meliadús, e a poco trecho le toparon. E Morlot quiso la primera batalla, e abaxaron sus lanzas e de todo su poder se encontraron; e Morlot pasó a Meliadús la lanza por los pechos fasta la otra parte, e cayó muerto en tierra. E Bandemagus que lo vió pesóle, comoquiera que así gelo había dicho Merlín que había de ser, según arriba es dicho.

Así acabó Bandemagus su aventura, e partiéronse Morlot y él muy conformes, cada uno por su camino: Morlot a Irlanda, Bandemagus a la corte del rey Artur; e contó lo que había visto e la muerte de Merlín tan dolorosa que no le pudo poner remedio. De lo cual todos los de la corte ficieron gran sentimiento, en especial el rey Artur, que

perdía en él grand pérdida, e todo el reino de Londres asimesmo. E cierto fué tan llanteado por tantas partes, que nunca ningún príncipe ni señor tanto lo fué en el reino de Londres, ni en otras provincias; e quedaron los caballeros de la Tabla allí por algunos días, que no ficieron caballerías ni cosa que de contar sea.

Así pasó la muerte de Merlín como arriba es dicho, e con mayor sentimiento que aquí se escribir puede; pero quienquiera puede colegir por vía de razón, un hombre que tanto servía al rey e reino cuánta razón habían de le llorar todos.

Ansí face aquí fin el presente tratado, muy ilustre señor, poniendo silencio a la pluma, suplicando a vuestra real excelencia quiera recebir la presente copilación, no por profano servicio, mas con toda retitud e deseo de serviros fecha. E si en algo de lo por mí escripto algún defeto se fallare, lo que non dubdo, muy esclarescido señor, a vuestra real majestad suplico lo mande corregir e emendar, que yo no de mío este libro copilé, mas transferile de una lengua en otra, porque me parescía a este vuestro propósito o prisión algo facer. Humilmente suplicando quedo, vuestra serenidad dar quiera logar a mí tan pequeño servicio en la menor parte de su real e virtuosa condición humana.

Explicit liber.

Fué impresa la presente obra en la muy noble e más leal cibdad de Burgos, cabeza de Castilla, por Juan de Burgos, a diez días del mes de febrero del año de nuestra salvación de mill e cuatrocientos e noventa e ocho años.

Comienza la tabla del presente libro intitulado el Baladro de Merlín, que trata desde su nascimiento fasta que murió, en que hay cuarenta capítulos[1]

Tomo Primero

		Páginas
Capítulo	I.—En que trata cómo el diablo trabajó por engañar las tres doncellas hermanas, fijas de su abuelo de Merlín.............	9
Capítulo	II.—Cómo una vieja se trabajó con toda diligencia de engañar a una de las tres hermanas..........................	14
Capítulo	III.—Cómo la mayor de las tres hermanas doncellas fué a haber consejo con el ermitaño Blaisén cómo se podría del diablo guardar..................... ...	19
Capítulo	IV.—Cómo los jueces mandaron que la madre de Merlín fuese metida en una torre, acompañada con dos mujeres fasta que pariese..........................	22
Capítulo	V.—Cómo los jueces mandaron a la madre de Merlín que se retrixiese a una cámara para fablar en su deliberación....	25

(1) En la presente edición hemos restablecido la numeración conveniente de los capítulos, equivocada en la impresión original.

Páginas

Capítulo VI.—Cómo Blaisén por consejo de Merlín escribió su libro e fechos 31
Capítulo VII.—Cómo los maestros de Uter entraron en consejo para fablar en la edificación de la torre 36
Capítulo VIII.—Cómo Merlín e los mensajeros vinieron fablar con el rey 44
Capítulo IX.—Cómo Merlín e el rey Berenguer e los de su corte se juntaron para oír qué significaba lo de los dragones 50
Capítulo X.—Cómo Merlín dixo al rey Berenguer ciertas profecías 59
Capítulo XI.—Cómo vinieron Padragón e Uter, su hermano, con muchas fustas a tomar a Berenguer su reino 62
Capítulo XII.—Cómo el rey Uter e sus gentes salieron por las montañas a buscar a Merlín . . 66
Capítulo XIII.—Cómo Merlín en hábito de ermitaño vino a Uter con unas cartas de su amiga 72
Capítulo XIV.—Cómo el rey Uter e Merlín fueron a una abadía a ver un ricohombre que se fingía ser doliente 80
Capítulo XV.—Cómo Padragón e Uter se combatieron con los sansones e los desbarataron . . . 86
Capítulo XVI.—Cómo Merlín vino a los once días de Pentecosté, e el rey le salió a recebir . . 94
Capítulo XVII.—Cómo el rey movió con su hueste para ir sobre el Duque de Tintagüel 102
Capítulo XVIII.—Cómo el rey Uter Padragón adoleció e murió 120
Capítulo XIX.—Cómo todos los perlados e caballeros del reino de Londres vinieron a la coronación del rey Artur 131
Capítulo XX.—Cómo el rey Artur durmió con su hermana, porque la no conoció 137
Capítulo XXI.—Cómo el rey Artur e Merlín fablaron

Páginas

cómo sería conocido por fijo del rey Uter Padragón 150
Capítulo XXII.—Cómo se combatieron el caballero del Tendejón e Giflete 164

Tomo Segundo

Capítulo XXIII.—Cómo el rey Abrían pidió al rey Artur por mujer a su hermana Morgaína, e él gela aceptó 9
Capítulo XXIV.—Cómo vino un caballero a la corte del rey Artur, e en presencia suya mató una doncella 20
Capítulo XXV.—Cómo Merlín dixo a los dos hermanos Baalín e Baalán do estaba el rey Rión e su hueste 31
Capítulo XXVI.—Cómo Nero e sus gentes vinieron a a la batalla con el rey Artur, e fué vencido Nero e sus gentes 42
Capítulo XXVII.—Cómo el rey Artur fizo enterrar al rey Lot 49
Capítulo XXVIII.—Cómo la mujer de Ebrón e su fija vinieron a pedir al rey Artur le ficiese merced de las tierras de su marido 61
Capítulo XXIX.—Cómo Bandemagus se combatió con su primo Anquises 70
Capítulo XXX.—Cómo Morlot llevó de las tiendas una doncella 79
Capítulo XXXI.—Cómo Galván e su hermano salieron de la corte del rey Artur, e llegaron a una pradería 90
Capítulo XXXII.—De la pena que mandó dar la reina Ginebra e sus damas a Galván, por la muerte de una doncella 102

Páginas

Capítulo XXXIII.—Cómo se combatió Tor con el caballero que levó el sagüeso 109
Capítulo XXXIV.—Cómo Merlín fizo conocer en la corte quién era el padre e madre de Tor... 126
Capítulo XXXV.—Cómo el rey Artur preguntó a Merlín quién era la doncella de quien el rey Pelinor traía la cabeza........ 131
Capítulo XXXVI.—Cómo Merlín e la Doncella del Lago se partieron de la corte para ir a casa de su padre.............. 136
Capítulo XXXVII.—Cómo Merlín e la Doncella del Lago partieron para la Pequeña Bretaña 145
Capítulo XXXVIII.—Cómo el rey Artur fizo batalla con los cinco reyes, e los venció e mató a sus gentes...... 151
Capítulo XXXIX.—Cómo Bandemagus salió de la corte del rey Artur muy despechado, porque no le habían fecho caballero de la Tabla Redonda, e al rey e a los grandes les pesó..... 158
Capítulo XL.—Cómo Bandemagus tomó a Morlot de Irlanda una doncella......... 170

Fines tabule.

Epílogo

de

Alvaro Cunqueiro

No quisiera que fuera el mío un epílogo erudito a esta edición del "Baladro del Sabio Merlín". Mi amistad con el mago de Bretaña es de una calidad más bien poética, y en cierto modo puedo decir que lo he oído hablar y obrar, pues profecías suyas y prodigios algunos están todavía vivos en la memoria y en la imaginación de las gentes de mi país.

Bien niño aprendí que Merlín tenía dos barbas, la una roja y la otra verde, y supe que a los dieciséis días de edad habló delante de un rey, y cada siete palabras que pronunciaba, la última era de lenguaje secreto; si por escrito se hubiera tomado lo que en la ocasión dijo Merlín, reuniendo ahora las palabras séptimas, tendríamos la explicación de todos los misterios del universo y conoceríamos el lugar oculto de todos los tesoros. Sé también que cuando florece el avellano no se puede cortar una vara de sus ramas, porque la vara comenzaría a girar alrededor del que la cortare, y éste quedaría preso en los círculos que trazó, en las famosas ruedas merlinas, y si hacía esfuerzos por salir, lo lograría, pero saldría enfermo, amarillo, enflaquecería, y cansado, se dejaría morir en silencio, en un rincón... Hay ciudades sumergidas en Galicia, cien y más —el profesor Monteagudo ha hecho recientemente el hermosísimo catálogo—, y en varias las aguas entraron a voz de mago irado, y ese es siempre el señor Merlín de Francia, porque de los lugares posibles de nacimiento del sabio —Inglaterra, la Isla de Sena, la selva sonora de Brocelandia, en la que el ciervo se detiene, cabe una fuente, en un claro, a oír la perdiz, y tantas otras islas y países—, aquí se ha escogido la dulce Francia para su cuna. Pero, ¿qué Francia? Por la «matière de Bretagne» sabemos que en Francia

había un reino de Albania, que Siria estaba a dos días de París, y que desde el castillo de Briam, que estaría en lo que hoy llamamos el Poitou, se veían las torres de Roma, y en tiempo sin nubes, las luces de Constantinopla aparecían como ardientes brasas en el horizonte, a la hora de entre lobo y can.

Para quien sea amigo de mitos, y lo soy yo en alto grado, intelectualmente hablando, siempre será un juego emocionante buscar el punto de partida de cada uno, acertar con ese imprevisible instante en el que un personaje, un suceso, se cargan de energía mitopoiética, y se lanzan, en irrefrenable carrera, a través del bosque de la humana imaginación. Muchos mitos nos han dicho a qué se asemeja el hombre, y algunos han sabido responder a eternas preguntas: de dónde venimos, quiénes somos, a dónde vamos. Citar a Prometeo y a Fausto es suficiente ahora mismo. Y Merlín, el sabio, es de esta estirpe. Un sistema mítico dado sintetiza una concepción inconsciente del universo. «En la medida en que se pueda hablar de un universo celta-galo, los prototipos correspondientes al eje Merlín-Melusina, constituyen una popularidad fundamental del patrimonio bretón. Dicho de otra manera, sería insuficiente no ver en la maravillosa leyenda de Merlín más que un conjunto de anécdotas, porque ella expresa una de las líneas de fuerza del inconsciente arcaico celta de todos los tiempos». (I). Myrddin, nuestro Merlín, es el nombrador, el que tiene la palabra adecuada a la cosa, el que se hace dueño de las cosas con la palabra verdadera. No solamente posee el conjunto denominado «agla» (II), y por tanto el revés de cada palabra, sino que también reduce a palabra el ruido, murmullo, canto o silencio de todo lo que llamamos Naturaleza. En la At Skilia Fugls-Roedd, magia islandesa reservada a príncipes y reyes, basada en la interpretación del canto de los pájaros, es Myrddin el que ha dado las secretas correspondencias (III). Merlín escucha lo que dicen las piedras y los ríos, las aves y los bosques, las nubes y el mar. Es el gran traductor. Nadie contará como él los secretos, y es merliniana la tradición céltica del «Fios Fath an aon Sceil», es decir, «el relato perfecto del suceso único».

Se sabe que el ciclo medieval de Artur (Porkorny, P. W. Joyce), ha sido precedido por un ciclo muy anterior (quizás siglo V), que no era probablemente el primero. Allí se ve al mago Myrddin, tan poderoso como el rey por lo menos, detentador de toda ciencia y señor del

país de las hadas. Lo que va a ser después la Demanda del Santo Grial tallado en una esmeralda, en la mitología céltica no es más que la busca de un caldero-talismán, que posee virtudes maravillosas, y no hay dios ni semidiós entre los celtas que no aspire a ser su dueño, y por su gloriosa posesión se dan grandes y famosas batallas. El mago Myrddin, Merlín, ya es señor entonces de la «Cloidheamh Solais», de la Espada de Luz, el más perfecto objeto nacido nunca de la «Droideachta» o saber de las druidas. Eremita ayunador, vive solo en el bosque. Viviana vendrá mucho más tarde, perfumada con menta, como bruma rosada que se desliza por entre los abedules. Myrddin, en las noches de luna llena, concede voces humanas a las encinas, al aliso, al castaño, al roble, y discute con los árboles el comienzo del mundo, y qué fué primero, si la tierra o el mar. Ya reina Ler —el rey Lear cuya vida contará Gaufridio de Monmouth en su «Historia Britonum»; el rey Lear de Spenser y de Shakespeare; el rey que lleva el nombre mismo del mar— (IV), que según Rafael Holinshed en sus «Chronicles» subió al trono «el año del mundo 3105». Profetiza Myrddin ante los reyes de su tiempo, y tapa su boca con hierbas mágicas para que no se le derrame por ella el saber acumulado. Mucho Merlín artúrico hay ya en el Myrddin de las célticas leyendas. Mirddin desaparecerá un día cualquiera sin dejar rastro, cabalgando un cuervo hecho por él mismo con runas, con palabras escritas, y hollín. Será el famoso Fiach O'Duda, Cuervo Nieto del Hollín, y llevará a Myrddin por los aires a Donn Teahg, a la Casa Negra, que está siete pasos más allá de donde se acaba la tierra.

Cuando Merlín vuelve a la luz, en Gales, en la isla de Sein o en Brocelandia, trae con él los viejos atributos y los ricos dones. Usará de la palabra y de la «epée flamboyante». Seguirá siendo dueño de la palabra perfecta. En lo Cantiga CVIII de nuestro rey don Alfonso el Sabio, discutirá con un judío alfaquí que no tenía par en saber, en Escocia. En la Edad Media inglesa se autorizarán con supuestas profecías suyas en las iglesias las predicaciones evangélicas (V). Señor de las magias, dejará en la memoria medieval la flor multipétala de sus sorprendentes prodigios. Y en esta segunda venida, conocerá el amor. Y morirá, puede decirse, de él y por él. «El círculo mágico en que perece, dice García Morales en espléndido «prólogo» al BALADRO, es el símbolo eterno del amor desagradecido, amor que nos

hace víctimas y prisioneros de nuestras ilusiones... Quizás no supo o no pudo encontrar Merlín la fórmula que transmuta y decanta el amor en perdurable beatitud» (VI). Se asegura que de los amores de Merlín y Viviana hubo descendencia: Melusina o Merlusina, la serpiente de quien vinieron los príncipes de Lusiñán, reyes de Chipre y de Jerusalén; cuando esta hermosa estirpe va a sufrir algún infortunio o se aproxima a ella la Muerte con su guadaña, vuelve Melusina, la serpiente leonada, al castillo de Lusiñán en el Poitou, y anuncia la desgracia y la muerte a grandes gritos. Gritos que serán como un eco del baladro, del enorme berrido del sabio encantador.

Quizás exista en algún lugar de la Bretaña —Bretaña tiene todavía, las ha tenido siempre, provincias secretas, excusadas en redomas de niebla— la selva de Brocelandia. Y en ella, como Myrddin en Donn Teagh, quizá esté el viejo profeta con su doble barba, color de la zanahoria y del laurel, escuchando el vuelo del Sol y de la Luna, el canto del cuco, aguas subterráneas, vientos que pasan, para decir en una tercera venida más solemnes profecías y revelar más estupendos misterios. Se temía un día en Bretaña que Merlín fuese capaz de inventar una segunda escritura: se haría así dueño de un saber nuevo y casi divino, y sería capaz, jugando con las runas, de crear pájaros y flores, veloces corceles y ballenas inmensas... Pero uno también se imagina un Merlín todavía en cruda senectud, melancólico, añorando los sonoros y armados celtas de los tiempos de Finn, y sus hazañas, y también a Artur y los paladines de la Tabla Redonda, y los días que hubo entre ellos, y la Demanda, la más bella aventura del hombre, más bella y joven que el viaje de Jasón a buscar el vellocino. ¿Y sus profecías? ¿Se está acaso cumpliendo la memoria de Merlín en la tierra de los hombres? Lo más del mundo es sueño. Donde viva el viejo Merlín, a veces tomará en su mano derecha un poco de ceniza y la dejará caer lentamente, cerrado el puño, en fino chorrillo. Dirá: ¡Viviana! Sí que lo dirá, que no se puede impunemente haber amado a Viviana un día. Caerán hojas secas sobre él y a su alrededor, y el viento las arremolinará y llevará por el bosque y sus caminos. Así ha llevado el viento de los siglos los encantos y las profecías del sabio Merlín. Está terminando el otoño del mundo, y la estancia de Merlín, poderoso, parlante, imprevisto, entre nosotros era cosa de alegre mayo,

de la mocedad de los tiempos, cuando asombrosos magos y santos taumaturgos exaltaban el ritmo providencial de la existencia... Si ahora releo la vida de Merlín y sus trabajos, abro paso en mi corazón a una brisilla que viene cantando jardines de la juventud de Occidente, y los ojos de buena fe se asombran del milagro. Dicen que Merlín acostumbraba a taparse el rostro con un pañuelo bordado cuando sonreía.

Mondoñedo, Septiembre 1959.

Alvaro Cunqueiro

(I) Verneuil, Marianne.—«Dictionnaire des Sciences Occultes».—Monaco, 1950. Págs. 273-274.

(II) «Agla». Palabra mágica dotada de múltiples significados simbólicos, por sus letras y las combinaciones de éstas. Es una de las fórmulas cabalísticas para descubrir lo demoníaco y expulsar los demonios.

(III) Myrddin, en alguna saga y en la magia islandesa, es Merödin.

(IV) En «Escolma da Poesía Gallega», tomo I.—Ed. Calaxia, Vigo, 1953, en el «Glosario». José María Álvarez Blázquez expone el estado de la cuestión: «Ler = Dios o Rey del Mar, y por extensión, el mar».—Pág. 204.

(V) Owst, G. R.—«Literature and Pulpit in Medieval England».—Cambridge, 1933.

(VI) García Morales, Justo.—Introducción al tomo I de «Baladro del Sabio Merlín».—Colección «Joyas Bibliográficas». Madrid, 1956.—Págs. 25-26.

Indice

	Páginas
Justificación de la tirada	4
Portada	7
Texto	9
Tabla	189
Epílogo, de Alvaro Cunqueiro	193
Indice	201
Colofón	203

«Joyas Bibliográficas», bajo la dirección
literaria de Don Justo García Morales,
concluyó de imprimir este segundo
tomo del «Baladro del Sabio
Merlín», en la imperial
ciudad de Toledo, y en
la imprenta de Don
Rafael G.-Menor,
a primeros de
Septiembre
de 1957.

Finis coronat opus

